

La Mordida del Guerrero MARÍA JOSÉ TIRADO

Para Antonio, Hugo y Eric. Mi epicentro.

Para todas las Caperus y Lobos que ansiaban saber más de Shapur Akram, aquí le tenéis. Por vosotr@s, todo.

PREFACIO

El sol del mediodía brillaba con fuerza en mitad del cielo despejado, levantando una bruma cálida con olor a mar, a salitre que envolvía todo el derredor.

Shapur Akram, capitán de los Inmortales, fuerza de élite del ejército persa, se incorporó cuan largo era y miró hacia la cima de las paredes de piedra que se alzaban ante ellos. El aire danzaba en un inquietante espejismo, cómo si temblase el suelo sobre el alto desfiladero. Pensó que hacía demasiado calor para estar en los últimos días del verano y que permanecer hacinados en aquella bahía tan estrecha no era una opción. Se deshizo del casco metálico con el que cubría su cabeza tratando de refrescar su cabello oscuro, empapado de sudor.

El feroz capitán volvió la vista hacia las tropas, un ejército de ochenta mil hombres. Diez mil de ellos eran Inmortales, como él. Eran la gran esperanza del rey Jerjes para superar aquel paso y asestar el golpe final a los insolentes griegos que se negaban a rendirse ante él. El rey pretendía conseguir lo que su padre, Darío I, no fue capaz de lograr diez años atrás y estaba dispuesto a todo para conseguirlo.

Shapur lo sabía. El día anterior había enviado a Sastrá, un explorador de su completa confianza, para reconocer la zona a caballo. A su regreso este, deshaciéndose de su sombrero de fieltro de lana, le informó que el enemigo contaba con un número muy inferior de soldados, unos siete mil. Estos habían acampado a orillas de las termas que se hallaban en aquellas montañas, y en lugar de estar entrenando para la batalla, realizaban ejercicios de relajación y peinaban sus largos cabellos, acicalándolos.

El capitán informó al rey Jerjes de las noticias de su explorador y este consideró ridícula la actitud de los griegos, aplastarían a aquellos pusilánimes como a una mosca. Pero entonces, Demarato, un antiguo rey espartano exiliado que se había aliado al rey persa con la ambición de ser recompensado con tierras en Lacedemonia, le advirtió que los espartanos

acostumbraban a acicalar su cabello cuando estaban preparándose para la batalla, conscientes de que iban a arriesgar sus vidas. Shapur no confiaba en el espartano, le consideraba una vil serpiente capaz de enroscarse en la pierna adecuada por conseguir su beneficio, pero en esta ocasión sospechaba que tenía razón.

- —Son los hombres más valientes de Grecia —advirtió Demerato con semblante serio—. Ya os avisé que no se rendirían, que pondrían cada aliento de vida en impediros el paso. Como también os digo que si les vencéis nadie será capaz de deteneros.
- —¡Vamos a atravesar el paso y vamos a aplastarles como los insectos que son! —proclamó Jerjes peinando su larga barba oscura con los dedos con una mano, mientras con la otra sostenía el cetro dorado, ese que junto a la corona de brillantes gemas le distinguían como rey.
- —Alteza, ruego que escuchéis a Demarato —pidió el capitán, recibiendo la mirada oscura de Jerjes. Este sin decir nada caminó arriba y abajo en la tienda en la que se había instalado desde la llegada al paso, embutido en su túnica de seda roja con coloridos dibujos dorados.

En ese momento Shapur volvió a preguntarse una vez más qué sentía el rey hacia él. ¿Odio? ¿Desprecio? ¿Respeto? Jamás le había mostrado el menor afecto y estaba convencido de que el vínculo que les unía era el principal motivo por el que le había designado al frente de aquel ejército. Él se había convertido en capitán de los Inmortales por méritos propios, sin que el monarca llegase a sospechar que aquel que conquistaba el territorio arriesgando la vida una y otra vez en su nombre era su propio hijo.

Fue a raíz de nombrarle capitán cuando el rey se interesó por conocer los orígenes de aquel guerrero sagaz y carente de miedo. Fue su espada quien le reveló la información que deseaba saber, el arma, portaba un sello inconfundible que decía que había sido forjada por el más importante herrero del imperio, Astiages.

Astiages era el padre de Amina, una de sus antiguas concubinas, que fue secuestrada por orden suya, cuando aún era casi una niña. El rey se sintió deslumbrado por su belleza y el particular color de sus ojos, casi dorados, cuando fue a casa del herrero a encargarle personalmente una de sus famosas espadas. Fue uno de sus guardias el encargado de secuestrar a la pequeña bajó al río a lavar ropa y desde ese momento la devoción del rey por ella fue

absoluta. Tanta que la reina Amestris, su esposa, cuando supo que estaba embarazada, decidió que lo mejor era deshacerse de la joven antes de que diese a luz a un bastardo que pudiese encandilar a su esposo como lo había hecho su madre. Envió a un soldado a asesinarla, pero este, se compadeció de ella y le permitió escapar. Amina huyó de regreso a su hogar en un viaje a caballo que duró varios meses, volviendo a la pequeña ciudad de la procedía, Bactra, a orillas del río Oxo, en el que le arrebataron su vida, su infancia, diez años atrás.

La admiración de Shapur hacia su madre por su fortaleza y su lucha por sacarle adelante le habían guiado toda su vida. Ella le habían enseñado a no rendirse, a no desfallecer, pero también que era una persona válida, por cuyas venas corría la sangre de un rey. Ese y no otro era el significado de su nombre, hijo del rey.

Jerjes no había vuelto a saber nada de Amina desde que huyó de palacio poco después de revelarle que estaba embarazada. Había pasado años odiándola con todo su ser por haberle abandonado, mas su amor era tal que nunca quiso enviar a nadie en su búsqueda para traerla de vuelta. Si su amada había decidido marcharse, él respetaría su decisión, aunque esta le hubiese roto el corazón. Pero al ver aquella espada de su nuevo capitán, unida al particular tono ámbar de sus ojos, supo que se trataba del hijo de Amina, de su propio hijo. Y decidió consignarle al frente de aquella batalla que les llevaría a conquistar Grecia, al fin.

—Quizá debiéramos enviar un emisario para negociar su rendición — aceptó el rey taladrándole con su negra mirada.

Así fue. Shapur pensó que, aunque Jerjes no le tuviese en estima sí que valoraba sus decisiones militares. Había luchado las suficientes ocasiones por él como para saber que pocas veces erraba.

El emisario acudió a negociar con Leónidas, rey de Esparta. Este ofreció al ejercito formado por Esparta y otras polis griegas aliadas su libertad y el título de *Amigos del Pueblo Persa*, indicándoles que, si aceptaban, serían asentados en tierras mucho más fértiles que aquellas. Para ello sólo tenían que deponer las armas. Pero la oferta fue rechazada.

Si queréis nuestras armas, venid a buscarlas, sentenció Leónidas.

Cuatro días habían transcurrido desde todo aquello. Cuatro días en los que Shapur Akram había advertido a su rey de lo arriesgado de atravesar el paso de las Termópilas y este había insistido en que, si el ejército griego no se disipaba, atacarían al mediodía.

Así fue. En cuanto el sol alcanzó su cénit una compañía de infantería ligera se adentró en el desfiladero armada con escudos de cuero y mimbre, espadas cortas y lanzas arrojadizas. Los griegos les aguardaban, con una muralla de escudos y lanzas largas. Mucho más organizados y mejor armados arrasaron a la compañía. Mataron a tantos persas que Jerjes, en su carro, se levantó del asiento desde el que observaba la batalla y furioso ordenó la intervención inmediata de los Inmortales.

Shapur supo que moriría. Había librado suficientes batallas como para saber que tanto él como miles de los suyos podrían contarse entre los caídos. El ejército persa cruzaría el paso de las Termopilas, pero serían muchos más los muertos de su bando que los del enemigo. Eran menos, pero estaban mejor armados y en una mejor posición estratégica.

Alzó su espada legendaria, esa que su propio abuelo había forjado para él, y jaleó a su ejército, arrojándose a la batalla con valor.

Había acabado con la vida de un número incontable de griegos cuando al atardecer una lanza se clavó en su vientre, provocándole una hemorragia que fue incapaz de contener. Y tuvo la certeza de que su hora había llegado.

Mientras se desangraba la noche cayó sobre él, tendido en el suelo, entre un centenar de cuerpos de sus propios soldados, de los amigos con los que había compartido años de sudor y dolor en las guerras que habían librado.

Su último pensamiento fue para su madre y su abuelo, al que consideraba su verdadero padre. Esperaba que hallasen la paz tras su muerte, sabiendo que había muerto como el guerrero que era, envuelto en el honor de todas las batallas que había librado y había vencido con su espada.

Casi había perdido el conocimiento cuando en la oscuridad de la aciaga noche estrellada, un ser se aproximó a él entre las sombras. Un ser con aspecto de mujer, pero con ademanes gatunos, que se inclinó sobre él, apartando los cuerpos que le cubrían.

—Mátame —suplicó en un susurro con la escasa fuerza que aún le quedaba. No quería soportar aquella agonía ni un segundo más.

- —No voy a matarte. Voy a convertirte en un semidiós, pero a cambio deberás servirme. ¿Estás dispuesto? —susurró a su oído. Su voz era la de una mujer joven, suave y delicada, pero con una firmeza desconocida—. Shapur no la creía, pero estaba dispuesto a cualquier cosa por conseguir que cejase el dolor que estaba matándole.
 - —Lo estoy —dijo casi sin aliento. Entonces, ella le mordió.

Perdió el conocimiento y cuando lo recuperó abrió los ojos al sentir cómo flotaba en el aire, en mitad de una gran bola de luz que le pareció el sol. Un sol cercano que casi podía tocar con los dedos, pero que no quemaba, que no producía calor. Poco a poco, en la lejanía una silueta fue clarificándose. Era una niña, una niña con el cabello extraño, del mismo color del sol, vestida con una larga túnica blanca, que se acercaba a él caminando desde el centro de aquella luz.

- —¿Quién eres? ¿Dónde estoy? —preguntó a la pequeña.
- —Mi nombre es Lilith, a partir de este momento me consagrarás tu existencia y a cambio te regalaré dos cosas: la eternidad y la libertad.
 - —Soy libre.
- —No lo eres, nunca lo has sido. Pero a partir de hoy lo serás porque tu vida anterior se ha acabado, tu existencia comienza esta noche. Tu creadora guiará tus pasos. Sírveme con lealtad cuando te necesite y a cambio te bendeciré entregándote algo que a penas has vislumbrado como humano, el amor.
 - —Yo he amado.
- —Crees que lo has hecho, pero tu amor se encuentra muy lejos de ti, en el tiempo. No nacerá hasta dentro de muchos siglos, sin embargo, cuando lo encuentres, lo reconocerás.
 - —¿Cómo?
- —Porque brillará como una estrella de sangre. Tu amor será humano y te devolverá la fe en la humanidad. Sírveme y cumple tu papel cuando llegue el momento. Hasta entonces eres libre.
 - —¿Cuál es mi papel?
 - —Lo sabrás. Volveremos a vernos, Shapur Akram.

Y en efecto más de dos milenios después de aquella noche Shapur y la

diosa Lilith volvieron a encontrarse, cuando este ayudó a que un nuevo rey vampiro, Martin Robinson se desposase con una híbrida, mitad vampiro mitad humana, llamada Dínorah, reencarnación de una de las hijas de la diosa, de la que incluso creyó haberse enamorado.

Porque la promesa de Lilith sobre el amor, más de dos mil quinientos años tras su conversión, se habían convertido en una pequeña frase sin sentido diluida en el tiempo. Tiempo que le había convencido de que el amor no existía, al menos no para él.

CAPÍTULO 1

Dormir bajo tierra era lo peor. Si es que se le podía llamar *dormir* a caer inconsciente ante el primer rayo de sol que apuntara en el horizonte y permanecer así hasta que desapareciese del firmamento.

Pero cavar un hoyo lo suficientemente profundo, en una zona de arboleda y alejada de la civilización, para evitar imprevistos desagradables e introducirse dentro, echándose toda la tierra por encima era el modo más seguro de protegerse hasta la llegada del ocaso según Diana, mi mentora.

Solo que a ella no pareciese importarle que la arena se le metiese en los oídos, o en la nariz, y que, aunque no la utilizase para respirar ya que como no muerta había superado esa discapacidad, no le resultara desagradable resoplarla y expulsarla de cada orificio del cuerpo.

- —En ocasiones no hay otro remedio —explicaba envuelta en su vaporoso caftán de algodón de listas de colores, con el cabello rubio algo encrespado por la humedad de la noche, sosteniendo una taza entre las manos y observándome con cierta displicencia mientras yo cavaba el hoyo—. Si el amanecer te sorprende en un lugar inseguro es preferible enterrarse a solicitar asilo a cualquier vampiro del clan que gobierne la zona. Son todos unos salidos, unos ansiosos y unos violentos.
- —Digna representante de tu especie —murmuré, echando otra palada de arena a la calle.
- —Nuestra especie —me corrigió. No me acostumbraba a incluirme en el bando de los *no muertos* cuando hablábamos. Mi conversión era demasiado reciente, demasiado, tanto que aún revivía el momento en el que aquel ser me arrancó la vida. Recordaba cuando morí, cómo mi último pensamiento fue para mi familia, antes de que mi corazón se detuviese para siempre ante la pérdida de sangre bajo su mordida, violenta y cruel.
- —¡Vamos! —me azuzó Diana, devolviéndome a la realidad—. He visto tortugas cavar más rápido que tú.
- —Quizá a ellos no les tenían recibiendo lección tras lección como si les hubiesen encerrado en un internado religioso. Solo que con más sexo —la falta de pudor de Diana en sus encuentros sexuales con el jardinero, me

resultaba por lo menos chocante.

- —Uhm, no te creas. Trabajé en un internado en Londres como vigilante nocturna, allá por el mil novecientos y algo, y me acostaba el profesor de lengua inglesa. Fue una época muy tórrida de mi vida.
- —¿En un internado religioso? ¿Y no saliste ardiendo entre tanto crucifijo ni nada?
- —Los crucifijos me dan repelús, porque no me gusta ver a nadie ahí colgado y porque muchos de los nuestros tienen la bizarra costumbre de crucificar a sus congéneres como castigo. Lo de los crucifijos es como lo de los espejos, o el agua bendita, leyendas que se ha inventado la literatura para desviar a los mortales de cuál es nuestro auténtico punto débil.
- —El oro —concluí y ella sonrió orgullosa. Su pupila no era tan torpe como pensaba.
- —El oro y las estacas de madera en el corazón, la madera interrumpe el flujo de magia que nos mantiene *vivos*. Lo mismo sucede con las decapitaciones.
 - —¿Está bien así de profundo? No me apetece cavar más.
- —Bueno. Si alguna vez lo necesitas, procura hacer el hoyo al menos dos metros más profundo, no querrás que te desentierre cualquier chuco buscando su hueso y comiences a arder bajo la luz del sol. Eso también es cierto, querida.
 - —Pues para ser *inmortales* hay bastantes formas de matarnos.
- —Comparadas con la variedad de posibilidades de acabar con los mortales son una nimiedad.
 - —Entonces, ¿damos por concluida la lección de hoy?
- —Está bien, toma te lo has ganado —dijo entregándome la taza que tenía entre sus manos, el contenido aún estaba cálido, lo había calentado en el microondas.

Traté de darle solo un sorbo, de disfrutarlo, de paladear la sangre poco a poco, pero acabé arrojando el contenido de la taza directamente a mi garganta, con los colmillos fuera presa del ansia que me consumía.

Esa era una de las cosas que peor llevaba de mi nuevo estado. La sed.

Nunca había oído hablar de algo así, lógico cuando nunca había oído hablar de los vampiros, más allá de la leyenda popular.

La sed era una sensación horrible. No podía compararlo con nada, jamás como mortal me enfrenté a esa agonía que me encogía el estómago, esa

sensación entre la náusea y el desfallecimiento, ese dolor físico, porque las *sed* dolía, en las venas, en el estómago, dolía tanto que sentías que tu cuerpo se partía en dos.

Y no se apagaba, al menos no del todo, ni siquiera cuando me alimentaba.

Diana me había explicado que alimentarse de *sangre viva*, era mucho más satisfactorio, pero para que me permitiese intentarlo siquiera debía ser capaz de beber una taza despacio. Y no lo era.

Ella guardaba los suministros de sangre en la nevera, con un candado cuya llave llevaba colgada del cuello, porque no se fiaba de que la asaltase y me bebiese hasta la última gota de una vez.

Según Diana dosificarla era el único modo de enseñarme a controlar la necesidad. Y en ello estábamos.

- —¿Cuándo podremos ir a ver a la reina? —le pregunté, sentadas en el sofá del sótano situado bajo el salón de su pequeña vivienda en la que me había acogido dos meses atrás, cuando me descubrió vagando por el bosque descalza y con la ropa destrozada mientras ella estaba de caza. Por suerte me encontró Diana y no un mortal, sino quizá contaría con algún cadáver en mi historial y eso me atormentaría.
- —¿Aún sigues con eso? —preguntó girando la revista de Men's Health que tenía entre las manos en cuya portada aparecía un popular levantador de pesas ruso con el que parecía obsesionada, como quien contempla el menú de un restaurante carísimo—. ¿Pero tú has visto algo igual? —dijo volviéndola para mostrarme las páginas centrales, en las que había fotografías del mismo tipo exhibiendo su poderosa musculatura—. Voy a tener que plantearme una escapadita a Rusia antes de que a Vadim Rutshenko se le empiecen a poner las carnes fláccidas. Hay que aprovechar esta flor en su apogeo primaveral. Si es que me pongo cachonda sólo mirando la foto, le daría una buena mordida mientras nos acostamos, su sangre tiene que saber a...
- —A esteroides. Y tendrá los testículos como dos aceitunas con tanto dopaje —respondí, Diana me lanzó la revista que atrapé en el aire.
 - —Buenos reflejos. ¿Cómo puedes ser tan aguafiestas?
- —¿Cuándo iremos a ver a la reina? —insistí. Ella se puso en pie y dio el par de pasos que nos separaban, tomando asiento a mi lado en el sofá, con aire confidencial.
 - —Deberías plantearte si de verdad quieres denunciar a tu creador, al

fin y al cabo, te entregó un don por el que muchísimos mortales pasan años y años sirviéndonos como *voluntarios*, ofreciendo desde su esfuerzo hasta su sangre.

- —¿Un don? Cuando le encuentre le meteré una estaca por el culo y le arrancaré el corazón con mis propias manos. Ese desgraciado me torturó durante horas y me mordió. Me mordió tan fuerte que sentí cómo se me partían las vértebras del cuello y después se provocó una herida en la muñeca y me forzó a beber de él. Mis heridas sanaban y él volvía a herirme y a obligarme a beber su sangre, disfrutando con mi dolor...
- —Que sí. Que me lo has contado una docena de veces. Que es el mismo demonio y quieres despellejarlo, estacarlo y blablablá.
 - —Yo tenía una vida.
- —Ahora si sabes jugar tus cartas tendrás cien vidas, mil vidas... Piénsalo. Y no harás amigos denunciando vampiros a la reina.
- —Pero tú me has dicho que convertir mortales es ilegal, yo misma soy ilegal ahora mismo.
- —Y por eso llevas encerrada aquí desde que te encontré. Porque primero tienes que ser capaz de controlarte antes de que vayamos a ver a la reina Aixa y que le cuentes lo que te sucedió para que vea que no eres un peligro y perdone tu existencia.
 - —¿Crees que lo hará?
- —No te aseguro nada. Pero al fin y al cabo tú eres inocente. Tu creador no lo es, pero depende de ti si decides describirle su aspecto o decir que no recuerdas nada de ese momento.
 - —¿Cómo es la reina?
- —Bueno, es... morena, bajita, atractiva. Solo la he visto en un par de ocasiones en los ochenta años que llevo viviendo en sus dominios; la primera vez, cuando le pedí autorización para quedarme, y la última después de tener una disputa con otro vampiro que pretendía instalarse en mi territorio.
 - —¿Y qué pasó?
- —Que le ordenó que se largase con viento fresco. El tipo enseñó un poco los colmillos y entonces Shapur Akram, se los arrancó con sus propias manos, fue épico.
 - —¿Le arrancaron los colmillos?
- —No puedes mostrar tus colmillos ante la reina, como no puedes portar armas en su presencia a menos que te autorice. Está penado incluso con la muerte definitiva, ¿es que no me escuchas cuando te hablo? —Me

encogí de hombros—. No hagas eso. Es un gesto demasiado mortal. Y acuérdate de respirar.

- —Para qué, si no sirve para nada.
- —Para parecer mortal.
- —No hay quien os entienda. Hay gestos demasiado humanos, que no debo hacer y otros que debo hacer, aunque no sirvan para nada.
- —No. Hay gestos tontos o absurdos que un vampiro jamás haría, porque indican duda. Y hay otros, que, al menos en presencia de mortales, siempre debes recordar, como respirar y pestañear, o se darán cuenta enseguida de que algo raro pasa contigo.
 - —Es que algo raro pasa conmigo desde que ese desgraciado...
- —Ya, ya no quiero volver a oír la historia. Como te decía Shapur Akram le arrancó los colmillos y los arrojó al suelo, el desgraciado se retorció de dolor, y fue desterrado, no puede volver a pisar el reino en doscientos años.
 - —¿Quién es Shapur Akram?
- —Es un vampiro muy antiguo, mucho. Creo que tiene varios miles de años, aunque la reina tampoco se queda atrás en antigüedad. Él es el general, el jefe o como se llame, de la Guardia Real que custodia el palacio de Pedernales, y además es el gobernador de Haití desde hace unos años. Además... ¿Te acuerdas del ruso de la revista? Pues imagínalo con la piel tostada, con bíceps como melones, todo lleno de tatuajes y unos ojos... no recuerdo bien el color, pero sí que eran especiales, claros —Pues no podía imaginármelo bien, pero sonaba aterrador.
- —Entonces, ¿cuándo vamos? —Diana se incorporó del asiento y caminó hasta la pequeña cocina instalada en el sótano, sirvió una taza de sangre y sin calentar ni nada me la entregó. La miré, ¿por qué me daba más sangre? Estaba tratando de probar mi resistencia. Pero yo podía resistirme... ¿Podía? Miré la taza en mis manos, el brillo carmesí que me llamaba. La sed. La sed dolía... Me la tomé de un sorbo.
 - —Cuando seas capaz de resistirte.

Me incorporé furiosa conmigo misma. Relamiéndome los labios y vi mi rostro reflejado en el espejo de pie que había en la esquina de los sofás en los que solíamos pasar nuestro descanso diurno.

Vi mis ojos azules, mi rostro pálido salpicado de pecas, enmarcado por el cabello rojizo, herencia irlandesa de mi madre, y mi nariz respingona. Nada había cambiado en mí, según mi aspecto, excepto la palidez extrema de mi piel, y sin embargo nada quedaba de la joven trabajadora social que llegó a Barahona once meses antes para realizar un Máster en intervención social en la sede local de una ONG internacional.

Y todo porque tuve la mala fortuna de cruzarme en el camino de un vampiro sádico que decidió alimentarse de mí.

Maldito fuera mil veces, no podía dejar de pensar que en el momento en el que le tuviese delante de mí le clavaría una estaca en el corazón y le mandaría a saludar a Lilith, la cual era nuestra diosa al parecer, o a quien le esperase al otro lado si es que hay *otro lado* para nosotros, los *no muertos*.

Un regalo. Eso pensaba Diana que me había dado.

Jamás le perdonaría, ni en un millar de años. Quizá incluso los viviese, en aquella época aún mi mente no había logrado asumir el concepto de eternidad. Tan sólo llevaba dos meses como vampira, era una bebé vampira, o como lo llamaban ellos, una vampira novel, a la que un desgraciado había convertido por error y abandonado en un hoyo creyéndola muerta, echándole tierra y hojas encima.

Cuando desperté en el hoyo, con un regusto extraño en la boca, y sabiendo que algo malo me había sucedido, cavé en dirección a los sonidos del bosque, el chirriar de las lechuzas fue mi guía. Y al alcanzar la superficie las nuevas sensaciones, sonidos, colores, de mi nueva existencia como vampira me abrumaron. A pesar de la oscuridad podía distinguir a un pájaro subido a un árbol en la lejanía, mil tonalidades distintas en la luna plateada, o infinidad de ruidos entre la hojarasca. Pero pronto comencé a sentir algo mucho menos agradable: la *sed*. Esa dichosa *sed*.

Por suerte Diana se encontraba en la zona acechando a unos cazadores furtivos. Me oyó gritar asustada porque no sabía lo que me estaba sucediendo y salió en mi búsqueda. Se acercó a mí con cuidado, como una domadora de leones, pidiéndome que me tranquilizara, diciéndome que podía ayudarme, y me abrazó en un gesto terriblemente humano que no había vuelto a repetir. Se hizo cargo de mí desde ese preciso instante, consciente de la gravedad de dejarme suelta por ahí, novel, sedienta y sin creador que guiase mis pasos.

Recordaba su rostro, el rostro de mi creador. Es más, estaba convencida de que jamás podría olvidarlo. Era un tipo fuerte, muy joven cuando fue convertido, con la piel aceitunada y acento español, con una cicatriz que le marcaba el rostro desde el final de la ceja derecha hasta la mandíbula, y aires de conquistador venido a menos. Quizá incluso lo fuese, hijo de conquistadores, sabiendo que se trataba de un vampiro la perspectiva

cambiaba demasiado.

Tenía toda una eternidad de veinticuatro años por delante para encontrarle. Si aquella noche hubiese aceptado la oferta de mis compañeros de la ONG de cenar juntos a nuestro regreso de la atención a prostitutas por las calles de Barahona, aún estaría viva.

Fue una mala decisión y había pagado un precio demasiado alto por ella.

CAPÍTULO 2

Diana mantenía una particular relación con el jardinero, se acostaban y ella le mordía, después le lamía el cuello, lo miraba a los ojos de un modo especial, como si indagase dentro de su pupila, le decía unas palabras en un susurro y él sonreía. Después de aquella sonrisa le trataba como si nada hubiese pasado entre ellos y él actuaba del mismo modo. A mí me resultaba muy excitante ver su mordida, los caninos me surgían de modo espontáneo y una necesidad de unirme a ella en el ataque, que no en el sexo, se apoderaba de mí. Diana no se ocultaba, al menos no demasiado, dejaba la puerta de la habitación entre abierta. Y yo les había visto alguna vez al subir o bajar a la planta de arriba.

- —¿Te has preguntado si ese hombre tiene mujer o hijos? —dudé cuando ella bajaba la escalera envuelta en una bata de seda vaporosa. Su amante lo había hecho minutos antes y se había marchado.
- —¿Y a mí qué me importa si está casado o si tiene descendencia? A mí lo que me importa es lo que tiene entre las piernas y lo que le corre por las venas —dijo con una sonrisa pícara.
 - —Pero si lo hipnotizas para acostarte con él, ¿no estás violándole?
- —¿Por qué piensas que le hipnotizo para acostarme con él? Lo único que no recuerda es que le *muerdo*. Todo lo demás lo hace por decisión propia.
 - —¿Y cómo puedes meterte en su mente y borrar ese momento?
- —Diciéndoselo. No es fácil y no sirve para todo, es difícil, se trata de convencerle de que lo que ha pasado, no ha pasado, que su mente le ha engañado.
 - —¿Me enseñarás a hacerlo?
- —¿Te quedarás lo suficiente para aprenderlo? —preguntó observándome con fijeza con sus ojos verdes.
 - —No lo sé.
- —He estado pensando que podemos ir a visitar a la reina, hablar con ella, explicarle lo que te sucedió y solicitarle permiso para que te permita quedarte aquí conmigo. La propiedad es muy grande y está en una zona tranquila, alejada de la ciudad, llevo casi cincuenta años viviendo en la zona

y en pocas ocasiones me he cruzado con mortales. Mi suministro de sangre llega puntual desde el Hospital Divino Corazón, ni siquiera tenemos que molestarnos en cazar, excepto cuando lo hagamos por diversión... Simplemente di que no recuerdas el rostro de tu creador.

- —¿Y que quede impune por lo que me hizo?
- —Olvida lo que te hizo. Continúa hacia adelante.
- —¿Qué lo olvide? Me ha arrebatado a mi familia. Me ha arrebatado mi vida. Siento un vacío muy hondo en el pecho y un gran dolor. Necesito que pague por lo que me ha hecho.
- —Su muerte definitiva no mitigará tu dolor. Tan sólo se organizará una partida de búsqueda para localizarle y de paso te crearás algunos enemigos. ¿Y si deciden acabar contigo?
 - —Pues moriré de nuevo, esta vez para siempre.
 - —¿Cómo puedes ser tan cabezota? Cómo se nota que eres inglesa.
- —De Bristol y hasta la médula. Aunque tengo un veinticinco por ciento de irlandesa por parte de madre, mi abuelo era de Dublín.
- —Los irlandeses son divertidos, no tienes nada que ver con ellos protestó poniéndose de pie, acudiendo a la nevera y sacó de esta una botella llena de sangre. Regresó al salón donde yo veía un informativo de la CNN que hablaba de guerras y más guerras alrededor del mundo y situó la botella sobre la pequeña mesita entre los sofás—. Si mañana cuando nos levantemos esa botella sigue ahí, te llevaré a un lugar en el que te haré otra prueba y, si sale bien, te llevaré a ver a la reina.
 - —¿Lo prometes?
 - —Te doy mi palabra.

Sabía que lo decía en serio. Sólo tenía que resistir. En los dos meses que llevaba con ella sabía que era una vampira sincera y honesta. Nunca la había visto asesinar a nadie, la había visto beber del jardinero, del tipo de los recados del supermercado, e incluso de algún vendedor de seguros. Y todos ellos habían abandonado la propiedad con un poco menos de sangre en las venas, pero sanos y salvos.

Ella respetaba la vida humana. Como respetaba la de cualquier animal, grande o pequeño. Diana tenía orígenes celtas y amaba la naturaleza por encima de todo. Una noche, avivada por la sangre de un borracho al que se había encontrado caminando por la carretera de regreso del supermercado, me contó que había nacido en una pequeña aldea celta al norte de España, en una zona que actualmente se denominaba Galicia. Fue ahí cuando a los

dieciocho años, casada y con dos hijas, un no muerto llegado con las tropas del ejército romano la convirtió. Ella sola arrasó a toda una legión durante una noche, tratando de proteger a los suyos. Hasta que su creador la forzó a alejarse de ellos y seguirle.

—Cuando te conviertes, lo mejor es alejarte de tu familia, de tus amigos, de todo lo que te recuerde a tu antigua vida, porque si no lo haces, corres el riesgo de que descubran lo que eres, y si lo hacen, les matarán. Además de todo el daño que les harás cuando sepan que sigues *viva*, pero no estás con ellos, sin que puedas explicarles el porqué. Yo perdí a mis dos hijas siendo muy pequeñas y a mi marido. Cuando me marché mi hija mayor tenía cinco años y la pequeña unos tres, cuando regresé ambas eran mujeres adultas y tenían sus propios hijos, mi marido había muerto, dejando viuda y dos hijos más que también eran mayores. Lo más duro de cuando vuelves es darte cuenta de que nadie, absolutamente nadie es imprescindible. Ellos superarán el dolor de tu pérdida, tarde o temprano, y continuarán viviendo, porque es ley de vida que sea así, porque nadie puede llorarte ochenta años como el primer día. Y eso debe hacerte feliz en lugar de entristecerte —me había dicho con los ojos aguados, aún influenciada por el alcohol diluido en la sangre del borracho del que se había alimentado.

Yo ni siquiera me planteaba poder ver a mi familia. No tenía teléfono móvil, mi creador debió tirarlo cuando me asaltó, y Diana no tenía internet, ni ordenador, sólo un viejo teléfono fijo. Así que desconocía qué pensaban que había sucedido conmigo, si mi desaparición había salido en las noticias o si ya me daban por muerta.

Pensar en mi familia me produjo aún más ganas de beber de aquella botella en la que la sangre parecía llamarme por mi nombre. Cerré los ojos. Y mi olfato despertó. La sangre era deliciosa, su sabor no se parecía en absoluto a como la había probado siendo humana cuando me pinchaba en el dedo para controlar mis niveles de glucemia, sino a algo delicioso, dulce o salado, según su procedencia, pero un auténtico manjar.

Porque era diabética desde los doce años, al menos la Bryce Dallas que estaba viva lo era. Aquello sí que me pareció una gran ventaja, no tener que volver a controlar mis niveles de glucosa en sangre, dejar de pincharme los dedos y de inyectarme la insulina era lo único bueno de ser una vampira. Lo único.

Concentré toda mi energía en la rabia que sentía para resistirme a la botella de sangre. En el odio hacia mi creador. No podía rendirme, porque si lo hacía él continuaría libre, atacando a mujeres indefensas por el mundo. Pero la *sed* dolía y dolía mucho.

Aún no sé cómo lo hice, pero resistí. Me puse en pie y bajé al sótano, allí me tumbé sobre el sofá y comencé a repetirme mentalmente: aguanta, aguanta, aguanta...

Cuando Diana bajó, poco antes del amanecer, trajo la botella consigo para torturarme y la dejó sobre la pequeña mesa entre los sofás del sótano.

Continué repitiéndome: aguanta, aguanta, aguanta.

Y aguanté.

A la noche siguiente la botella seguía ahí. Intacta.

Ella me miró llena de orgullo y después se alzó la botella bebiendo del gollete.

—Vamos, a tu segunda prueba. Si la superas estarás lista para ir a ver a la reina.

Se montó en su camioneta destartalada y condujo hasta lo que parecía una granja, en mitad de la madrugada. Podíamos oír el mugido de las vacas desde kilómetros de distancia, y oler su peste, también.

Aparcó a unos cientos de metros de la entrada de la granja y caminamos con lentos pasos humanos hasta una gran nave industrial con techo de metal. Se detuvo un momento junto al portalón y se concentró.

- —¿Oyes el latir pausado de los mortales que duermen en la casa? me preguntó. Traté de concentrarme, pero la vivienda estaba al menos a doscientos metros de aquella nave industrial en la que los animales hacían ruido sin parar y no podía oír otra cosa que no fuesen ellos.
 - —¿Para qué hemos venido?
 - —Vas a alimentarte de una vaca.
 - —¿Qué?
- —Morderás a una de las vacas, beberás de ella y te cuidarás de no matarla. Si lo haces, subiremos a esa camioneta y te llevaré a ver a la reina de una vez.
- —Lo haré —dije fingiendo una seguridad que no tenía. Ella empujó el portalón con cuidado lo suficiente como para que pasásemos al interior. Los animales se inquietaron al percibir nuestra presencia. Oímos perros acercarse, pero Diana cerró el portalón tras nosotras.

Me introduje en uno de los corrales en los que se aglutinaban cuatro o cinco vacas y estas se pusieron de pie de inmediato. Mugiendo,

revolviéndose, como si supiesen a lo que habíamos ido allí.

—Vamos, ¿qué esperas? —me preguntó. Yo estaba abrumada por el sonido de tantos corazones latiendo a la vez, como si hubiese despertado en mitad de una tamborrada, con los dos perros ladrando junto a la puerta cerrada, y aquella peste a excrementos envolviendo el derredor. Sentí nauseas, y sed al mismo tiempo—. La sangre de los grandes animales no es compatible al cien por cien, no nos proporciona tanta energía como la humana, pero puede ser una alternativa en momentos de necesidad —me aleccionaba mi profesora particular—. O te das prisa o nos largamos, se ha despertado uno de los habitantes de la casa, puedo oírle desde aquí.

Elegí uno de los animales, y me abalancé sobre él. Me agarré a su cuello y le mordí en la carótida. La vaca se resistió, sacudió la cabeza, pero la tenía bien agarrada. Sentí cómo la sangre caliente me llenaba la boca y comencé a tragarla, era un sabor distinto a la sangre humana, pero en absoluto desagradable.

—Detente cuando percibas que los latidos de su corazón comienzan a acelerarse primero y a debilitarse después. Justo en ese momento, debes parar, para no acabar con su vida.

Tragué el fluido vital del animal, sintiendo los latidos de su corazón en mi boca, en mi garganta, recorriéndome y llenándome de vida. Bebí con energía hasta que percibí cómo estaba llegando al punto de no retorno, cuando la *sed* me instaba a beber más y más, a no detenerme. Y lo hice, la liberé de mi mordida y di un paso atrás, alejándome. Y en ese momento, aquella maldita vaca me dio una coz que de ser humana me habría partido en dos la columna vertebral haciéndome caer sobre una montaña de excrementos del tamaño de un apartamento.

Diana me levantó del suelo, muerta de risa y me sacó de allí por una de las ventanas justo antes de que el propietario de la granja entrase en el corral para comprobar qué les sucedía a las vacas.

CAPÍTULO 3

Pasaban las tres y media de la madrugada cuando Diana se decidió a dejar de reír. Habíamos regresado a su casa y me había duchado tres veces sin que aquel maldito olor a excrementos me abandonase por completo. ¿Con lo sano que comían las vacas cómo podían apestar tanto sus desechos? Me pregunté mientras me enjabonaba una y otra vez. Misterios de la naturaleza.

Después de las risas de mi mentora llegó el silencio, un silencio con el que podía hacerme a la idea hasta qué punto estaba en desacuerdo con mi decisión de denunciar a mi creador.

- —Tardaremos una media hora más en llegar. Según el periódico de ayer, el sol saldrá a las siete y catorce minutos, eso quiere decir que sobre las siete menos cuarto debemos estar ya a resguardo.
- —Tenemos un par de horas por delante para hablar con la reina y explicarle lo que me hizo ese vampiro.
- —Lo que te hizo ese vampiro se lo trae al viento fresco a la reina. A ella lo único que le importará es que alguien se saltó su ley de no convertir mortales sin permiso real, punto.
- —Ya lo sé. Pero le explicaré cómo era, me imagino que tendrá una especie de registro de vampiros, un fichero o algo así.
 - —Claro que sí, la Wikivampi a tu completa disposición.
- —¿Puedes dejar de burlarte? Ya estoy bastante nerviosa por lo que voy a hacer como para que metas el dedo en la llaga.
- —¿Crees que estoy metiendo el dedo en la llaga? Pues prepárate porque donde vas no serán mucho más sensibles sino todo lo contrario —dijo molesta. Sonreí, sabía que el principal motivo de su enfado era su temor por mi integridad.
- —Gracias, Diana. Te estoy muy agradecida por todo lo que has hecho por mí, por acogerme en tu casa y...
- —Deja de despedirte ahora mismo. ¿Es que piensas dejar que te maten esta noche? No se te ocurra despedirte de mí como si nunca más fuésemos a vernos más.
- -Está bien. De todos modos, gracias -Ella me miró de reojo y sonrió.

- —Te advierto una cosa que quizá te llame la atención, para que no muestres sorpresa. La reina se protege con una Guardia Real, son vampiros entrenados para defenderla que van poderosamente armados, con armas de fuego.
- —Pero si tú me dijiste que las armas de fuego están mal vistas porque son una muestra de cobardía.
- —Y lo están, porque cuando se está luchando por conseguir un trono vampiro, o una lucha legal que cambiará el estatus de los contendientes, están prohibidas, son ilegales. Pero estamos en una época en la que cada vez se le da menos importancia al honor, en la que los reyes y reinas deben protegerse ante ataques *ilegales*. Van armados con ametralladoras, pistolas, todo tipo de armas de fuego.
 - —Pero, ¿para qué si las balas no nos matan?
- —Son balas de oro. Una bala de oro en el corazón puede matarte, o al menos debilitarte lo suficiente para que te decapiten o te estaquen.
 - —Gracias, es bueno saberlo.
- —Como te he dicho, es poco honorable, pero efectivo. Vivimos tiempos convulsos en los que la honorabilidad no prima en nuestra raza.
 - —¿Por qué vivimos tiempos convulsos? Eso no me lo has explicado.
- —Hay dos tendencias entre los vampiros, los que muestran cierto respeto por la vida humana y los que no.
 - —¿Y este reino de cuál es?
 - —De los que la respeta.
 - —No se ha notado demasiado en mi caso.
- —La respeta con matices. Está prohibido acabar con la vida de mujeres embarazadas y niños. A la hora de acabar con una vida la recomendación es asesinos, violadores, drogadictos... Para ellos, los mortales son como los animales protegidos, se puede valorar la cantidad a eliminar, pero no matarlos sin control. Para la facción más dura, los mortales son simplemente comida y nuestro objetivo final debe ser salir a la luz y someterlos.
 - —Lo pillo. Más o menos.
- —Pues hay una especie de guerra entre ambas tendencias. No es oficial, porque enfrentarse cara a cara a los reyes vampiros es demasiado arriesgado, se paga con la muerte definitiva. Pero todos tenemos la sensación de que en algún momento todo saltará por los aires. La estabilidad pende de un hilo.

Rozaban las cuatro de la mañana cuando alcanzamos la garita de vigilancia desde la que se realizaba el control de acceso a una propiedad circundada por una alta valla de forja, que pareciese alargarse sin final rodeando una propiedad de muchas hectáreas.

Había dos vampiros vigilando ambos lados de la valla, armados hasta los dientes, portando sendas ametralladoras en sus manos. Y otro controlando la subida y bajada de la barra de acceso a los vehículos. Todos vestían un uniforme negro, de tipo mono militar, con un emblema bordado en la zona del pectoral izquierdo. Pude percibir el nerviosismo de Diana en su rictus serio.

- —Buenas noches —nos saludó el vampiro mulato de grandes ojos negros y cabello caracoleado que controlaba la entrada.
- —Buenas noches —respondió Diana. El tipo se agachó un poco para mirarme, sentada en el lugar del copiloto y encogió la nariz, ¿podría oler aún el *aroma* de la vaca en mi piel? Esperaba que no—. Mi nombre es Diana Thomas, soy residente en Alto de la Bandera, y ella es...
- —¿Tienen audiencia con la reina? —preguntó interrumpiéndola. No le importaba lo más mínimo quienes éramos.
 - —No. Pero nos gustaría que nos recibiese.
- —Su majestad no recibe sin cita previa —respondió sin más, dispuesto a alejarse de nosotras y que nos perdiésemos en la oscuridad de la noche que nos había llevado hasta allí.
 - —Es importante.
- —Pidan cita —dijo haciendo señales a un vehículo que se acercaba por detrás de nosotras.
- —Es urgente. Eh, oiga —trató de volver a llamar su atención, pero al parecer había dado por concluida nuestra conversación. Bajé del vehículo y me situé ante él a toda velocidad.
- —Me han convertido sin permiso real. Mi creador me abandonó creyéndome muerta en el bosque y desperté varios días después sola y desorientada, ¿te parece lo suficientemente importante? —le pregunté taladrándole con la mirada. El vampiro arrugó el entrecejo, como si no pudiese dar crédito a lo que acaba de oír. Los que custodiaban la puerta con las ametralladoras clavaron sus ojos en mí.
- —Suba al coche —me ordenó. Le obedecí y pulsó el botón del walkie-talkie que llevaba al hombro. Se alejó para que no pudiésemos oírle, regresando con velocidad sobrenatural hasta alcanzarnos. Se asomó por la

ventanilla de nuevo—. Pasen, deténganse justo ante la entrada principal y aparquen ante el jardín, allí les estará esperando Enrique Montiel, el secretario real.

Continuamos por la carretera privada durante al menos un kilómetro, en la distancia podíamos ver pequeñas villas esparcidas por el perímetro, como viviendas independientes, rodeadas de altas palmeras.

El palacio de Pedernales era un edificio señorial de dos pisos de al menos seiscientos metros cuadrados de planta horizontal. Tenía una fachada color crema con molduras blancas y balconada superior e inferior, con baranda de hierro sujeta por columnas redondas de mármol, hacia las que se orientaban puertas y ventanas de madera. Una escalinata, también de mármol, proporcionaba el acceso a la gran puerta de entrada coronada por un arco de medio punto con una colorida vidriera.

Flanqueando la puerta de entrada había dos vampiros altos como murallas, mestizos, vestidos con el uniforme negro de la Guardia Real y firmemente armados. Entre ellos había otro no muerto, muy alto, vestido con un traje en *tweed* demasiado formal incluso para una boda. Llevaba el cabello corto, rubio, y su piel era clara con cierto aire nórdico.

En cuanto Diana aparcó el vehículo, el vampiro del traje comenzó a descender la escalinata en nuestra dirección, al parecer debía ser el secretario de la reina.

- —Buenas noches, venimos a ver a... —dijo Diana en cuanto descendimos de la camioneta.
- —Acaban de informarme de su llegada. Mi nombre es Enrique Montiel, soy el secretario real. Acompáñenme —pidió. Me fijé en su rostro, tenía una pequeña cicatriz en el mentón, una herida previa a ser convertido, pues de lo contrario habría cicatrizado y desaparecido. ¿Cuántos años tendría? ¿Cientos? ¿Miles? Aquellos eran los primeros vampiros que veía, sin contar a Diana, desde mi conversión.

El secretario real ascendió la escalinata de nuevo y pasamos entre los guardias armados. Le seguimos por un largo pasillo de paredes blancas con frisos de madera oscura torneada y suelo de mármol, el secretario abrió una de las puertas laterales de la derecha que nos condujo hasta otro pasillo idéntico. Una vez en este abrió la tercera de las puertas y tras esta encontramos una gran sala rodeada de cristaleras que permitían la vista hacia un amplio jardín posterior del palacio con multitud de grandes rosales.

En mitad de la sala había un espacio elevado en el suelo mediante una

tarima de madera labrada sobre la cual había una majestuosa silla de plata con rubíes y esmeraldas incrustadas. Una escalinata de tres peldaños ofrecía el acceso a la tarima, decorada con seis pedestales de mármol, uno en cada extremo, sobre los cuales había unas preciosas macetas de porcelana repletas de dalias de múltiples colores, entre el rojo y el rosa pálido.

Frente a la tarima había dos sillas de madera.

- —La reina está ocupada, pero en su lugar las atenderá el máximo representante de la corona en su ausencia, el señor Shapur Akram, gobernador de Haití. Pero antes debo realizarles unas preguntas —Diana y yo asentimos—. Dicen que se ha producido una conversión ilegal en el reino.
 - —Sí, a mí —respondí.
- —Yo no soy su creadora —puntualizó Diana—. La encontré vagando por el bosque en los alrededores de mi propiedad. Acababa de despertar, estaba perdida, desorientada, sin saber qué le había sucedido.
 - —¿Cuánto tiempo hace de eso?
 - —Dos meses.
 - —¿Dos meses? ¿Y ha estado ocultándola todo este tiempo?
- —En realidad he estado *preparándola* para este momento. La suya ha sido una transformación muy salvaje. No ha resultado fácil contenerla para que fuese capaz de cumplir las reglas —argumentó Diana descendiendo la mirada amedrentada.
- —De no ser por ella... —traté de intervenir, lo que menos deseaba es que el hecho de haber estado enseñándome y cuidándome pudiese perjudicarla.
- —Guarda silencio —ordenó el secretario, haciéndome saber que las vampiras noveles como yo sólo podíamos intervenir cuando se nos daba permiso.
 - —¿Sabe quién la convirtió?
 - -No.
- Yo sí. No sé su nombre, pero reconocería su cara entre un millón
 dije.
 - —¿Tienen algún tipo de arma consigo?
 - —No —respondí de inmediato.
- —¿Has olvidado que la que llevas en la bota? —me preguntó Diana, levantándome la pernera del pantalón, y arrancándome la estaca que me había escondido por si necesitábamos utilizarla se la entregó al secretario.
 - -Muy bien. Está penado con la muerte definitiva portar armas en

palacio, si no se es miembro de la Guardia Real —nos advirtió aquel tipo con aires de abogado de la posguerra con una sonrisa apretada como un cable de acero en tensión—. Tomen asiento y aguarden a ser atendidas.

—Muchas gracias —dijo Diana con una sonrisa producto del nerviosismo. Ella sabía cómo se las gastaba Shapur Akram, si cualquier comentario o palabra altisonante mía le molestaba lo más mínimo la harían decapitar. O encontrarse con el sol. No sabía cuál de ambas situaciones sería peor.

El secretario real se marchó y ambas ocupamos las sillas de madera.

- —Recuérdame, si salimos de esta, que, si vuelvo a encontrarme a otra neófita vagando desorientada y aturdida, sea yo misma quien le clave una estaca en el corazón —murmuró, provocándome una sonrisa.
- —Malditos sean, malditos todos. Ellos y sus protocolos, sus normas y sus…
- —¿Quieres callarte de una vez? ¿Estás empeñada en que nos maten? Estos vampiros son viejos, viejos de verdad, estoy convencida de que pueden oír nuestra conversación desde la habitación de al lado, sin contar con que tendrán cámaras de seguridad vigilándonos —me reprendió.
 - —¿Cómo de viejos?
- —Como desde antes de que la gente llevase ropa puesta. Cuando los españoles llegaron a esta tierra y la conquistaron, las plagas y las enfermedades no fue lo único que trajeron consigo. Los vampiros desembarcaron en estas tierras desde la vieja Europa, y disfrutaron de la sangre pura y deliciosa de los indígenas del nuevo continente. Los mayas creían que éramos la reencarnación de Yum Cimil, dios de la muerte —Me quedé anonada ante semejante revelación.
- —¿Éramos? Nunca me has contado cuánto tiempo llevas en este continente. Sé que eres celta pero no cuando decidiste a venir aquí.
- —Nunca me lo has preguntado, estabas demasiado ocupada compadeciéndote. He vivido muchas vidas, pero he de reconocer que recorrer esta tierra inexplorada y libre de vampiros fue un verdadero descubrimiento.

Un crujido seco nos hizo fijar la atención en una puerta que hasta entonces no habíamos visto, situada en la esquina izquierda de la sala, al fondo. Esta se abrió y por ella entró un vampiro alto como una montaña. Un vampiro que acaparó mi total interés.

Aparentaba entre los veintimuchos y los treintaypocos. Vestía unos

pantalones árabes blancos de algodón, ajustados a los tobillos y unas sandalias de cuero, con el torso al descubierto. Era tremendamente fornido, llevaba la cabeza rasurada y un arete plateado pendía de su oreja derecha. Tenía la piel oscura, del color del bronce, con un brillo intenso. Parecía uno de esos luchadores de lucha libre que aparecían en combates en la televisión, por la marcada musculatura de su cuerpo y en su abdomen tableado podrían lavarse al menos un par de edredones nórdicos. Sus brazos estaban tatuados con tinta negra, también sus pectorales, con símbolos que no podía identificar. Una gruesa cadena de plata con el sello de la reina centroamericana, una tortuga marina con ojo de larimar, colgaba de su cuello de levantador de pesas.

—Cierra la boca —susurró Diana. Lo hice, tomando consciencia de que le observaba boquiabierta.

El no muerto caminó despacio hacia la silla plateada con aire aburrido, sin dirigirnos una sola palabra, una sola mirada, como si aquella fuese su labor noche tras noche y estuviese hastiado de repetirla. Sus pasos fueron seguidos de cerca por otros dos vampiros, ataviados con el uniforme de la Guardia Real, mucho menos fornidos, pero muy armados.

Tomó asiento en la silla plateada y alzó la vista para mirarnos.

Y cuando sus ojos se cruzaron con los míos sentí como si me atravesase con su mirada, como si pudiese ver a través de mí. El gobernador enarcó una de sus pobladas cejas morenas y se puso en pie, mirándonos con curiosidad, casi con alarma, arrugando el entrecejo como si acabase de descubrir que estábamos allí y eso no le agradase lo más mínimo. Dio un par de pasos hacia nosotras, observándome con algo parecido al horror en sus ojos de ámbar. Unos ojos profundos, tan penetrantes que me produjeron miedo. Se quedó así durante un segundo eterno, callado, observándome como si me conociese, como si esperase que dijese algo.

—¡¿Quién ha sido?! —gritó de repente sorprendiéndonos, preso de una profunda rabia. Diana y yo cruzamos una mirada cargada de terror. Bajó el primero de los tres escalones que daban acceso a la tarima, arrancó la maceta de porcelana repleta de flores de su pedestal y la estrelló contra una de las paredes laterales, haciéndola añicos. Lo mismo hizo con las otras cinco que decoraban la escalinata, convirtiendo aquel escenario bucólico en un desastre post terremoto—. ¡¿Quién te ha convertido?! —exigió. Diana temblaba de miedo—. ¿Quién ha sido?

—¡No lo sé! —grité—. ¡No sé su nombre! ¡Me atacó por sorpresa y me convirtió en contra de mi voluntad!

Se detuvo, apretando aún los puños con ira en el último de los escalones, a un par de pasos escasos de nosotras, descendí entonces la mirada de nuevo. Sí que se tomaban en serio la prohibición de convertir noveles, pensé, comenzando a temer por mi integridad.

- —¿Viste su rostro?
- —Sí.
- —Bu... Buenas noches, señor gobernador, mi nombre es Diana Thomas, resido en este reino en paz desde hace varias décadas —intervino mi mentora, nerviosa como un flan, mientras yo sentía un intenso revuelo en el pecho ante su intimidante mirada—. Ella dice la verdad. La encontré vagando en el bosque cercano a mi propiedad, no sabía lo que le había sucedido, ni siquiera sabía que se había convertido en una de los nuestros…
 - —¿Tú la encontraste? —le preguntó.
 - —Sí.
- —¿Sabes quién lo hizo? —Su voz era profunda y grave. Terriblemente masculina, como todo él, pensé.
- —No, señor. Cuando la encontré estaba sola. ¿Verdad? —Me dio un codazo, estaba atolondrada, me había quedado pasmada mirándole. Eran tan... tan fiero como atractivo.
- —Sí. Estaba sola. Como... Como le he dicho fui convertida contra mi voluntad. Por eso estoy aquí, para denunciar mi conversión ilegal —dije. Mi propia voz me sonó ridícula, incluso había tartamudeado, ¿estaba tonta o qué? Suerte que mi corazón ya no palpitaba porque de haberlo hecho habría sido de un modo frenético y saber que hubiese podido oír mis latidos me habría avergonzado sobremanera.
- —Levántate —Lo hice, poniéndome de pie de un salto—. Camina hacia aquí —ordenó. Di los pasos que me separaban de la tarima y aquel gigantón de dos metros de altura apareció de pronto a mi lado, en un pestañeo, observándome de cerca como si contemplase a un espécimen extraño. Arrugó la nariz—. ¿A qué hueles? —¿En serio? ¿En serio iba a tener que responder a aquello?
 - —A caca.
 - —¿Cómo?
- —A caca... de vaca —respondí descubriendo que los vampiros podíamos sonrojarnos.

- —¿Y puedo saber por qué hueles a excremento?
- Me he duchado, tres veces, lo prometo. Pero me he alimentado de una vaca y esta me dio una coz haciéndome caer en sus...
 - —¡Basta! Marchaos, todos, dejadme a solas con ella —exigió.

Ahora es cuando me decapita y se acabó todo. Por novel, por ilegal y lo más importante, por apestosa, pensé. Bueno, al menos iba a morir a manos del espécimen masculino más sexy y erótico que había visto en toda mi vida, el más furioso también. Sólo esperaba que fuese rápido y no uno de esos sádicos que disfrutaban despedazando a otros vampiros.

Los guardias abandonaron la sala, Diana siguió sus pasos dedicándome una última mirada que rezumaba preocupación. Cuídate, me dijo con los labios, sin palabras.

Me quedé a solas con el gobernador en aquella sala inmensa, sin saber qué iba a ser de mí.

- —¿Cómo te llamas? —me preguntó.
- —Bryce Dallas —respondí. El gobernador cerró los ojos un instante al escuchar mi nombre, como si ya lo conociese y tan sólo esperase a que lo dijese para oírlo.
- —Muy bien, Bryce Dallas—mi nombre pronunciado por aquellos labios voluminosos me pareció lo más erótico que había oído en toda mi vida —. Mírame bien... —¿Qué le mirase bien? No podía dejar de hacerlo desde que había entrado en la sala, a pesar de su voracidad, a pesar de su actitud violenta, a pesar de los pesares, no podía quitarle los ojos de encima—. ¿Me conoces? ¿Alguna vez me has visto?
- —¿Yo? No —En absoluto, si alguna vez le hubiese visto no se me habría olvidado, estaba convencida de ello. Algo semejante no se contemplaba todos los días—. Nunca.
- —¿Sabes por qué? Porque los vampiros sólo nos relacionamos con aquellos humanos que han sido seleccionados para servirnos, esos que se ganan su conversión durante años y años de servicio. El resto, son sólo alimento, nada más —Aquella prepotencia no le restaba un ápice de atractivo al grandullón—. Y convertir a un mortal sin el permiso real tiene un único castigo… la muerte definitiva.
- —Lo sé. Y es lo que deseo para él. Yo nunca deseé nada de esto, yo era feliz con mi vida humana.
 - —¿Eras feliz?
 - —Sí. Mi vida nunca fue un camino de rosas, pero no estaba mal —

Casi me pareció ver una sonrisa ladeada en aquella boca. Pero debió de tratarse de un espejismo, porque de pronto apareció de nuevo sentado en su trono de plata, observándome.

- —¿A qué te dedicabas antes de ser convertida, Bryce?

 —Trabajaba en una ONG.
- —¿Dónde?
- —En Barahona.
- —Pero no eres de aquí.
- —No. Soy inglesa.
- —¿De qué ciudad?
- —Bristol.
- —¿Tienes familia allí? —Ante aquella pregunta guardé silencio. ¿Para qué quería saber si tenía familia? ¿Y si pretendía hacerles daño?
 - —No —mentí.
- —¿No tienes familia? —preguntó desconcertado. Más lo estaba yo. Había acudido hasta allí para denunciar mi conversión ilegal no para que me hiciesen un tercer grado sobre mi vida.
 - —No. Soy hija única y mis padres fallecieron hace años.
 - —Lo lamento —Su expresión me decía que no me creía.
- —¿Qué es lo último que recuerdas antes de despertar en el bosque? —su expresión no reflejaba nada en absoluto, auténtica cara de póker vampiro.
- —Recuerdo que había sido una noche intensa de trabajo, habíamos tenido que llevar a un par de prostitutas al hospital después de haber sido agredidas y habíamos acabado más tarde de lo habitual. Sobre las tres de la mañana mis compañeros de la ONG me dejaron en el portal de mi casa. Recuerdo que insistieron en que fuésemos a comer algo juntos, incluso una compañera me invitó a quedarme a dormir en su apartamento, pero estaba deseando volver a casa...
- —Maldita cabezota —susurró en voz baja. Le miré con fijeza, ¿en serio había dicho eso? Yo era una cabezota, pero a él no debía importarle lo más mínimo.
- —Las luces de las farolas estaban rotas así que estaba oscuro... Entré al portal y cuando iba a cerrar la puerta alguien me agarró por detrás y tiró de mí. Fue tan brusco que sentí que me sacudía por completo. Me tapó los labios y me obligó a mirarle a los ojos, entonces supongo que me hipnotizó e hice todo lo que me pidió. Subí a su coche, un descapotable rojo y me sacó de la

ciudad. Recuerdo ver las luces multicolores de la del Malecón mientras nos alejábamos por la carretera y sentirme prisionera dentro de mi propio cuerpo.

- —¿Cómo era él? Deduzco que era un macho.
- —Sí. Lo era. Moreno de tez y de cabello, con una cicatriz desde la ceja derecha a la mandíbula gruesa como un dedo. Llevaba un anillo de plata con un rubí en el dedo corazón de la mano derecha —Eso acababa de recordarlo.
 - —¿Te violó? —La mera pregunta me hizo estremecer.
- —No. No lo hizo. En cuanto aparcó el vehículo en un descampado me mordió, produciéndome un dolor terrible, con una de sus uñas me abrió el brazo izquierdo en canal y después me obligó a beber su sangre. Yo no podía gritar, no podía decir nada. Al beber su sangre mis heridas comenzaron a sanar y volvió a hacérmelas —El gobernador apretó la mandíbula—. Recuerdo que me preguntaba cosas que yo no entendía.
 - —¿Qué cosas?
- —Cosas como: ¿Así te entregabas a él? Seguro que no le ponías esa cara cuando te mordía... Cosas así. Pero yo ni siquiera tenía novio y él era el primer vampiro que veía en toda mi vida, no entendí a qué se refería Shapur me oía sin decir nada—. Imagino que me enterró al creer que me había matado. Diana me encontró, me acogió y ha estado ayudándome a controlar la *sed*. Ha sido muy duro.
- —Acompáñame —pidió de improviso y caminó hasta la puerta trasera por la que había entrado momentos antes. La abrió y comenzó a caminar por un estrecho pasillo cuyas ventanas también ofrecían una amplia vista del jardín interior.

Al final del corredor había una puerta, flaqueada por dos guardias armados que se apartaron para ofrecer paso al gobernador haitiano. Al atravesar la puerta accedimos a otra habitación, desde la que procedía una música clásica propia de un instrumento de cuerda. Era un dormitorio, en el centro se situaba una gran cama de pilares de madera torneada con doseles blancos y a su lado un violinista interpretaba una sonata concentrado en su melodía, mientras sobre el lecho una vampira cabalgaba desnuda sobre un joven y atlético mulato que la sostenía por los muslos mientras sus pechos de pezones redondos y erectos se bamboleaban arriba y abajo en el irrefrenable ejercicio del goce.

La vampira giró el rostro hacia nosotros, sin dejar de moverse, de copular con su compañero humano, tenía los labios manchados de sangre, la

misma sangre que teñía las blancas sábanas y el cuello del *voluntario* en el que una fresca mordida brillaba como un sol de medianoche.

Sus ojos eran del color de las turquesas, y su piel oscura resplandecía con el fulgor de la *sangre viva* recién ingerida que recorría su cuerpo.

- —¿Me traes compañía? —preguntó a Shapur con picardía cuando nos detuvimos a su lado.
- —Traigo información de su interés, majestad —dijo este. Así que aquella era Aixa, la reina vampira de Centroamérica, pensé, deteniendo mi mirada en su cuerpo de post adolescente, así como en la sangre que empapaba su boca y la mordida del mortal del que estaba alimentándose, que sólo tenía ojos para ella, como si ni siquiera nos hubiese visto entrar en la habitación. Apreté los labios tratando de contener la excitación que comenzaba a treparme por la garganta.
- —Dímela, no te hagas el misterioso —pidió arqueándose para que su compañero de cópula alcanzase sus pezones con la boca, lamiendo las cumbres tostadas, embistiéndola con fuerza alzando las caderas como si aquel fuese su único motivo para vivir.
- —Miradla —dijo haciéndose a un lado para que la reina pudiese contemplarme con claridad.
 - —¿Es una extranjera?
 - -No.
- —Miradla bien. Es una vampira novel. Creo que ha sido Christopher, quien la ha convertido.
- —¿Estás seguro de eso? —preguntó volviendo la mirada hacia su *voluntario*, sonriéndole, engatusándole, devolviéndole un brillo sobrenatural a su mirada.
- —Creo que es su *olor* el que percibo en su sangre —Vaya, había olido algo más en mí—. Muy débil, porque han transcurrido dos meses desde que la convirtió, tendría que tenerle ante mí para saberlo con total seguridad.
 - —¿Por qué haría algo así?
 - —No lo sé.
- —Pues averígualo —ordenó mirándonos, sólo un segundo, antes de devolver su atención a su compañero sexual. En su boca brillaron los colmillos que se deslizaron veloces y le mordió. El mulato gimió, sin dejar de moverse dentro de ella, y ella bebió su sangre de nuevo. Bebió y bebió y yo me debatí entre el deseo de probar su sangre y la excitación del sexo contemplado cuyo aroma impregnaba mi nariz.

Entonces también Aixa jadeó, clavando las rodillas en el lecho, contorsionándose hacia detrás sobre las caderas de su amante mientras un hilo de roja sangre se deslizaba desde sus labios por su cuello hasta sus pechos.

Miré al mortal, parecía inconsciente sobre la cama, pero su corazón aún latía, débil por la pérdida de sangre, pero estaba vivo, podía oírlo.

La reina se bajó de su cuerpo, sin pudor alguno nos permitió contemplar cómo el miembro aún enhiesto del *voluntario* salía de ella, cómo bajaba de la cama y la esencia derramada de su amante le humedecía los muslos en su recorrido descendente. Sin quitarme los ojos de encima caminó hacia donde estábamos.

- —¿Por qué haría algo así ese imbécil? —preguntó con la voz tintada de rabia, a un par de metros escasos de ambos.
 - —No lo sé.
- —Ese malnacido —masculló iracunda—. ¡Guardias! —les llamó y estos entraron raudos en la habitación, cuadrándose junto a la puerta. Aixa se volvió hacia una silla situada junto a la cama y tomó de esta una bata vaporosa que se transparentaba por completo—. Llevaos a Orestes a su villa, que le lleven comida y lo asistan. Se lo ha ganado —sugirió con picardía. Uno de ellos se echó el *voluntario* al hombro, como un fardo, y desaparecieron de la habitación, cerrando tras de sí.

No pude evitar pensar que aquel joven necesitaría alimentarse bastante para recuperarse de semejante desgaste *físico*.

- —Es *ella*, ¿verdad? —Shapur asintió, sin que yo entendiese a qué se refería—. ¿Y estás seguro de que ella no pidió ser convertida?
- —Lo estoy —Su seguridad en mi palabra me reconfortó. Así que me creía.
 - —¿Cuándo ha sucedido?
 - —Hace dos meses.
- —¿Y por qué no ha aparecido hasta ahora? ¿Quién ha estado escondiéndola?
- —No he estado escondiéndome —dije. Mi único temor era perjudicar a Diana. Aixa apareció ante mi rostro en un pestañeo, agarrándome por la garganta, taladrándome con su mirada turquesa.
- —¿Acaso me he dirigido a ti? ¿Quieres que te arranque la cabeza? me preguntó alcanzándome con su aliento helado. Hice un gesto de negación. Vi maldad en sus ojos, mucha más de la que cualquiera podría imaginar. En

ese momento entendí que una novel ilegal no era digna de dirigirse a la reina. Desapareció de pronto, moviéndose con su velocidad sobrenatural, y reapareció junto a Shapur—. ¿Por qué piensas que fue Christopher?

- —Por su olor, detecto ciertos matices del olor de su sangre. Pero principalmente por su descripción. Dice que tenía una gruesa cicatriz que le atravesaba el rostro en el lado derecho y un anillo con un grueso rubí.
- —Andaría drogado, sabemos que ha estado bebiendo de toxicómanos y alcohólicos, también sabemos que acostumbra a ofrecer su sangre, le gusta que beban de él. Así que por eso se marchó hace casi dos meses... Y me vino con el cuento de que se le había ocurrido que había llegado el momento de recorrer mundo. Maldito tarado inútil.
 - —Permíteme que le encuentre y acabe con él.

Aixa permaneció un instante en silencio, ordenando sus pensamientos, decidiendo qué hacer.

- —Hay que encontrar a Christopher, traerlo a Palacio y hacer que confiese. Si es cierto, que se encuentre con el sol. La promesa que le hice a su padre no va a protegerle eternamente, esto es demasiado grave y debe pagar por ello. Y más en los momentos que vivimos ahora, no puedo permitirme una flaqueza semejante.
 - -Está bien. Lo organizaré todo. Podemos dejarla al cuidado de...
- —No. Preguntaré a mis informadores si alguien sabe dónde está y mañana partirás a encontrarle. Ella irá contigo.
 - —¿Qué la lleve conmigo? ¿A una novel? Será un estorbo...
- —No quiero rumores ni chismorreos en Palacio, menos en este momento. Si en el tiempo en el que encontráis a Christopher se revela, o te molesta demasiado, decapítala. No hay nada más que hablar, Shapur sentenció con frialdad absoluta, consciente de que el gobernador haitiano iba a objetar algo más.

Nada en el rictus de Shapur podría haber hecho sospechar su malestar, dio un paso atrás, alejándose de la reina semidesnuda y se giró hacia la salida, abandonando la estancia sin despedirse.

Supuse que debía seguirle y lo hice. Aunque en realidad lo que me apetecía era arrojarme sobre el cuello de aquella desgraciada y arrancarle la cabeza.

Decapitala había dicho con total tranquilidad la muy malnacida.

El gobernador caminó con paso firme por el pasillo hasta el final de

este, abrió la puerta y salimos a una pequeña salita en la que había un par de empleadas vestidas con un traje negro y una cofia blanca que al verle llegar le sonrieron con una especial calidez. Una de ellas tenía la piel muy clara y los ojos verdes, la otra en cambio tenía la piel tan oscura como el chocolate puro. El corazón de la joven de los ojos verdes comenzó a latir enfervorizado, lo que me hizo saber que, en lugar de temerle, le era especialmente *simpático*.

—Manuela, Beatriz. Ubiquen a la señorita Bryce en una de las villas, adecúenla para que pueda alimentarse e instalarse en ella esta noche. Mañana partiremos de viaje.

Las jóvenes asintieron y se marcharon.

- —¿Puedo despedirme de Diana? —me atreví a preguntar.
- —Ese tipo de sentimentalismos mortales son ridículos e innecesarios —espetó con desprecio—. Tu vida ya no te pertenece. Desde que Christopher te convirtió pertenece a Aixa, a este reino —respondió con su voz profunda —. Tuviste suerte de que fuese ella quien te encontró. Cualquier otro solo hubiese traído tu cabeza como prueba para incriminar a Christopher con el olor de su veneno aún fresco en tu cadáver y nadie le habría culpado por acabar con una novel ilegal —respondió con hastío.
- —Sí. Tuve suerte de que ella me encontrase. Me encerró y me ató con cuerdas de oro que pelaron mis muñecas, para ayudarme a controlar la *sed*.
- —Si no lo hubiese hecho, probablemente habrías arrasado la zona. Y yo habría tenido que matarte —dijo mirándome con sus ojos ambarinos, sin la menor emoción reflejada en el rostro. Guardó silencio un momento, como si pudiese oír el canto lejano de algún pájaro nocturno y después volvió a mirarme—. Ven conmigo —pidió.

Salimos al jardín posterior, Shapur caminó por el sendero empedrado entre los setos y entonces también yo comencé a oír algo, como un gorjeo, o el ruido de algún animalito. Le seguí por el laberinto de setos hasta que el gigantón cuya espalda me ocultaba la visión se detuvo junto a uno tras el cual descubrimos a dos vampiras revolcándose sobre una manta de cuadros en el césped. Una de ellas era de piel blanca, rubia, con el cabello muy corto, y la otra mestiza, con el cabello largo y moreno. Ambas se comían a besos con la ropa arrebolada.

- —Alanis, necesito hablar contigo —dijo sobresaltando a ambas. La rubia se volvió y le miró a los ojos, después me miró a mí.
 - —¿Y tiene que ser justo ahora?
 - —Sí. De todos modos, este no es lugar seguro para vuestros deslices,

si algún miembro de la guardia te pilla revolcándote con la princesa Layla y va a la reina con el cuento de vuestro escaso pudor, volverás en un vuelo chárter al Reino Unido —La vampira que Shapur había llamado Alanis miró a su compañera de juegos, esta asintió.

- —Tiene razón, y si además descubre que me muerdes te cortará la cabeza —respondió con una vocecita dulce, de niña mimada, casi infantil. Princesas, da igual el cuento, son todas unas repelentes, pensé.
- —Haré como que no he oído nada —dijo el gobernador—. Yo puedo prestaros mi villa para vuestros encuentros. Allí nadie osará a ir a interrumpiros.
 - —¿A cambio de qué, que ya nos conocemos?
 - —A cambio de que me hagas de niñera esta noche.
- —¿De niñera yo? ¿Crees que he volado desde el Reino Unido, que me he pasado veinticuatro horas en un ataúd encerrada, para hacer de niñera de... de una vampira novel? —preguntó mirándome con curiosidad.
- —Sólo por hoy. Y os permitiré utilizar mi villa en mi ausencia, que serán varias noches —advirtió Shapur. Alanis hizo un mohín con los labios, arrugándolos, mientras sopesaba la proposición. Se volvió y la miró y esta hizo un gesto de afirmación.
- —Está bien. Lo haré. Haré de niñera esta noche. A cambio de que nos permitas disfrutar de tu villa durante el tiempo que pase en Pedernales. No sólo mientras estés fuera.
- —¿Pretendes que os oiga copular como si no hubiese un mañana en mi propio hogar?
- —Así es. Vamos. Shapur tu villa es grande y tiene varios dormitorios
 —pidió la princesa Layla con cara de cordero degollado.
- —Está bien —aceptó—. Ahora hazte cargo de ella —dijo y desapareció como un fogonazo de luz estroboscópica.
- —Vaya, ¿y tú quién eres? ¿Por qué hay que vigilarte? —preguntó Alanis analizándome con sus ojos negros.
 - —Supongo que porque no se fía de mí. Me llamo Bryce.
 - —Encantada Bryce. Yo soy Alanis y ella es la princesa Layla.
 - —¿La hija de la reina?
- —La misma —respondió ella con hastío—. Entonces mañana te veo al anochecer y recuperamos el tiempo perdido —dijo a Alanis con una sonrisa, dándole un rápido beso como despedida y desapareció. Ella permaneció unos instantes observando el hueco vacío en el que antes estaba

su amante.

- —¿Por qué tenéis que esconderos?
- —Es complicado —dijo sacudiéndose el vestido de punto blanco, casi tanto como su piel. En un rápido movimiento se situó en el camino de piedras a mi lado—. Ella es una *purasangre*, yo ni siquiera pertenezco a este reino, su madre es una zorra... Es complicado.
 - —Purasangre es que ha nacido vampira, ¿no?
 - —¿Cuánto tiempo hace que te convirtieron?
 - —Un par de meses.
- —Entonces aún estarás adaptándote. Yo tan sólo hace diez años que soy vampira, y aún hay veces que despierto al anochecer ansiando ver el sol. Es largo acostumbrarse, pero tiempo es lo que más tenemos, así que...
 - —¿Y a qué reino perteneces?
- —Al británico. Mis reyes son Martin y Anna Robinson. Nada que ver con esta energúmena sanguinaria que gobierna por aquí —masculló entre dientes—. Ellos gobiernan con firmeza, pero también con respeto a la vida, humana y vampira. ¿Te habrán ofrecido alguna habitación del palacio no?
 - —Una villa.
 - —¿Por qué estás aquí?
- —Me... —No sabía si podía confiar en aquella vampira o no, si podía contarle mi origen. Pero si Shapur había contado con ella para dejarme a su cuidado debía ser de confianza, ¿no? —. Porque quiero buscar a mi creador para matarlo y el gobernador va a ayudarme.
- —Vaya chica, sí que empiezas fuerte. ¿Y por qué le han encomendado esa tarea al legendario Shapur Akram?
- —Él se ha ofrecido, creo —Alanis enarcó una ceja con curiosidad, como la que acababa de despertar en mí—. ¿Por qué es legendario?
- —¿Pero a ti no te han enseñado nada de tu reino? Shapur tiene más de dos mil quinientos años, luchó como mortal en el ejército persa en la batalla de las Termópilas, esa de la película de los espartanos chachas, y es hijo del mismísimo rey Jerjes.
- —Vaya. ¿Dos mil quinientos años? —Mi mente era incapaz de imaginar una existencia semejante—. No lo sabía. Yo lo único que sé es que maldigo la hora en la que ese desgraciado me atacó y me convirtió en vampira.
 - —¿No querías?
 - —En absoluto.

- —Vaya. Lo siento entonces. Sé que no te servirá de consuelo, pero ahora eres poderosa Bryce. Hay *voluntarios* que se pasan años sirviendo a sus amos para conseguir ser un no muerto, años. Y a ti te lo han regalado así sin más.
 - —No me han regalado nada. Me han arrancado mi vida.
- —Una vida breve a cambio de la eternidad. Si te permites disfrutar de tu nueva situación —dijo deteniéndose a la salida del jardín, mirándome con sus profundos ojos negros—, no extrañarás nada de tu vida humana. Toma el control de tu nueva existencia.
 - —¿Qué control? Dice Shapur que mi vida ahora pertenece a Aixa.
- —Como la mía pertenece a Martin Robinson y... ¿tengo pinta de ser una esclava? Sírvele en lo que te pida, no será demasiado y el resto del tiempo, dedícate a hacer lo que te plazca. Si trabajas para ella tendrás una asignación mensual mucho mayor de la que jamás habrás ganado como humana, y mucho menos sacrificada —afirmó con franqueza—. Anda, vamos a buscar cuál es tu villa para esta noche. ¿A qué hueles?

CAPÍTULO 4

Abandoné la ducha envuelta en una esponjosa toalla blanca. Había vuelto a enjabonarme a conciencia para tratar de eliminar los restos del olor que me había impregnado toda la noche. Sentir el agua contra la piel también me había ayudado a relajar la tensión que me envolvía desde que llegué al palacio de Pedernales. Además, la conversación con aquella vampira me había descolocado un poco.

¿Y si ser vampira era un regalo?

Diana llevaba repitiéndomelo desde que la conocí, pero jamás me había permitido pensarlo como tal. Quizá se debiese al vacío que sentía ahí, en mi pecho, un vacío lleno de rabia y ausencia.

Pero, aunque así fuese, nadie, ningún vampiro, tenía derecho a extirparme de mi propia vida. Ese desgraciado merecía pagar por lo que me había hecho y sobre todo por lo que había intentado hacer, matarme.

Salí del baño y descubrí a Alanis sentada en la cama frente a la televisión, jugando a un video juego en la amplia pantalla plana de mi villa. Abandonó el mando sobre la colcha cuando me vio entrar en la habitación, contemplándome de pies a cabeza, supe que me miraba con deseo.

- —Estás buena a rabiar. Si no estuviese enamorada de Layla intentaría seducirte —chascó con una sonrisa ladeada haciéndome reír.
 - —No tengo más ropa que la que traía puesta.
- —Mira en el armario, las sirvientas habrán colocado ropa para ti. En la nevera habrá sangre envasada, puedes calentarla en el microondas, no sabe igual que la *sangre viva*, pero tampoco está tan mal, ¿cómo has estado alimentándote hasta ahora?
- —Con sangre envasada. Mi amiga Diana, ella ha estado cuidando de mí estos meses, nunca me ha permitido morder a nadie, porque sabe que si acabo con la vida de algún inocente no me lo perdonaré.
 - —¿Nunca has mordido a nadie?
- —No. Y no pienso hacerlo, jamás —Alanis liberó una risita nerviosa —. ¿Qué?
 - —Que no sabes lo que dices.

- —¿Por qué?
- —Piensa en el mejor orgasmo que hayas tenido y multiplícalo por cien, eso es lo que se siente en una mordida durante el sexo.
 - —Tampoco creo que sea para tanto.
- —¿Nunca has tenido un orgasmo? —preguntó poniéndose en pie sobre la cama.
 - —Claro que los he tenido...
 - —¿Y dices que no es para tanto? ¿Alguno fue con una mujer?
- —No. Solo he tenido dos novios, hombres. El último rompió conmigo dos meses antes de que me viniese a la República, para él un año era demasiado tiempo separados.
- —Pues que sepas, que sólo una mujer sabe lo que de verdad nos gusta a las mujeres, tú piénsalo —sugirió con una sonrisa pícara.
- —Creo que me gustan demasiado los hombres para comprobarlo, pero nunca se sabe, gracias por el consejo.
 - —¿Pensabas pasar un año en el país? —Asentí.
 - —Llegué a principios de enero para realizar un máster.
 - —¿A qué te dedicabas?
 - —Soy trabajadora social
- —Eras —Alanis se dejó caer sentada en la cama y tiró de mi brazo obligándome a tomar asiento a su lado—. Cuanto antes te entre en la cabeza de que tu vida ha cambiado, será mucho mejor para ti. Piensa que es como a quien le ocurre un accidente de tráfico y su vida ya nunca vuelve a ser la misma. Solo que sin lesiones y con unas capacidades que serán la leche cuando aprendas a utilizarlas. Nunca más volverás a resfriarte, no tendrás que temer a ninguna enfermedad, no volverás a tomar medicinas ni a preocuparte de si hace frío o calor...
- —Agradezco tu intención de tratar de hacerme sentir menos desgraciada por lo que me ha pasado. Pero yo adoraba mi vida. Sólo me faltaba una cosa para ser completamente feliz.
 - —¿Qué?
 - —Enamorarme. Creo que nunca me he enamorado, de verdad.
 - —Acabas de decirme que has tenido dos novios.
- —Sí. Y les quería. Pero nunca he sentido eso de las mariposas en el estómago, lo del amor a primera vista y todo eso que dicen de sentirse incompleto sin la otra persona... Aunque mi corazón ha estado tan lleno por mis estudios y mi trabajo, por todo lo que hacía, que tampoco me preocupaba

demasiado.

- —Tranquila, tienes toda la eternidad para descubrir tantas y tantas cosas que lo mismo incluso te enamoras. Los vampiros tenemos nuestro corazoncito, ¿eh? Aunque nos cueste admitirlo. Y sino, disfruta del sexo todo lo que puedas, que es un buen sustituto.
 - —Cuando regrese de buscar a Christopher con Shapur, ¿estarás aquí?
- No lo sé. Estaré un par de semanas y después regresaré a mi reino.
 Pero no te preocupes porque Shapur puede ser un buen maestro, para todo...
 —sugirió guiñándome un ojo con complicidad.
 - —Hay cosas que prefiero no descubrir.
- —Bueno, lo mismo cambias de opinión —sentenció poniéndose de pie y caminó hacia una especie de cuadro eléctrico que había junto a la puerta —. Mira, aquí, están los mecanismos para cerrar la villa a cal y canto, bloquea las persianas, ventanas y puertas. Debes accionarlo antes del amanecer, así estarás a salvo mientras estás muerta.
 - —¿Y tú? ¿También tienes una villa?
- —No. Yo tengo una habitación en palacio, vigilada por los guardias que fingen no prestarme atención, porque Aixa no se fía demasiado de mí—aseguró sentándose en la silla del escritorio, frente a mí.
 - —¿Teme por su hija?
- —Teme por su reinado. A ella no le importa que su hija y yo nos amemos, lo que le preocupa es que lo hagamos en público... En fin, no voy a aburrirte con política vampira.
 - —¿Es porque sois lesbianas?
- —No qué va. Si hay algo que tengo que agradecer a la comunidad vampira es la ausencia de prejuicios en ese tema, mientras haya consentimiento por ambas partes no importa con quién te revuelques. Es porque ella es princesa y yo una simple extranjera recién convertida. Como en las relaciones entre campesinos y burgueses en la Edad Media, vamos. Vamos de modernos, pero para eso no lo somos tanto. En realidad, en mi reino, esas cosas no son tan importantes.
 - —Hablas de tu reino con mucho orgullo.
- —Porque siento que es mucho más *humano*, que otros en los que he estado. Martin Robinson es un rey justo, incluso cercano, aunque firme y duro cuando ha de serlo. Y la reina Anna es... genial. En apariencia es mortal, aunque en realidad es mitad vampira. Ella y Shapur fueron amantes, durante un tiempo, antes de que se enamorara del rey.

- —;Si?
- —Sí. De hecho, creo que se querían bastante. Pero ella le dejó. Fue muy duro para Shapur, le partió el corazón.
 - —¿Y aún le dura el mal de amores? ¿Por eso está tan enfadado?
- —No, qué va. Esa es su cara normal. Es un gruñón, pero en el fondo es un buen tipo. Después lo de Anna estuvo un tiempo liado con la reina Aixa, pero en este caso fue él quien dejó de visitar su dormitorio. El porqué, no lo sé. No es muy dado a compartir su intimidad. Desde entonces sólo le he visto relacionarse con *voluntarias*, para alimentarse. Y... entre ellas corre el rumor de que es un auténtico animal salvaje en la cama —afirmó con tono confidencial—. Las he oído cuchichear e incluso pelearse por ser la elegida para estar con él.
- —Es tan serio y tan hosco que no me lo imagino como un amante entregado.
 - —Ya sabes lo que dicen, las apariencias engañan.
 - —Pues el palacio es Sodoma y Gomorra por lo que parece.
- —El mundo vampiro es Sodoma y Gomorra, a veces, otras es Juego de Tronos y otras Spartacus, según el día. Lo que puedes tener claro es que no te vas a aburrir por larga que sea la eternidad —sentenció con una sonrisa.
 - —Cuántas cosas sabes.
- —Como te he dicho, como *no muertos* de lo que más disponemos es de tiempo, tiempo para oír, para cotillear, para vivir cosas... Que descanses, Bryce. Ha sido un placer conocerte, nos vemos a tu vuelta —dijo e incorporándose se marchó.
 - —Lo mismo digo —respondí, aunque ya no pudiese oírme.

El sueño mortal me encontró tumbada en la cama después de ingerir litros y litros de sangre envasada. Por una vez Diana no me controlaba la cantidad, aunque pude comprobar que por más que bebiese la *sed* no desaparecía. Según Diana beber de un *voluntario* era como el agua fresca, mientras la sangre envasada podía asimilarse a ingerir agua caliente en verano.

Una parte de mi ser, de mi nuevo ser, me pedía intentarlo, al fin y al cabo, con la vaca había ido más o menos bien. Pero a otra, a la parte humana que aún había en mí, le asustaba demasiado acabar con la vida de un inocente.

CAPÍTULO 5

Dos golpes secos en la puerta me hicieron despabilar. Acababa de despertar, por lo que eso significaba que recién debía de haber anochecido. Me levanté de un salto de la cama y caminé hasta la entrada, abrí el protector de la mirilla y me encontré con unos impresionantes ojos de color miel al otro lado. Del sobresalto casi me caigo de espaldas, algo muy poco típico de un *vampiro*, me habría dicho Diana.

Obviamente era el gobernador haitiano. Sentí un nerviosismo irracional.

- —Abre la puerta, sé que estás ahí —pidió con su voz de ultratumba al otro lado. Desbloqueé la apertura de puertas que Alanis me había enseñado la noche anterior y le obedecí. Su mirada sobrenatural me recorrió de pies a cabeza. Entonces fui consciente que mi única indumentaria era una toalla envuelta alrededor del cuerpo. El carecer de la sensación de frío tenía esas cosas, que ni siquiera me había dado cuenta de que no me había vestido. No es que el gobernador fuese mucho más cubierto, unos vaqueros gastados eran su única indumentaria. Al contemplar de cerca su musculado torso moreno pensé que parecía una estatua de bronce, pulida con mimo. Y que si me dejasen un trapo yo misma me encargaría gustosa de sacarle brillo—. Buenas noches —dijo dando un paso al interior de la villa.
 - —Hola.
 - —Tienes que alimentarte, partimos en una hora.
 - -Está bien. He visto sangre en la nevera.
- —No —Continuaba mirándome de arriba abajo, de soslayo—. Miguel, Luis, ¡pasad! —ordenó sin volverse hacia la puerta aún abierta. Dos mortales altos y morenos de piel y cabello se adentraron por esta. Ambos eran jóvenes y bien parecidos, no debían superar los treinta años. Le miré sin entender nada—. Elige a uno y aliméntate.
 - —¿Qué? No pienso hacerlo.
 - —¿Te he preguntado lo que piensas? He dicho que lo hagas.
 - —No puedes obligarme.
- —En realidad, sí puedo hacerlo —amenazó apretando los dientes con rabia—. Elige a uno de ellos.

- —¿Esto que es, el nuevo servicio de *sangre viva* a domicilio? pregunté ofendida por su actitud. Shapur se giró hacia los dos mortales, como si no entendiese qué había en ellos de malo para que aquella vampira novel no desease utilizarlos para su sustento.
- —Ambos somos *voluntarios*, señorita, estamos aquí por decisión propia —dijo el más alto, de cabello caracoleado y ojos de un marrón profundo, dando un paso al frente.
- —¿Es que quieres matar a alguien? ¿Es eso? —me preguntó el gobernador con el ceño moreno fruncido como un acordeón—. No sabemos los días que emplearemos en este viaje, pocos espero, pero si no aprendes a alimentarte de *sangre viva* y te embarga la *sed*, es muy probable que mates a alguien. Hay lugares en los que la sangre envasada no es tan fácil de encontrar como aquí —Entendí que tenía razón, toda la razón. Nunca lo había intentado, pero no me apetecía en absoluto hacerlo en ese momento, y menos cuando me lo ordenaba de ese modo tan déspota y autoritario.
 - —¿Puedo tener antes un momento de intimidad para vestirme?
- —Hay ropa en el armario, señorita, por si la necesita —dijo el mismo joven, dando un paso hacia atrás.

Abrí las puertas del armario y vi que en efecto había ropa que parecía de mi talla. Fuera quien fuese que la hubiese escogido no andaba mal de cálculo.

—¿Es que pensáis quedaros ahí mirando mientras me cambio? —les pregunté mirando directamente a Shapur al ver que no se movían. Este constriñó las cejas en un gesto de incredulidad y desapareció del dormitorio en un pestañeo, tan sólo el sonido de la puerta al cerrar de un portazo delató su brusca partida. Los dos *voluntarios* inclinaron el rostro en señal de respeto y salieron con lento paso humano.

Elegí unos vaqueros y una camiseta, también un conjunto de ropa interior roja que parecía bastante cómodo y me los puse.

- —Ya podéis pasar —dije abriendo la puerta—. Elijo al chico que ha hablado antes —No lo hacía por nada en especial, pero el hecho que se hubiese ofrecido de viva voz había provocado que fuese el elegido. Regresé al interior del dormitorio, seguida por el joven. Shapur apareció con velocidad sobrenatural junto a la cama.
- —Miguel, túmbate sobre el lecho —le ordenó y el voluntario obedeció.

- —No hace falta que te tumbes... o mejor sí. Estarás más cómodo —le dije sin poder camuflar mi nerviosismo—. ¿Es que piensas quedarte ahí mirando? —pregunté al gobernador.
- —No voy a moverme de aquí. Tengo que protegerle, en caso necesario —aseguró. Me hubiese gustado poder contestarle algo, rebatirlo, pero sabía que en realidad la vida de aquel joven corría peligro en mis manos.

Caminé hasta el lecho y le miré, las gruesas arterias de su cuello palpitaban sin cesar, provocándome una extraña sensación, como quien contempla un manjar que le produce tanto miedo como anhelo. Su corazón latía tranquilo, sin reflejar ningún tipo de miedo, lo cual me sorprendía tanto como me aterraba que alguien se ofreciese para alimentar a un vampiro, sin temor a perder su vida.

Intenté sentarme a su lado del modo en el que menos le tocase, sin dejar de mirar su delicioso cuello masculino. Mis colmillos comenzaron a deslizarse en la encía delatando mi excitación, haciéndome sentir vulnerable, descubierta.

Me llevé una mano a los labios.

- —No te avergüences —dijo Shapur—. Ahora forman parte de lo que eres —retiré la mano despacio y me incliné hacia Miguel con los colmillos extendidos y la vista fija en el horizonte.
- Mírale a los ojos, Bryce. No le trates como si fuese una cosa en lugar de una persona, agradece su gratitud y ofrécele el respeto que merece
 ordenó Shapur, sorprendiéndome. Miré a Miguel a los ojos. En estos no había miedo, todo lo contrario, halló deseo, un profundo deseo.

¿Cómo podía desear que le mordiese?

Y lo hice, me incliné aún más sobre su cuello y le mordí. Hundí los colmillos en su carne y se internaron en esta despacio. Miguel se movió un poco, ante el latigazo de dolor, pero pronto noté cómo de modo instintivo comencé a liberar el veneno, las endorfinas, que provocaron que se relajase por completo, rendido ante mi mordida. Comencé a tragar aquella sangre cálida que invadió mi boca, fluyendo por mi garganta, deleitándome de un modo que jamás podría haber imaginado. Un manjar no comparable a nada, mucho menos a la sangre envasada.

El palpitar de los latidos del corazón de ese joven me recorrió de pies a cabeza, alcanzando mis arterias, mis terminaciones sanguíneas, llenando mis mejillas de rubor, haciéndome sentir viva de nuevo. Continué bebiendo, embargada por esa sensación vital y casi enloquecedora, sintiendo cómo la *sed*, esa ansia que la acompañaba desde que desperté como vampira, se mitigaba poco a poco. Miguel sabía mar, a sal, a caribe, a vida...

—Detente —oí decir a Shapur, pero estaba demasiado concentrada en las sensaciones que estaba descubriendo—. Detente —insistió. Pero no lo hice, consumida en la espiral de placer y vida. Entonces, salí disparada por los aires, estrellándome contra uno de los muros de la villa.

El fuerte contacto hizo crujir mis vértebras, y desprendió una buena porción de cemento de la pared. De haber sido humana un golpe semejante me hubiese matado. Dolió y mucho.

Me aparté el cabello de la cara para mirar a los ojos a quien me había golpeado.

Shapur me observaba en silencio.

- —¿Por qué has hecho eso? —pregunté incorporándome, sacudiéndome la ropa y caminado enfadada hacia él.
- —Mírale —ordenó. Miré a Miguel, su piel estaba pálida, con un color amarillento, y sus ojos cerrados, sus manos descansaban inermes sobre la cobertera.
 - —¿Le he matado? —dudé corriendo a su lado.
- —Concéntrate. Podrás oír los latidos de su corazón, débiles, pero sigue vivo.

Por suerte no había acabado con la vida de Miguel. Sin embargo, no pude evitar sentirme culpable porque de no haber sido por la intervención de Shapur, lo habría hecho. El gobernador se echó al hombro al *voluntario*.

- —¿Dónde le llevas?
- —A descansar y recuperarse a uno de los barracones, no creas que eres la primera en excederse en su mordida. Te espero en la puerta de palacio, en media hora.

Treinta minutos después subimos a un vehículo de alta gama con chófer que nos llevó hasta el aeropuerto internacional María Montez, en Barahona. El vehículo se detuvo junto a la escalerilla de una aeronave privada, cuya tripulación, mortal, nos recibió al pie de la escalerilla. Shapur se había puesto una camiseta de color tostado, a juego con sus ojos, que dejaba a la vista parte de los tatuajes de sus brazos. Y cargaba a su espalda con la funda de una guitarra, algo que me sorprendió bastante, no tenía aire

de músico, precisamente.

- —Buenas noches, señor Shapur y compañía, soy Sara Montañez, la piloto, este es Bernabé Dupois, mi copiloto, y las señoritas Moreana y Livia, nuestras auxiliares de vuelo —nos saludó una mujer bajita con el pelo recogido en un moño tirante en la nuca, descendiendo el rostro a modo de saludo, presentando a los miembros de la tripulación.
- —Buenas noches. ¿Cuánto durará el vuelo? —preguntó Shapur subiendo la escalerilla a grandes zancadas. Le seguí en silencio.
- —Seis horas, señor —respondió—. Llegaremos al aeropuerto de Nueva Orleans a las tres de la mañana hora local.
 - —Gracias.

El gobernador haitiano se adentró en el habitáculo, amplio y con varios espacios diferenciados, dos mesitas rodeadas por cuatro sillones acolchados, y una especie de diván trasero con un minibar. Shapur tomó asiento en uno de los amplios sillones y yo que seguía sus pasos lo hice frente a él. Enarcó una de sus morenas cejas como si pensase que había ocho asientos libres en total y yo había elegido sentarme ahí, dispuesta a estropearle el viaje silencioso y tranquilo que quizá esperaba.

- —¿Ha dicho Nueva Orleans?
- —Sí.
- —¿Vamos a Nueva Orleans?
- —Sí.
- —Siempre he soñado con ir a Nueva Orleans. Parece una ciudad maravillosa, tan multicultural, con todo eso del Mardi Gras, el barrio francés, las leyendas sobre el vudú...
 - —El vudú no es una leyenda —respondió con aire misterioso.
 - —¿Crees en la brujería?
- —Las brujas existen —Enarqué una ceja llena de dudas—. Y los demonios y los hombres lobo, todos ellos existen —Ahora sí que no podía creerlo—. ¿Crees que miento?
- —No —No quería ofenderlo—. Pero me cuesta asumir que he vivido veinticuatro años de mi vida ignorando que el mundo es más parecido a *Pesadilla antes de Navidad* de lo que creía.
 - —¿Qué es Pesadilla antes de Navidad?
 - —Una película.
- —Lo suponía. Los vampiros de esta época sólo habláis de cine o de videojuegos —dijo muy serio, molestándome—. ¿Has visto esta película, has

jugado al Mario Bros?

- —¿Y los de tu época de que hablan? ¿Oye, cómo me mola tú taparrabos nuevo? Sí, desollé un bisonte y me hice uno —respondí enfadada. Shapur me miró y después dio una sonora carcajada que me dejó estupefacta. Su risa era franca y limpia. Y yo no me podía creer que le hubiese hecho reír.
- —En mi época no usábamos taparrabos, sino armaduras y pantalones de algodón, además del casco y la túnica —dijo apoyando la mano en la funda de la guitarra, que había dejado a su lado en pie.
 - —¿Y fue entonces cuando te hiciste guitarrista?
 - —No sé tocar la guitarra.
- —Entonces es que te gusta pasearla —afirmé indicándole a esta a sus pies. Shapur sonrió. Dos sonrisas en una noche, eso debía ser algún tipo de record. Cogió la funda e hizo correr la cremallera, abriéndola, mostrándome la impresionante espada que había en su interior. Tenía la empuñadura de bronce tallado, ligeramente arqueada, con cruz de cortos gavilanes y fina hoja curvada desde el primer tercio, iba enfundada en una vaina de cuero adaptada a ella y grabada con motivos étnicos.
 - —Llamaría un poco la atención si la llevo así sin más, ¿no crees?
 - —Sí. Y... ¿Llevas con esa espada desde que te convirtieron?
- —Desde que me hice guerrero. Fue forjada por mi abuelo, el mejor herrero del imperio persa —dijo con orgullo, volviendo a cerrar la funda de la guitarra cuando el avión comenzaba a tomar velocidad para el despegue, un par de minutos después estaba estabilizado.
 - —Dice Alanis que eres hijo de un rey.
 - —Alanis habla demasiado.
 - —Pero es genial. Sabe muchas cosas.
 - —¿Sobre mí?
 - —Sobre ti y sobre todos.
- —¿Qué más te ha contado sobre mí esa pequeña entrometida? aparté la mirada, el cariño que sentía por ella podía percibirse en su tono de voz. No sabía qué responderle, si le mentía me descubriría—. Vamos dímelo.
 - —Cosas.
- —¿Qué cosas? Si me lo cuentas responderé a todas tus preguntas hasta que lleguemos a Nueva Orleans y piensa que soy muy antiguo, mucho, lo sé *casi* todo —sugirió cargado de prepotencia, una prepotencia de lo más sexy. Aquella era una oferta realmente tentadora.
 - -Bueno, me ha contado que... te has acostado con la reina Aixa, y

con su reina, antes de que fuese su reina, que se rumorea que eres un gran amante y que las *voluntaria*s se pelean por irse a la cama contigo y esas cosas.

- —¿Ese es el triste resumen de mi existencia? ¿Mis habilidades de alcoba? Menudo legado... —dijo para sí, bastante ofendido.
- —Hablas como en una película antigua —Me reí—. *Mis habilidades de alcoba* —Le imité, tratando de forzar su voz aguda.
- —Trato de no hacerlo, pero en ocasiones las expresiones pasan de moda antes de que las haya asimilado. Aquí donde me ves me he modernizado bastante en la última década, antes no consentía en vestir prendas humanas.
- —¿Ibas desnudo por la calle? —¿Por qué calle, por favor? Me faltó añadir. Mi pregunta le hizo reír de nuevo.
- —Quiero decir que solía vestir como en mi época, me sentía disfrazado con la ropa actual, pero me he dado cuenta de que es el mejor modo de pasar desapercibido.
- —No debía ser muy normal verte caminar por la calle con el pantalón con el que nos recibiste ayer y el torso al aire con esa gruesa cadena al cuello.
- —La cadena es el símbolo del gobierno de Haití, no suelo ponérmela si no estoy ejerciendo como gobernador. De todos modos, tampoco es que acostumbre a caminar por la calle. Mis relaciones con mortales se limitan a los *voluntarios* del Palacio.
- —Y en algún momento, ¿te has cansado de vivir tanto? —No teníamos demasiada confianza, de hecho, no teníamos ninguna, pero acababa de aceptar que respondería a cualquiera de mis preguntas y comenzaría a arrepentirse en cualquier momento.
- —Hubo un momento en el que perdí la fe en la humanidad. Fue no hace demasiado tiempo y llegué a preguntarme si merecía la pena luchar tanto por los derechos y el respeto a los mortales, cuando se matan entre ellos, cuando cometen atrocidades los unos a los otros...
 - —¿Y qué sucedió?
- —Que me enamoré, de una mortal —dijo taladrándome con su mirada de oro líquido, perforándome, provocando una estúpida sensación de envidia. Envidia por esa mortal de la que se había enamorado—. ¿Y tú? ¿Te has enamorado alguna vez? —La pregunta me pilló por sorpresa. No me esperaba su interés sobre mis miserias.
 - -Pues lo cierto es que creía que sí, cuando era humana. Pero ahora,

mirando con frialdad hacia atrás creo que nunca estuve enamorada, sino que fui dependiente.

- —¿Dependiente en qué sentido?
- —Emocionalmente. Mi primer novio era un tipo resuelto, con mucho carisma, yo tenía unos dieciséis años y él dieciocho. Estuvimos cuatro años saliendo. Me acostumbré a que él tomase la iniciativa en todo y me limité a seguir su estela, en cierto modo era cómodo, no tenía que pensar demasiado, hacíamos todo lo que él quería.
 - —No suena demasiado bien.
- —Yo creía que era feliz, en serio. Dejé de serlo cuando comenzó a querer controlarlo todo, incluido cómo me vestía o dónde iba. Pero todo fue de un modo progresivo, poco a poco, como eso que cuentan de las ranas de que si las metes en agua caliente saltan fuera deprisa, pero si les calientas el agua poco a poco acaban cociéndose en ella —Shapur asintió como si en su mente estuviese imaginándose a la pobre rana—. Pero un día en el que había salido con mis compañeras de la universidad a tomar algo me dio una bofetada y en ese momento lo vi claro. Yo no me merecía aquello... Entonces me vinieron a la mente todas esas frases de las campañas sociales sobre que si duele no es amor y tal... Y lo pasé muy mal porque estaba muy muy enganchada.
 - —No me lo habías contado —dijo de improviso.
- —Nos conocimos anoche y tampoco es algo que me gusta ir contando a todo el mundo —respondí encogiéndome de hombros, esperando que me regañase por ello, como hacía Diana, pero no lo hizo. En cambio, sonrió.
- —Bryce fuiste muy valiente al tomar esa decisión que no debió ser nada fácil —admitió taladrándome con su mirada ambarina—. Quiero que sepas que puedes contarme cualquier cosa, puedes pedirme ayuda las veces que lo necesites, siempre estaré ahí para ayudarte.
 - —¿Entonces no me odias?
 - —¿Odiarte? ¿Por qué dices eso?
- —Como te pusiste tan furioso cuando supiste que me habían convertido sin permiso...
- —Me puse furioso por... porque Christopher jamás debería haberlo hecho, jamás debería haberte atacado, y le despellejaré por ello. Pero no tengo nada en contra de ti, en absoluto, perdóname si te he causado esa impresión —sentenció molesto consigo mismo. El guerrero no era tan hosco como a mí me había parecido en un principio, en cierto modo me parecía

tierno. Con una ternura muy poco convencional, pero tierno, al fin y al cabo.

- —¿Y cómo sabes que se esconde en Nueva Orleans?
- —La reina tiene muchos informadores. Hace unos dos meses, lo cual coincide con tu conversión, Christopher le llegó con el cuento de que quería recorrer mundo, estaba hastiado de la vida en Palacio. Él es uno de sus consejeros y debe solicitar permiso para marcharse —Explicó paciente, inclinándose hacia adelante, provocando que me intimidase con su cercanía. Podía oler el perfume a sándalo y madera de su piel. Qué bien olía, por favor —. Además, Christopher no se ha esforzado demasiado en ocultar sus pasos.
 - - —Y... cuando le encontremos, ¿qué haremos?
 - —Llevarle con la reina.
 - —¿Para qué?
 - —Es ella quien debe juzgar sus actos, no nosotros.
 - —¿Le castigará por haberme matado?
 - —Lo hará por haberte convertido, sin su autorización.
 - —¿Y después qué pasará conmigo?
 - —Servirás a Aixa.
 - —¿Toda la eternidad?
 - —Cincuenta años.
- —Cincuenta años... —Casi una vida humana—. ¿Por qué me has traído a este viaje?
- —Vienes porque Aixa lo ha ordenado, no hay más —Me sentí decepcionada, esperaba que me dijese que le acompañaba porque en cuanto me vio fue consciente de que su larga no había sido sino un entrenamiento para prepararse para el momento en el que me conociese. No lo esperaba, pero me habría gustado oírlo de sus labios, como sueño erótico no estaba mal. ¿Estaba un poco salida? Sí. Lo estaba. Llevaba casi un año sin practicar sexo y con semejante espécimen masculino delante era como si a un hambriento le colocasen una jugosa hamburguesa en frente, solo que mi hamburguesa tenía la mirada de un lobo feroz.
 - —¿Dónde nos alojaremos?
 - —En un antiguo palacete propiedad del gobernador de Luisiana.
 - —¿Son de fiar los vampiros de Luisiana?
 - —Eres una ametralladora de preguntas.
 - —No haberme ofrecido ese trato —chasqué con una sonrisa.
- —Los vampiros de fiar no existen. No confies ciegamente en ninguno.

—¿Ni siquiera en ti? Acabas de decirme que te pida ayuda cuando lo
necesite.
—En mí menos que en ninguno —respondió con una sonrisa llena de
sensualidad.

CAPÍTULO 6

Una mujer joven descendió del vehículo, era rubia y menuda, muy atractiva, con los labios pintados de carmín rojo y el cabello ondulado sobre los hombros. Su piel era pálida, tanto que se le marcaban las venas en el cuello y el escote. Un escote digno de un anuncio de Wonderbra. La mujer se aproximó a nosotros mientras su corazón latía vivaz.

—Bienvenido a Nueva Orleans, señor gobernador —le saludó, mirándole con ansia y devoción, como si acabase de encontrarse con una estrella del rock. Se detuvo ante nosotros e hizo un leve gesto inclinando el rostro—. Mi nombre es Marilyn y estaré encantada de ser su chófer.

Él apenas hizo un leve gesto como saludo y subió al asiento del copiloto y yo en la parte posterior. El vehículo se puso en marcha.

- —Señor Shapur, es todo un honor para mí conocerle. He oído hablar mucho de usted —dijo Marilyn accediendo por el camino que nos sacaba del aeropuerto privado. Me fijé en el reloj del salpicadero, eran las tres y cuarto de la madrugada. Shapur no contestó, fijando la vista en el horizonte de luces lejanas de la autovía con la que acabábamos de conectar—. El gobernador de Luisiana le aguarda en el palacete y me pide que le diga que estoy a su completa disposición durante los días en los que se prolongue su estancia aquí.
- —Gracias —Fue la parca respuesta. No pude evitar una sonrisa, Marilyn estaba conociendo al Shapur hosco, ¿conocería alguna vez al tierno? Esperaba que no, pensarlo me hizo enseriar. La joven rubia me miró por el retrovisor como si hubiese podido detectar mi sonrisa, le mantuve la mirada, los vampiros nunca apartan la mirada.
- —El gobernador a acondicionado para usted y su acompañante estancias en su palacete del barrio francés...
- —Bryce —Oír mi nombre en sus labios me sorprendió. No podía verle el rostro, sólo el cuello y el hombro izquierdo, desde el asiento trasero, pero por su tono de voz no parecía muy contento.
 - —¿Disculpe?
 - —Mi acompañante, se llama Bryce, le ruego que se dirija a ella por su

nombre —la corrigió. Busqué los ojos de la mujer a través del retrovisor, me miraron durante un instante con gesto serio.

- —Lo lamento —dijo con el tono de voz mucho menos amigable que segundos antes—. Como les decía, el gobernador de Luisiana ha indicado que sean alojados en una de las mejores propiedades del barrio francés. Allí dispondrán de dos *voluntarios* de servicio, una de ellos soy yo, que me encargaré de proporcionarles todo lo que necesiten.
- —¿Podemos desviarnos un momento? Necesito pasar a saludar a alguien.
 - —¿Desviarnos? Pero si les está aguardando el gobernador.
- —Seguro que el gobernador puede esperar un poco. Necesito ir a la Avenida Mayo número 36, en el barrio de Haran.
- —Está bien —aceptó Marilyn consciente de que no era una sugerencia sino una imposición.

Al adentrarse la carretera en la ciudad una explosión de color llenó mis ojos. Luces y más luces de colores por todo el derredor me hicieron sonreír, pero después provocaron escozor en mis ojos. Un escozor previo al llanto, pero, ¿y todo eso que decía Diana de que los vampiros no lloraban? Mentira. Falacia. Al menos en mi caso.

- —¿Qué día es hoy? —pregunté.
- —Jueves —respondió Marilyn.
- —Qué día del mes, del año —insistí. La joven volvió a mirarme por el retrovisor como si fuese incapaz de entender que no supiese en qué fecha estaban.
- —Veinte de diciembre —desvié la mirada, tratando de camuflar mi desazón interior. En cinco días sería Navidad, en cuatro, Nochebuena. Y por primera vez, no estaría junto a mis hermanos y mi madre. Por primera vez no podría dejarles un regalo bajo el árbol. Yo ya debiera estar de regreso en Bristol, mi avión de vuelta partió el doce de diciembre. Pasar esos meses encerrada en casa de Diana, con espíritu navideño nivel cero, me habían hecho pasar por alto la fecha—. Ya hemos llegado —advirtió Marilyn.

El vehículo se detuvo ante una casa de madera blanca de planta rectangular con tejado a dos aguas, situada en una larga avenida en la que las viviendas estaban unas separadas de otros una veintena de metros, rodeadas de un cuidado jardín sin vallar. A los laterales de la puerta de entrada colgaban una especie de voladizos hechos con plumas de aves y pequeños esqueletos de animales. Sobre esta había colgada la cabeza disecada de un

ciervo con un grueso puro apagado en la boca. No había un solo rastro de ambiente navideño, al menos en el exterior. Shapur abrió la puerta para bajar del coche.

- —Esperaré aquí —dijo Marilyn bajando la ventanilla. Como si estuviese preparada para salir huyendo en cualquier momento.
- —Yo también me quedo —añadí, el aspecto de la casa no me daba muy buena espina. Me imaginaba al payaso diabólico ese de las películas asomando por la puerta en cualquier momento con el globito rojo.
- —No, tú vienes conmigo —me ordenó dando un par de pasos humanos hacia la propiedad. Un par de hombres, afroamericanos, pasaron por su lado en la calle, iban conversando entre sí, pero al descubrir al gigante moreno cargando una funda de guitarra a la espalda no pudieron evitar mirarle con curiosidad.
 - —¿Dónde estamos? —pregunté alcanzándole.
- —En casa de una vieja amiga —respondió y subiendo la pequeña escalinata se detuvo ante la puerta de cuarterones y llamó golpeando la madera con los nudillos dos veces.
 - —¿Tu vieja amiga la bruja siniestra?
 - —La bruja Clementine.

Pasados unos segundos eternos la puerta se abrió, descubriendo tras ella a una mujer de unos setenta años, gruesa y de escasa estatura, ataviada con un amplio vestido de flores rojas, con el cabello envuelto en un pañuelo también escarlata que daba varias vueltas al perímetro de su cabeza. Su tez, mulata, se llenó con una amplia sonrisa de paletas separadas, circundadas por unos gruesos labios rojos. La sonrisa duró un par de segundos y acto seguido la mujer enserió y sus ojos se dirigieron a mí, recorriéndome de pies a cabeza, medio oculta tras el poderoso guerrero. Y en ese momento le dio una sonora bofetada a mano abierta. Pensé que Shapur saltaría sobre ella, aniquilándola en un abrir y cerrar de ojos. Pero no fue así, aguantó la bofetada estoico, sin mover un músculo.

—Bienvenido a mi casa, Shapur Akram. Y tu amiguita, la que necesitaba una inyección de gumbo cuando estaba viva, también es bienvenida —dijo la bruja Clementine y se volvió, caminando hacia el interior de la vivienda.

El gobernador siguió sus pasos y yo los de él. Nos adentramos por un pasillo decorado con pequeñas luces de colores al más puro estilo Stranger Things, con extrañas estatuas de madera colgadas en las paredes, junto a más

cabezas disecadas de animales; un tejón, un zorro, una liebre... Llegamos a un salón cuya decoración debió estar de moda en los años sesenta, sin televisión, con cada recodo libre lleno de artilugios para la magia; cartas, dados, runas y pequeños contenedores de cristal con líquidos de diversos colores.

- —Gracias por recibirnos, Clementine —dijo Shapur mientras ella tomaba asiento en un sillón de terciopelo morado, hundiéndose en este como si estuviese engulléndola, y recuperaba un puro humeante de un cenicero de metal atestado de cenizas.
- —Creí que ya no recordabas dónde está mi casa —Su tono tenía un resquemor nada discreto.
 - —Claro que lo recuerdo, pero he estado muy ocupado.
- —Ya. Oí de tus correrías con esa híbrida que se ha convertido en la reina de Gran Bretaña. Al final se fue con otro, imagino que eso al gran guerrero persa no le sentaría demasiado bien —No tenía ni idea de lo cercana que era la relación entre Shapur y aquella señora, pero el resquemor de su voz me parecía de lo más divertido. Clementine dio una honda calada a su cigarro, encendiendo la lumbre de este.
 - —Está superado.
- —Ya. Ese corazón de granito tuyo, pero ya llegará quien lo conquistará, y quien te devolverá un poco de tu propia medicina, y no tardarán demasiado en hacerlo... —dijo mirándome de reojo, buscando mi complicidad pensé.
- —No he venido aquí a hablar de mi corazón. He venido a preguntarte si sabes algo de Christopher, el consejero de Aixa.
- —Yo siempre sé algo de todo. ¿Hasta qué punto te interesa saber de él?
 - —Mucho.
 - —¿Y qué obtendré a cambio de la información?
 - —¿Qué quieres? ¿Cien mil dólares? ¿Dos cientos mil? Los tendrás.
- —Uy, hace mucho que subí la tarifa. ¿Ves? Es lo que tiene no visitar a las viejas amigas, que te pierdes muchas cosas —afirmó guiñándole un ojo, tirándose del escote del vestido de flores hacia abajo, mostrando el Cañón del Colorado que se hundía entre sus enormes pechos. ¿Se le estaba insinuando? No daba crédito a lo que estaba viendo—. Sé que Christopher está en el reino haciendo de las suyas y que pretende huir porque se ha enterado de que venías a buscarlo con esta vampira novel porque Aixa ha ordenado darle

caza. ¿Me equivoco?

- —En absoluto. Dices que pretende huir. ¿Cuándo?
- —Pronto.
- —¿Qué quieres a cambio de la información?
- —Una buena mordida, como en los viejos tiempos —Casi me caigo de espaldas. ¿Cómo en los viejos tiempos? ¿Eh?
 - —¿Una mordida? ¿Quieres que te muerda?
- —Sí. No me mires con cara de sorpresa, ni que fuese la primera vez. Qué pronto te has olvidado nuestros revolcones —En ese momento mi mandíbula se lanzó en caída libre. ¿En serio Shapur se acostaba con aquella señora?
- —¿Qué te pasa niña? ¿Tú aún no le has catado? Pues no pierdas la oportunidad, va bien servido...
- —Bueno, ¡ya está bien, Clementine! —pidió Shapur poniéndose en tensión—. Lo haré.
- —Vamos a la planta superior —dijo la señora con una sonrisa de oreja a oreja.
- —Lo haré aquí. Sólo voy a morderte, nada más —La sombra de la decepción nublo la mirada de la mujer—. En cuanto nos digas dónde está Christopher y qué está tramando.
- —Ese desgraciado está huyendo, es obvio. Ayer se extendió como la pólvora el rumor de que Aixa lo está buscando, que había aparecido una novel que lo acusaba de haberla convertido —apuntó indicándome con la nariz—. Él asegura que no es cierto, que no ha convertido a nadie, y es cierto que en seiscientos años no ha cometido un fallo semejante, que se le conozca, al menos. Aunque la prohibición de convertir noveles sin permiso de la reina es relativamente reciente como sabes, hace quinientos años no era necesario y así sucedió lo que sucedió —desconocía a lo que se refería, pero no me pareció el momento oportuno para preguntarlo.
 - —Pues lo hizo, me atacó y me convirtió —protesté.
- —No parece muy contenta, ¿no? —preguntó al gobernador como si no estuviese presente, él hizo un gesto de negación—. Hay mortales que pasan años...
- —Ya he oído ese cuento antes, gracias. Yo no quería ser vampira, no lo quería y no lo quiero y ni usted ni nadie va a convencerme de lo contrario.
- —Shapur, no la frio aquí mismo por la amistad que compartimos, pero no voy a permitir que esta novel me falte al respeto en mi propia casa.

- —Bryce, cierra la boca —me ordenó y yo, achinando los ojos llena de rabia, le obedecí—. ¿Y sabes lo que va a hacer?
- —Mis fuentes me han contado que no está dispuesto a acudir a ese juicio. Piensa desaparecer y pedir asilo.
- —¿Asilo? Ningún reino se atreverá a darle asilo sabiendo que Aixa le busca.
- —No lo sé. Las cosas andan un poco revueltas, con todo el tema de la *Revolución de la raza*. Se está produciendo un movimiento de radicalización que puede llegar a ser muy peligroso.
 - —¿Qué has oído?
- —Lo que imagino que ya sabes. Que hay *ciertos* sectores, dentro de *ciertos* reinos, que quieren tomar el control, salir de la oscuridad y demostrarles a los mortales quien manda. Someterlos. Es lo que defiende la postura de la *Revolución de la raza*, que cada vez está ganando más adeptos.
 - —¿Y aquí? ¿El gobierno de Norteamérica qué postura tiene?
- —No lo sé. Esa zorra de Savannah parece muy progresista pero no me fio de ella lo más mínimo. De todos modos, no tengo contactos en su palacio, ningún *voluntario* lo abandona un solo día sin que le hayan borrado los recuerdos. Es lo que sé.
 - —¿Crees que ellos saben dónde está Christopher?
- —Yo creo que sí. Si no lo saben con seguridad lo sospechan. Saben que está en el reino porque no ha pedido permiso para abandonarlo, imagino. Los rumores dicen que Christopher piensa abandonarlo en un contenedor.
 - —¿De mercancías?
- —Sí. Según he oído quiere huir a Alaska. Esta es muy buena época para los *chupasangres* allí, ahora los días duran unas cinco o seis horas.
 - —¿Cuándo?
 - —No lo sé. Lo antes posible. Quién sabe si esta noche, o mañana.
 - —Gracias por la información.
 - —Ahora, mi pago.
 - -Bryce, espérame en el coche.

Al oír aquellas palabras desaparecí de la habitación, abandoné la vivienda a toda velocidad y subí al coche, sorprendiendo a Marilyn que se sobresaltó al oírme cerrar la puerta.

—¿Y el señor Shapur? —me preguntó mirándome a los ojos. En mi nueva condición como vampira podía distinguir las leves muecas de su

rostro, así como el palpitar de sus carótidas, la dilatación expectante de sus pupilas e incluso si me concentraba, el leve aliento que abandonaba su boca y su nariz. Estaba nerviosa, estresada quizá.

—Enseguida viene.

Y en efecto lo hizo diez minutos después, pero en esta ocasión tomó asiento en la parte trasera, a mi lado. Su piel había adquirido el leve tono rojizo, vital, de quien acaba de alimentarse, algo imperceptible para ojos mortales, pero no para los vampiros. Su piel de bronce resplandecía llena de vida. Busqué sus ojos, pero no me devolvió la mirada, era como si se avergonzase de lo que acababa de hacer, aunque no tenía por qué, alimentarse era un derecho y más cuando el mortal se ofrecía de forma tan generosa.

Guardamos silencio el resto del trayecto, unos treinta minutos hasta llegar al palacete del gobernador, Marilyn se cuidó de no hacer ningún tipo de comentario y Shapur no fijó sus ojos en mí ni una sola vez.

La residencia del gobernador de Luisiana en la ciudad era un palacete inmenso de estilo colonial que ocupaba toda una esquina en mitad del barrio francés. El todoterreno recorrió Bourbon Street, con sus luces coloridas y sus escaparates llenos de vida y mortales caminando arriba y abajo. La música jazz envolvía la calle, procedente de los bares en los que tocaban en directo, e incluso en las terrazas mientras los turistas cenaban. Pasamos junto a un saxofonista que tocaba ensimismado en la acera y los viandantes le arrojaban monedas. Así que no era una leyenda, en Nueva Orleans la música envolvía la ciudad.

Marilyn accionó un pequeño mando que guardaba en la guantera y la puerta metálica de un garaje se abrió dando acceso al sótano. Había una veintena de vehículos aparcados bajo el edificio. Nuestra guía bajó del todoterreno y nos invitó a seguir sus pasos, abrió la única puerta de entrada hacia el interior y recorrimos tras ella un largo pasillo de suelo de mármol y paredes decoradas con frisos dorados, hasta llegar a un amplio recibidor. Una escalera en espiral partía del extremo sur del recibidor que conducía a la planta superior. En el centro de este, situado sobre el mosaico de una estrella de mármol verde en el suelo, nos aguardaba el que debía ser un pez gordo entre los vampiros, pues estaba escoltado por otros dos *no muertos* armados bajo los trajes de chaqueta.

—Bienvenidos —nos saludó con una comedida sonrisa, falsa como

una moneda de chocolate, un vampiro alto con la cabeza rasurada y los ojos pequeños y achinados, debía estar en torno a la treintena cuando murió—. Señor Shapur Akram, señorita Bryce. Bienvenidos, es un placer para mí ofrecerles mi humilde residencia durante los días en los que su misión les tenga en la región —Ya sé quién es, el *pelota* real, pensé. Shapur realizó un leve gesto con la cabeza como saludo, yo hice lo mismo—. Soy Guillaume Partiere, gobernador de Luisiana.

- —Encantado —Estaba claro que Shapur no era tan dado a las palabras como aquel otro gobernador. Más bien eran como el agua y el aceite.
- —Para usted, Shapur, hemos preparado un *cofret* del segundo sótano, como pidió su reina, y para la señorita Bryce, una habitación en la planta baja, perfectamente acondicionada para el descanso diurno, por supuesto. Espero que le parezca bien.
- —La señorita Bryce descansará en el *cofret*, conmigo —Le alcancé con la mirada, pero no dije una palabra. El gobernador de ojos de serpiente me miró un instante y después regresó la mirada a la de mi acompañante.
- —Así sea. Me marcho ahora a Baton Rouge para solucionar un pequeño problema que tenemos allí con un novel, ya sabe cómo pueden descontrolarse al principio —dijo sin emoción, dedicándome una mirada de reojo, como si fuese incapaz de creer que yo misma estuviese allí de pie, en lugar de retorciéndome de angustia por la *sed*—. Nos vemos mañana y hablaremos con calma sobre los motivos de su visita. Siéntanse en su casa. Cualquier cosa que necesiten pueden solicitarla a Marilyn o a Manuel, ambos han sido puestos a su disposición.
 - —Gracias.
- —No hay de qué —dio un paso hacia un lateral donde sobre un pequeño recibidor había una campanita plateada que hizo sonar. De inmediato un joven mortal entró en el recibidor desde uno de los pasillos del fondo, era alto y moreno, su piel era trigueña y sus ojos de un particular verde esmeralda. Iba ataviado con una especie de uniforme de servicio, con pantalón y chaqueta negros y camisa blanca. Aun así, se veía atractivo—. Él es Manuel —el joven asintió—. Por favor, acompaña al gobernador y a la señorita Bryce al *cofret* del segundo sótano.
- —Síganme, por favor —nos pidió mientras Marilyn nos despedía con una amplia sonrisa que no me gustaba un pelo.
 - —Gracias.

Lo hicimos, recorrimos un largo pasillo, decorado con la misma

opulencia que el recibidor, al final del cual había un ascensor. Shapur no dijo nada, pero noté cierta incomodidad en él al subir a este, o quizá era por estar allí. Cuando el ascensor se abrió nos encontramos con un pequeño recibidor con una nueva puerta, en esta ocasión una puerta blindada custodiada por un mortal miembro de la seguridad del gobernador, armado con una ametralladora.

—Alfred custodiará la entrada al cofret hasta la llegada del alba cuando será reemplazado por otro miembro de seguridad —nos relató Manuel. A su indicación el tal Alfred abrió la puerta y un gran salón se abrió ante nosotros, cuya exuberancia y lujo eran sobrecogedores. Una lámpara de araña colgaba del techo a varios metros de altura sobre una nueva estrella de mármol verde en el suelo. Las paredes estaban decoradas por tableros de madera labrada, y los muebles eran contorneados y barrocos hasta el hartazgo. En aquel lugar había más lujo del que había visto junto en toda mi vida. Pasamos al interior, seguidos por Manuel—. Esa puerta del fondo es el cofret real, es donde se aloja la reina, no está permitido el acceso a nadie excepto a ella. Y ese otro es el del gobernador, que se lo ha cedido mientras dure su visita, él se alojará en otra de las estancias de la propiedad —Ni siquiera sabía qué era un cofret, pero me estaba sonando a dormitorio ultra protegido, y no me equivocaba. Manuel abrió la puerta de madera tallada con motivos vegetales, era mucho más gruesa de lo que pudiese haber imaginado, con una lámina interior de metal y otra de madera exterior, y en efecto había un pequeño salón tras ella. Un salón con un espacio a modo de pequeña cocina con una alta nevera tipo botellero y un microondas sobre una mínima encimera con fregadero, había amplios sofás de tipo chéster de piel y una pantalla de televisión tamaño cine de pueblo. En la pared de la izquierda colgaba un gran cuadro, que ocupaba casi su totalidad, en el que se mostraba un campo sembrado de brillantes girasoles. Al fondo se encontraba una habitación, un gran dormitorio con baño—. La nevera está llena de sangre, de varios tipos; vegano, carnívoro, omnívoro, alcohólico... Está etiquetada nos dijo desde la puerta. Crucé una mirada rápida con Shapur, en aquel reino se lo curraban bastante para impresionar, al parecer—. Además, les ofrezco mis servicios, o los de Marilyn, si no le gusta la sangre embotellada —dijo mirándome con ojos golosos.

—Nos va bien así —respondí sin pensar en la opinión de Shapur. No me apetecía ponerme en plan sádica insaciable con aquel joven y que mi acompañante tuviese que volver a apartarme de él. No soportaría un

bochorno semejante por segunda vez.

- —Está bien. Pues que descansen. Hasta mañana —se despidió con una mirada triste y se marchó. Shapur se apresuró a cerrar la gruesa puerta tras él, echó los cinco cerrojos girando sus llaves que dejó puestas, además de dos cadenas.
- —¿Lo ves suficiente o pegamos todos los muebles tras la puerta? pregunté con sarcasmo, él me miró sin decir nada y regresó con lentos pasos humanos.
- —Amanecerá en un par de horas. Necesito pensar —dijo dejando en el suelo la funda oscura en la que guardaba su impresionante espada plateada.
 - —¿No te fías de ellos?
 - —No me fío de nadie, ya te lo he dicho.
- —A qué se refería la bruja con lo de que antes no había que pedir permiso para convertir noveles y *sucedió lo que sucedió*. ¿Qué sucedió?
- —Que llegó un momento en el que en el caribe casi había más vampiros que humanos, vampiros descontrolados por la *sed*, que mataban sin control, sin cubrir sus pasos, que arrasaban villas enteras, hombres mujeres y niños, sin ninguna consideración.
 - —Es horrible.
- —Sí, lo fue. Fue entonces cuando se tomó la decisión de que para convertir a alguien se necesitase la aprobación de la reina, ella sería la encargada de conceder el permiso para otorgar ese don. El resto de reinos siguieron sus pasos al considerarla una decisión muy acertada.
- —¿También tú crees que esto que nos ha sucedido es un don? ¿Tú querías ser convertido?
- —Yo no tuve opción. Me moría desangrado cuando mi creadora me encontró. Me ofreció la eternidad a cambio de acompañarla y yo acepté dijo abriendo la nevera y extrayendo de esta una botella de cristal repleta de brillante sangre, la abrió y se sirvió un vaso del mueble situado sobre el pequeño fregadero, lo puso un minuto al microondas. Yo le observé en silencio, estaba cansado, o harto, como si todo aquello le hubiese sucedido mil veces, como en *El día de la marmota*. Pero si lo que decía Alanis era cierto y tenía más de dos mil años le habría sucedido de todo dos mil veces.
 - —Dice Alanis que luchaste en la batalla de las Termópilas.
- —Vaya, así que te ha contado algo más que los rumores sobre mis habilidades amatorias.
 - -Algo -sonreí con picardía tomando asiento en uno de los sofás,

frente a él—. ¿Es cierto?

- —¿Lo de las habilidades amatorias?
- —Lo de las Termópilas —Lo otro me interesaba casi más, pero me dio pudor confesarlo. Shapur asintió abriendo el microondas y posando ante mí el vaso de sangre calentada. No olía demasiado apetecible, pero hacía demasiadas horas que me había alimentado y no estaba para remilgos—. ¿Cómo es haber vivido tantos años?
- —Sólo he vivido las noches de todos esos años. Y en ellas he visto a vampiros y mortales destruirse los unos a los otros una y otra vez, odios, rencillas, violencia gratuita... por ambas partes. No creas que los mortales son mucho mejores que nosotros. Llega un momento en el que piensas... ¿Esto es la eternidad? —Estaba siendo sincero, por completo, pude verlo en su mirada de ámbar cuando se volvió a mirarme después de introducir un segundo vaso en el microondas—. Me preguntas si creo que es un don, creo que eso depende de ti. Puedes aceptarlo y seguir adelante o pasarte la eternidad lamentándote por lo que perdiste.
 - —¿Y tu creadora? ¿Qué fue de ella?
- —Encontró la muerte definitiva a manos de uno de sus amantes, un patricio romano la traicionó clavándole una estaca en el corazón, porque se negó a convertir a su hijo, un niño enfermo que murió pocos días después.
 - —¿Se puede convertir a niños?
- —Se puede, pero es algo monstruoso. Piensa que serían niños eternamente, no crecen, no se desarrollan. Por eso está prohibido y castigado con la muerte definitiva, en todos los reinos.
- —Pero los vampiros pueden tener hijos, ¿verdad? Porque Layla es hija de Aixa...
- —Es algo bastante inusual y complicado que una vampira quede embarazada, pero sucede, sobre todo entre los *purasangres*. Los que no fueron convertidos, sino que nacieron como vampiros, como Layla, o como Bertrand, el hijo de Savannah Cooper, nuestra anfitriona en este reino.
 - —¿Tiene un hijo?
 - —Sí. Él y la princesa Layla están prometidos.
 - —Pero si Layla está con Alanis...
- —¿Y? Debes cambiar tu mentalidad mortal —el microondas indicó con un pitido que la sangre ya estaba caliente. La sacó y la posó de nuevo ante mí.
 - —¿Y tú no quieres?

- —No. Entre los vampiros la fidelidad... *carnal*, no es tan importante como la social. Los padres suelen acordar el matrimonio de sus hijos para cerrar acuerdos entre sus reinos. Pero obviamente cada uno de ellos se hará el desentendido con los amantes del otro, humanos o vampiros.
- —Muy moderno todo. Así que Layla va a unirse al hijo de la reina que nos acoge y a este no le importa que ella esté enamorada de Alanis.
 - —No debe importarle.
 - —Pero ellos deben tener hijos, quiero decir que lo intentarán.
 - —Si los tienen sería una gran garantía de estabilidad, claro.
- —Lo entiendo, pero... Yo no podría casarme con alguien por quien no siento nada. O peor aún, cuando estoy enamorada de otro —tomé el vaso y me lo bebí de un tirón. Después relamí la sangre que empapaba mis labios y pude percibir cómo el guerrero me observaba con interés—. ¿Tú podrías?
- —Nunca he estado casado. Estuve prometido como mortal, con Aixa, pero fui convertido antes de cumplir nuestra promesa. Después sé que ella estuvo buscándome sin descanso y que la convirtieron.
 - —Layla es tu…
- —No, Layla no es hija mía. La Aixa vampira no se parece en nada a la mujer que conocí, ella era compasiva, tierna, inocente... Imagino que el tiempo, las experiencias, la han cambiado como me cambiaron a mí. Se ha convertido en un ser despiadado en ocasiones, e incluso insensible, con una necesidad de poder abrumadora. Además, el consejo de Christopher no le venía nada bien. Es un sádico al que debería haber eliminado hace mucho tiempo.
 - —¿Y por qué no lo ha hecho?
- —Porque le prometió a su padre que cuidaría de él. Su padre la sirvió como *voluntario*, durante toda su vida. Fueron amantes. Se llamaba Carmelo y tenía un hijo, Christopher, cuya madre falleció tras darle a luz. Durante el parto el pequeño cayó al suelo desde las manos de la partera, produciéndose una herida en el rostro cuya cicatriz le recordaría para siempre el día en el que su madre tuvo que morir para que él viniese al mundo. Era un niño enfermizo destinado a fallecer joven, de una enfermedad pulmonar, pero la sangre de Aixa le ayudó a llegar a la adolescencia, en cuanto tuvo la edad suficiente, ella le convirtió en agradecimiento a su progenitor y prometió que le cuidaría.
 - —¿Hace mucho?
 - -Seiscientos años. Pero Christopher ha ido degenerándose,

corrompiéndose, sabiéndose con la benevolencia de la reina. Ella le ha castigado en más de una ocasión, castigos severos, la última vez le emparedó a una pared atado con cadenas de oro durante un año. De nada ha servido. Disfruta dañando y mutilando a las mujeres.

- —Como si tratase de vengarse en ellas de la ausencia de su madre o algo así —Shapur se encogió de hombros.
- —Le convirtieron demasiado joven y ya algo desequilibrado por su enfermedad. Y Aixa no estuvo todo lo implicada que debería durante su *aleccionamiento*, como creadora. Lo dejó en manos de otros, y... bueno. Hemos llegado a esto.
 - —¿Qué harás cuando le encontremos?
- —Le pediré que nos acompañe para juzgarle y si no lo hace le mataré —dijo acomodándose en uno de los sillones, y no pude evitar pensar que era el tipo más sexy, mortal o vampiro, que había visto en toda mi vida.
 - —¿Y cuál es el plan para encontrarle?
- —Mañana en cuanto anochezca acudiremos al puerto y verificaremos el listado de todos y cada uno de los barcos que pretendan partir. Primero los que tengan destino a Alaska y después el resto. En un par de horas deberíamos haberlos revisado todos. Si no le encontramos contactaré con el rey del reino alasko-canadiense y le advertiré de su llegada y de que Aixa le busca.
- —¿Por qué has pedido que me aloje contigo en esta especie de... dormitorio a prueba de bombas?
- —Porque no me fio de ellos. Soy demasiado antiguo para fiarme de cualquiera y a pesar de que sé que Aixa mantiene buenas relaciones con este reino por el próximo enlace de sus primogénitos, también sé que cualquier chispa podría ponerles en nuestra contra, que cualquier *voluntario* del servicio puede haber sido comprado para asesinarte durante nuestro sueño diurno.
 - —¿Y por qué querrían asesinarme?
- —Porque si tú mueres, contigo morirá la acusación de conversión ilegal —Me encogí al darme cuenta de que mi existencia estaba en auténtico peligro. Y él lo había hecho para protegerme, a mí, a una novel torpe e inexperta, y eso hacía sonreír mi inmóvil corazoncito.
- —Tiene que ser agotador ser gobernador y estar siempre pensando en que quieren acabar contigo, protegiendo a la reina, a quien la reina dictamine... —dije tomando asiento a su lado, lo suficientemente cerca para

contemplar cómo se le marcaba el torso bajo la fina camiseta de algodón, admirando cada músculo, cada silueta, pero lo suficientemente lejos como para no tocarle.

- —Hace poco tiempo que soy gobernador. Soy un guerrero y he librado un sinfín de batallas, esa es mi razón de ser. Todos los tatuajes que has visto en mi piel son recuerdo de ellas. Me quedan menos de cuarenta años al servicio de Aixa, para cumplir con la palabra que le di. Después me marcharé, desapareceré.
 - —¿Dónde irás?
- —A las profundidades de la selva amazónica, o a las estepas rusas, o quizá incluso al norte, a las Highland. Necesito pasar tiempo, un par de siglos, quizá, alejado de todos, mortales y vampiros.
 - —¿Solo?
- —Si encuentro la compañía adecuada, mejor acompañado —Los ojos de Shapur, se me clavaron en las pupilas. Sentí que una especie de fuego me subía a las mejillas, como si aún la sangre me palpitase por dentro, y miré mi vaso vacío. Busqué las fuerzas necesarias para hacer una nueva pregunta, sin duda la sangre que había bebido debía ser de adolescente fisgón.
- —¿Se puede amar siendo vampiro? —El guerrero enarcó una de sus morenas cejas, observándome con curiosidad—. Quiero decir, ¿podemos enamorarnos? Diana dice que el amor no existe y lo cierto es que yo como nunca lo he experimentado, sí el amor a familia, a mis amigas, pero jamás he sentido todo eso que dicen de las mariposas...
- —Claro que podemos amar. Yo he amado como mortal y he amado como vampiro, con la misma intensidad —confesó con una sinceridad sobrecogedora—. Hay mucha humanidad en ti aún, disfrútala mientras la tengas, irá desapareciendo poco a poco —respondió con una sonrisa resplandeciente. Me sentí abrumada, por la fuerza de su mirada, por la sangre recién ingerida, por sus labios entreabiertos, por la tensión sexual que percibía entre ambos. Así que decidí cambiar de tema.
 - —Esa mujer, Clementine, ¿quién es?
 - —La bruja más poderosa de toda Nueva Orleans.
 - —¿Hay muchas brujas aquí?
- —Muchísimas. Tienen una especie de pacto de no agresión con nosotros, ninguno se entromete en los asuntos del otro.
 - —¿Erais amantes?
 - —¿Por qué te interesa saberlo? —aquello no lo esperaba.

- —Lo siento, perdóname...
- —La respuesta es sí. Éramos amantes hace un siglo, cuando ella era una joven bruja que comenzaba a adquirir poder en el aquelarre y yo estuve en esta tierra en una misión. Antes de que Savannah fuese coronada.
 - —Ah, creí que te iban las ancianas.
- —Si lo piensas, yo soy más anciano que ella —aseguró con una sonrisa ladeada arrolladora—. Y ahora vámonos a la cama.
 - —¿Juntos? —la pregunta escapó de mis labios.
- —Pues claro. Llevas toda la noche especulando sobre mis destrezas como amante. Faltan cincuenta minutos para el amanecer, ¿no quieres comprobarlo por ti misma? —aseguró poniéndose de pie y dando un paso hacia el dormitorio. Me quedé en silencio, lo cierto era que, aunque propuesto así sonaba un poco frío, yo le deseaba. Le deseaba con intensidad—. Estaba bromeando —dijo, cuando iba a responder que sí y así fue como se esfumó mi oportunidad de retozar—. Acuéstate en la cama, yo lo haré en el sofá. Pero antes voy a darme una ducha rápida —indicó sin volverse, sacándose la camiseta por la cabeza, regalándome la impresionante vista de aquella espalda de nadador olímpico morena y tatuada.

Se metió en el baño, dejando la puerta abierta. Desde donde estaba sentada veía la ducha a la perfección, pude ver cómo se deshacía de los vaqueros que le sentaban como un guante, pero mejor le sentaban aquellas nalgas morenas y prietas.

Soy una salida, me dije para mí misma. Pero cuando abrió el grifo de la ducha y mientras se enjabonaba se giró, colocándose de frente hacia mí, agradecí que mi corazón no palpitase porque de haberlo hecho se me habría salido del pecho.

Madre del amor hermoso.

El gobernador de Haití era un pecado. El sueño erótico de cualquier mujer, viva o muerta. Con aquellas manos grandes enjabonándose así mismo, con los ojos cerrados, sin ningún pudor, sin sospechar que a mí sólo me faltaba un cuenco de palomitas para disfrutar del espectáculo por completo. Aunque de buena gana le habría dado un buen mordisco en aquel trasero prieto y moreno, mucho mejor que las palomitas, dónde va a parar. O en los muslos, o en la espalda, o quizá en el cuello. Si se dejase morder, lo convertiría en un queso gruyere.

Un año llevaba sin sexo. Desde que lo dejé con mi ex novio antes de llegar a la República Dominicana allá por diciembre del año anterior, un año. Sin sexo compartido, que nunca fui de piedra y me hacía mis apaños, no me quedaba otra. Pero un espécimen masculino como aquel que estaba restregándose la espuma por todo el cuerpo ante mis ojos no lo había visto en la vida.

Y me iba a quedar con las ganas de catarlo, por lenta en contestar.

¿Y si me insinuaba? ¿Se daría cuenta?

No era tan atrevida como para lanzarme.

¿Y si me rechazaba como a la bruja?

Quien diría lo tierno que estaba resultándome con lo bruto que me pareció el día anterior.

Se había abierto a mí y eso me parecía increíble. A mí. ¿Quién era yo? Una vampira novel e inexperta que aún conservaba mucho de humana.

Si al día siguiente capturábamos al desgraciado que me convirtió y regresábamos al palacio de Pedernales quizá nunca más volviese a tener la oportunidad de estar así, a solas con él.

Salió de la ducha y tomó una toalla, se secó en el baño con ella y lo abandonó completamente desnudo, con todo ahí, balanceándose, moviéndose con elegancia gatuna.

Tragué saliva por instinto y di un paso hacia el interior del dormitorio. Cruzamos una mirada.

Los ojos de largas pestañas oscuras del guerrero me recorrieron de pies a cabeza, haciéndome saber que también me deseaba. Los míos se quedaron pegados a una parte muy concreta de su anatomía.

- —¿Te gusta lo que ves? —me preguntó haciéndome notar que había percibido mi interés. Enserié en el acto, aún no había aprendido a poner esa cara inexpresiva con la que no saben si rías o lloras, tan típica de los *no muertos*.
- —No está mal —dije fingiendo desinterés—. Pero los tipos musculados están pasados de moda en el siglo veintiuno, no deberías exhibirte tanto —Shapur dio una sonora carcajada.
 - —Ah, ¿sí? Y cómo son los hombres en este siglo.
- —Frikis, barbudos, con barriga cervecera y dolores de espalda. Hay algunos guaperas de gimnasio, pero por lo general están tan ocupados en fijarse en sí mismos que no tienen tiempo para mujeres, además de tomar tantos esteroides les encojen las *bolitas*.
 - —¿Qué bolitas?
 - —Las... joyas de la corona —dije sin poder evitar dedicar una mirada

a las suyas. No, estaba claro que Shapur no había tomado esteroides en su vida, lo tenía todo perfecto.

¿Cómo iba a tomar esteroides si no existían en su época? Sería bruta. ¿Es que no podía dejar de mirarle ahí? Parecía un conejo deslumbrado en la carretera.

—Entre los vampiros ocurre un poco como con *los guaperas de gimnasio*, como les has llamado, están tan ocupados en sí mismos y sus deseos que poco espacio dejan a las relaciones con otros vampiros. Pero los mortales ya deben haber perdido el norte para preferir mirarse a sí mismos antes que a una mujer como tú —añadió con una sonrisa, alejándose hacia el salón. Se detuvo en la puerta—. Descansa, estaré ahí al lado, si me necesitas, sólo tienes que llamarme, pero recuerda, sólo quedan treinta minutos para el amanecer —dijo indicando hacia un pequeño reloj digital de pared que había situado en la pared sobre la puerta de entrada.

—Gracias.

Me quité el pantalón y me acosté con la camiseta y las braguitas de encaje rojo bajo las sábanas. La costumbre mandaba pues no sentía frío ni calor.

Y entonces llamé a Shapur, le pedí que me acompañase en el lecho y me hiciese gritar su nombre hasta que el día nos interrumpiese, devolviéndonos a la muerte intermitente de cada amanecer.

No lo hice. Y me sentí una idiota por ello. Porque le deseaba, porque ambos éramos adultos y vampiros, y yo no era ninguna mojigata. Pero no me sentía capaz de llamarle a mi cama, como si demostrarle que le deseaba me hiciese sentir débil de algún modo. Que era una completa idiota, vamos. Con esa desazón me encontró el amanecer y mi mente se desconectó, por completo, como cada día.

CAPÍTULO 7

Luz una luz cegadora, la luz de un foco atravesaba mis párpados tiñéndolos de rojo. Y sentí dolor, un acuciante dolor en las muñecas, como si estuviesen en llamas. Traté de mover las manos y la sensación de ardor se incrementó. Abrí los ojos de par en par descubriendo lo que me temía, que no estaba en la seguridad del *cofret* sino en un lugar cerrado, iluminada por un foco que me apuntaba en la distancia. Estaba atada a algo con los pies juntos y las manos estiradas, una estructura a mi espalda.

- —Bryce. Bryce, ¿estás bien? —reconocí la voz de Shapur de inmediato—. ¿Te han herido?
- —Tengo algo en las muñecas, y en los tobillos que me quema —dije estirando el cuello hacia la derecha, en la dirección desde la que procedía su voz. Entonces le vi, Shapur estaba atado a una especie de cruz de madera con unas gruesas cadenas doradas sobre la piel de sus brazos, así como sus piernas protegidas por los vaqueros y su torso desnudo. Cadenas que humeaban como si hubiesen estado al fuego. Era oro, eso era lo que estaba quemándonos.
 - —Yo también. Aguanta, Bryce.
 - —¿Quién nos ha hecho esto?
- —Christopher, imagino. Con ayuda, por supuesto, pero, ¿cómo ha logrado entrar en el *cofret*?

De pronto la luz del foco se apagó, permitiendo que nos viésemos con claridad. La piel de las muñecas de Shapur le colgaba, en una de ellas incluso podía verse el hueso, también en su pecho, colgajos de piel se deshacían ante las graves quemaduras. Miré mis propias muñecas, mis cadenas eran más finas, aunque igual de efectivas, sin duda me consideraban mucho menos peligrosa.

Miré a mi alrededor, estábamos en una especie de garaje. Había un coche, al fondo a mi izquierda, y tras este una puerta de metal de dos hojas. Frente a nosotros una cristalera de tres hojas correderas recubiertas con un plástico negro, o algún tipo de material que no permitía ver nada al otro lado.

De pronto la puerta lateral se abrió y la respuesta de quién había ayudado a Christopher se materializó de inmediato ante nuestros ojos, por

ella entraron Marilyn y Manuel.

- —Buenas noches, espero que estén cómodos. No tratéis de hipnotizarnos, hemos tomado unas gotitas de sangre de vampiro que nos protegen de vuestras estratagemas mentales —dijo Marilyn, vestida con un mono de cuero negro cerrado con cremallera, al más puro estilo *Busco a Jacks*.
- —¿Por qué? —preguntó Shapur con su voz de ultratumba, sin reflejar un ápice de dolor en esta.
- —Muy pronto lo descubriréis, nuestros amos están preparándose para venir a veros. Mientras, os custodiaremos nosotros —dijo Manuel. Distinguí el arma en su cinto, muy probablemente cargada con balas de oro, balas mata *chupasangres*.
- —Las cadenas me están haciendo demasiado daño —dije, arrepintiéndome de haber dormido en bragas. Si me hubiese dejado los vaqueros como Shapur al menos no me arderían los tobillos.
- —Pronto acabará vuestra agonía —añadió Marilyn con un sadismo desconocido en ella. Maldita mosquita muerta, con esas carótidas palpitándole en el cuello frenéticas, si pudiese alcanzarla iba a enterarse de lo que valía un peine.
 - —¿Cómo habéis entrado en el *cofret*?
- —El *cofret* tiene un acceso secreto, detrás del gran cuadro de los girasoles en la pared hay una pequeña puerta. Guillaume es muy precavido reveló Manuel con una sonrisa—. No es nada personal, nuestro amo pide y nosotros obedecemos.
- —¿Guillaume está metido en todo esto? —preguntó Shapur. Marilyn y Manuel cruzaron una mirada de complicidad.
- —Guillaume obedece mis órdenes —afirmó alguien adentrándose en la habitación. Era una vampira alta, con el cabello caracoleado, rubio, casi blanco, que le alcanzaba las escápulas. Tenía los ojos muy azules y la piel nacarada. Iba ataviada con un elegante vestido con cuerpo de encaje plateado y falda de seda azul pavo real. La seguían muy de cerca cuatro vampiros armados hasta los dientes con ametralladoras, vestidos con un uniforme verde oscuro, como un comando militar de élite.
- —Majestad —dijeron los mortales a modo de saludo descendiendo el rostro.
- —Savannah... Majestad, sabe que esto es una ofensa muy grave, ¿verdad? Hemos respetado su reino, hemos presentado nuestros respetos ante

su gobernador y no hemos cometido ninguna falta en vuestro territorio.

- —No lo habéis hecho —respondió caminando delante de mí sin mirarme, con parsimonia humana, deteniéndose ante Shapur, observándole con curiosidad.
 - —¿Entonces? ¿Por qué?
- —¿Por qué? ¿Acaso Aixa pensaba que podía despreciar a mi primogénito del modo en el que lo ha hecho y que esto no acarrease consecuencias?
 - —¿De qué habláis?
- —Hablo de esto —dijo chasqueando los dedos. Otro vampiro entró en escena, fue Christopher. En ese momento sentí cómo cada vello de mi piel se erizaba, como un gato. Un odio visceral me invadió al volver a ver su rostro juvenil, su cara pálida enmarcada por el cabello rizado, ese al que me aferré con fuerza cuando me mordió, arrancándome la vida. Las ganas de saltar sobre él me hicieron estremecer. Tiré de las cadenas que me sujetaban las muñecas y estas se clavaron en mi carne hasta tocar el hueso. A duras penas pude contener el grito de dolor.

Christopher traía algo en sus manos. Un documento.

- —Buenas noches, Shapur, te veo muy desmejorado —sugirió con una sonrisa malévola, adentrándose en la habitación con aires de antiguo noble le entregó el documento a Savannah.
 - -Maldito traidor. ¿Qué es eso?
- —Una carta, firmada por tu reina, lacrada con el sello real, en la que rechaza el matrimonio concertado con mi hijo Bertrand —aseguró mostrándosela. Shapur apretó la mandíbula, furioso —. No sé cómo se atreve a rechazar a mi hijo, a despreciar la unión de nuestros reinos.
 - —Esa carta es falsa. Christopher te ha mentido.
- —¿Cómo te atreves a decir que es falsa? Tiene el sello real... —dijo Savannah irritada.
- —No es falsa, la robé del escritorio de la princesa Layla, hace meses
 —trató de defenderse Christopher.
- —Savannah, esa carta es falsa, yo mejor que nadie conozco la caligrafía de la reina. No sé de dónde la ha sacado Christopher, pero sí que lo ha hecho para conseguir asilo en este reino porque sabía que Aixa no consentiría que continuase haciendo de las suyas. Es un asesino descontrolado y si le cobijas acabará ocasionándote problemas con los mortales...

—Cierra esa puta boca —exigió Cristopher deteniéndose junto al guerrero, agarró una de las cadenas de su pecho y tiró de ella con fuerza, pegándola a su carne con violencia, provocando que el humo y un intenso olor a quemado invadiese el ambiente. También se quemaron sus dedos, que se recuperaron al instante al soltarla.

Shapur no se quejó, pero el dolor que sentía se reflejaba en su rostro.

- —No te dejes engañar, él dirá cualquier cosa para convencerte.
- —Shapur no miente, nunca —dije—. No como él, que me dejó enterrada en un parque creyendo que me había matado y desperté siendo vampira. ¿Es eso lo que quiere, majestad? ¿Una legión de vampiros descontrolados?
- —Tú fuiste un error, que vamos a solucionar ahora —respondió Christopher dando un lento paso humano hacia ella.
- —Quieto Christopher—pidió la reina—. Quiero que el sacrificio de ambos sirva de ejemplo a todos quienes pretendan humillar al reino de Norteamérica.
- —Habla con Aixa, Savannah. Ella te confirmará lo que te estoy diciendo y evitarás cometer un error del que sin duda te arrepentirás.
- —No necesito hablar con Aixa. Su hija ya ha había despreciado a mi hijo enviándome una grabación en la que me pedía que anulásemos el enlace porque no le ama. ¿Puede haber algo más ridículo? —preguntó como si no pudiese creerlo—. Y lo dejé pasar por alto, porque su opinión no me importaba, pero ahora veo que ha convencido a su madre para que también ella lo humille cuando todo el mundo vampiro sabe de este enlace. Para una humillación semejante sólo cabe una respuesta.
- —La princesa Layla es temperamental y descerebrada, no debería tener en cuenta sus palabras... Pero le aseguro que la carta es falsa.
- —¡Silencio! No quiero oír más patrañas. Esta noche, vuestra muerte definitiva servirá como mi declaración oficial de guerra a Aixa —sentenció abandonando la estancia. También lo hicieron los guardias que la protegían, así como Marilyn y Manuel, sólo Christopher remoloneó en la habitación, observando a Shapur con deleite.
- —¿Por qué? —le preguntó el guerrero—. ¿Por qué has hecho todo esto? ¿Por qué la convertiste? No me creo esa patraña de que fue un error dijo con rabia, la rabia que tensaba todos y cada uno de sus músculos sujetos a aquella estructura de madera—. ¿Por qué has traicionado a tu creadora?
 - -¿Sabes lo único que yo quería, después de seiscientos años al

servicio de Aixa? El gobierno de Haití. Era lo único que yo quería. Y, sin embargo, te lo entregó a ti, en bandeja. Ella, te prefirió a ti. Para su compañía, para su cama, para todo...

- —¿Todo esto es por el gobierno de Haití? Yo nunca pedí ser gobernador.
- —¿Es que no lo entiendes? No es por el gobierno de Haití, es por todo. Ella siempre te ha preferido a ti, ella sólo confía en ti, ¿y mi esfuerzo, y mi dedicación?
- —¿Qué dedicación? Si ha tenido que tapar un sinfín de destrozos tuyos a lo largo de estos siglos, si te ha cubierto las espaldas un millar de veces, ¿cómo puedes decir eso?
- —Porque es nuestro derecho. Somos depredadores y nos alimentamos de mortales, todo lo demás es basura.
 - —¿Y por eso le has traído a Savannah esa carta falsa?
- —La carta es falsa, sí, porque no la ha escrito Aixa sino su hija, pero es cierto que Layla no quiere casarse con el príncipe Bertrand. La encontré en la recámara de la princesa y simplemente la hice llegar a su destinataria.
- —¿A cambio de qué? ¿De asilo? ¿De orquestar una guerra contra tu reina?
- —A cambio de un gobierno, del respeto de un reino en el que no valgan más las vidas de los mortales que las necesidades de nuestra especie.
- —Y todo esto por venganza hacia tu creadora, y hacia mí, por recibir un gobierno que no había pedido. ¿Y a ella? ¿Por qué la convertiste?
- —¿Por qué? Sabes demasiado bien porqué —afirmó achinando los ojos con maldad—. Porque tú estabas interesado en ella —El guerrero guardó silencio con la mirada fija en el traidor, lleno de rabia. ¿Shapur estaba interesado en mí? Si apenas hacía un par de días que nos conocíamos—. ¿No te lo ha dicho? Él te espiaba, por las noches, cuando salías a llevar comida a esas prostitutas, te observaba entre las sombras como un pervertido —dijo mirándome a los ojos, en los suyos pude vislumbrar un mal oscuro, infinito, el mal hecho carne, ese era Christopher. Percibí que disfrutaba con mi sorpresa ante lo que estaba contándome y me esforcé por no reflejar ninguna emoción en el rostro—. ¿Creías que no iba a darme cuenta de que desaparecías todas las noches y volvías casi al alba? Te seguí, te seguí y descubrí tu secretito. Aunque he de reconocer que no sé a qué se debía tanto interés, después de saborearla, tampoco me pareció que tuviese nada en especial.

- —¡Eres un ser repugnante! —grité.
- —No te lo parecí cuando bebiste ansiosa de mi muñeca, cuando te agarraste a mi brazo y tuve que empujarte para que me lo soltases.
- —Tuviste que embrujarme para hacerlo, de lo contrario no te habría tocado ni con un palo —Christopher sonrió, fue una sonrisa helada.
- —¿Es eso lo que te gustaba de ella? ¿Su lengua afilada y su carácter? —preguntó a Shapur—. Pero, ¿por qué tanto interés? —insistió. El guerrero apretaba los dientes como un perro rabioso, con las cadenas humeando sobre su piel, clavándose en su carne a cada movimiento.
- —¿Sabes por qué no puedes ver lo que tiene de especial? Porque estás podrido. Estás tan corrompido que eres incapaz de ver nada más allá de ti mismo. Te dan igual Aixa, o Savannah, el destino de los reinos vampiros o los mortales, por el único que te preocupas es por ti mismo.
- —Y si tú fueses inteligente harías lo mismo. Los mortales son sólo comida, los vampiros, depredadores cegados por la ambición de poder, dales lo que quieren y tendrás lo que necesites de ellos. Tú podrías haber ocupado el trono cuando Layla fue rechazada por ese rey amigo tuyo, Martin Robinson, para casarse con la que era tu amante. Aixa fue débil en ese momento, cuando no les declaró la guerra por su rechazo, y tú podrías haberle arrebatado el trono, yo te habría apoyado.
- —Jamás la traicionaría, porque por encima de la ambición está la lealtad. Y precisamente tú, deberías defenderla, ella es tu creadora.
- —Ella es mi creadora, pero no se ocupó de mí. Me creó, pero me dejó al cargo de otros, como una pelota incómoda que nadie quiere, que nadie valora...
- —Te libró de una muerte segura. Cumplió la promesa que hizo a tu padre, un mortal, y te dejó a cargo de un vampiro de su absoluta confianza.
- —¡No voy a discutir más! Estoy perdiendo un tiempo precioso, Savannah ha reunido a todos sus gobernadores, están ahí, en el gran salón del palacete, va a ajusticiarte ante todos ellos, a la vez que declara la guerra a Aixa. Y lo va a hacer en directo para todo el mundo vampiro. Y después le tocará el turno a la impertinente novel. Dentro de un rato hará una llamada de Skype a los tres reinos vampiros americanos a la vez y os ajusticiará ante ellos, después enviará esa grabación al resto de reinos, que se encuentran en su sueño diurno, pidiéndoles que se posicionen de uno u otro lado. Si están a favor de los reinos que protegen a los vampiros o de los que cuidan más de los mortales que de sus congéneres.

- —¿Qué es Skype?
- —Te he dicho tantas veces que tienes que modernizarte... Con la tecnología está el futuro y tú sigues taaaan anticuado. Es como una llamada de teléfono, pero con video... Como tenéis unos minutos, que te lo explique ella —afirmó señalándome con su nariz puntiaguda, la cicatriz que dividía en dos su mejilla se tornaba brillante bajo la luz de los focos.
- —¿Vas a provocar una guerra entre los reinos, sólo por tus ansias de poder? —pregunté.
- —Aún eres muy joven para entenderlo, cuando tengas mil años... Ah, perdón, que nunca los tendrás —se rio, alejándose hacia la salida con velocidad sobrenatural, dando un portazo tras de sí.
- —¡Maldito sea! —rugió furioso Shapur—. Tenemos que encontrar el modo de liberarnos, no sé qué cómo funciona eso de Skype, pero si nos ajusticia ante todo el mundo vampiro desatará una guerra mundial.
 - —¿Por qué?
- —Los ánimos ya están muy caldeados entre las dos facciones, los reinos conservadores, como Rusia, Norteamérica o China, que abogan por volver a los inicios y acabar con el mundo tal y como lo conocemos. Y los reinos que abogan por la convivencia pacífica con los mortales y el respeto hacia estos, sin olvidar lo que somos, por supuesto, como el reino británico, el alasko-canadiense o el centroamericano. Si hace lo que pretende, obligará al resto a posicionarse y eso romperá la frágil convivencia. Aixa pensaba contener las tendencias sanguinarias de Savannah casando a su hija con su heredero, acercando posturas con ella.
 - —Pues se ve que Layla no estaba muy por la labor.
 - —No, parece que no. Necesito pensar el modo de liberarnos...
 - —¿Es cierto?
- —¿Qué? —preguntó a pesar de que estaba convencida de que sabía a qué me refería.
- —Lo que ha dicho Christopher. Que me espiabas, que estabas pendiente de mí.
- —Creo que no es el mejor momento para hablar de eso. Tenemos que salir de aquí...
- —Van a ajusticiarnos, así que si este no es un buen momento ninguno lo será. ¿Me espiabas? —Su silencio fue una respuesta afirmativa—. Así que es verdad.
 - -No te espiaba. Vigilaba que no te sucediese nada -respondió

atravesándome con su mirada ambarina y sentí como si me hubiesen atravesado el corazón con un haz de electricidad, una corriente me subió desde el pecho a la garganta y por un segundo fue como si el corazón hubiese comenzado a latirme de nuevo.

- —¿Te has alimentado de mí y después me has obligado a olvidar?
- —¡No! —dijo ofendido por la insinuación.
- —Entonces explícamelo. Explícame porqué me vigilabas —Shapur desvió la mirada, desconocía si había pensado contármelo alguna vez, pero desde luego nunca habría imaginado hacerlo en esas circunstancias.
- —Una noche, hace unos cuatro meses, volvía de madrugada de Haití donde había estado atendiendo en audiencia a varios vampiros, no había tenido tiempo de alimentarme y le pedí a mi chófer que pasásemos por Barahona, estaba agotado y necesitaba la energía de la sangre viva. Bajé del coche por los alrededores del casino Miracle y me perdí entre los mortales que caminaban por el Malecón, disfrutando de la fresca brisa del mar y decidiendo de quién alimentarme. Entonces una estrella roja cruzó en mitad del cielo. Fue una estrella fugaz que se desvaneció en el horizonte, en la lejanía, sobre las cabezas de un grupo de mortales, mujeres y hombres, vestidos con blusas azules, cargando con pesados termos por El Malecón. Algunos tenían la piel clara, otros oscura, podían parecer cualquier cosa menos turistas. Entre ellos estabas tú. Con tu larga melena roja, como la sangre, como aquella estrella, mecida por el viento. Parecías vulnerable, tan joven y menuda, pero caminabas decidida y sostenías el pesado termo con fuerza. El cabello ondulado se te arremolinaba en la cara y tú tratabas de apartarlo con la mano que tenías libre. Sin saber por qué comencé a seguiros, por curiosidad, imagino. Vi cómo os dispersabais entre la gente. Tú continuaste hacia adelante en la avenida y observé cómo te parabas junto a un grupo de prostitutas. Ellas te saludaron con afecto, te oí hablar con ellas y reconocí tu acento inglés. Les entregaste cosas y les serviste café, les diste bollos y bocadillos que llevabas en la mochila a la espalda —relataba con mirada soñadora mientras yo sentía que un pesado nudo se ataba en mi garganta—. Recuerdo que me pregunté por qué una chica británica vendría hasta Barahona para dar de comer a las prostitutas de la calle. Te alejaste más por la carretera, cada vez menos concurrida, cargando con tu termo y tus bocadillos, inagotable, con una sonrisa en los labios siempre. Eras el ser más vital que había visto en mucho tiempo. Pero entonces una furgoneta se detuvo a tu lado y subiste a ella. Y yo la seguí, ocultándome para que no me viesen.

Te llevaron hasta un bloque de apartamentos a las afueras de la ciudad, y decidí que en cuanto te viese entrar en el portal de tu casa me marcharía. La furgoneta paró y bajaste, te despediste entre bromas de tus amigos y esta se marchó. La calle estaba bastante oscura. Eran casi las cuatro de la madrugada. Cuando te detuviste con un juego de llaves en las manos ante el portal un par de tipos que subían por la calle te asaltaron antes de que pudieses abrir la puerta. En ese momento sentí un pellizco en mitad del pecho. Yo no debía intervenir en asuntos humanos, ni siquiera te conocía. Uno de ellos te tapó la boca y a empujones te metieron en el callejón. No llegaron a hacerte nada, tranquila —dijo cuando yo comenzaba a angustiarme por lo que pudiese haberme sucedido, pues no recordaba nada—. Les ataqué y huyeron. Aunque días después me encargué de ellos, de que jamás volviesen a atacar a ninguna mujer. Te ayudé a levantarte y me abrazaste, me apretaste contra ti con tanta fuerza que pude sentir en mi pecho los latidos de tu corazón —relató ensimismado. Rompí a llorar, sentí cómo las lágrimas corrían por mis mejillas, descendiendo por mi garganta y mi pecho, ya que no podía limpiármelas—. No llores, por favor.

- —Me salvaste.
- —No podía permitir que te hiciesen daño.
- —¿Y qué pasó?
- —Mi cabeza me decía que debía marcharme, que debía alejarme de ti, tú eras un ser puro, lleno de una luz que me llamaba como un imán. Y cuanto más tiempo pasase a tu lado más difícil sería para mí controlar esa atracción. Pero te habías lastimado el tobillo y me pediste que te ayudase a subir a tu apartamento. Lo hice. Hablamos.
 - —¿Te invité a pasar a casa?
- —Sí. No parecías todo lo conmocionada que esperaba por lo sucedido, me confesaste que no era la primera vez que te asaltaban. Me explicaste que acababas de regresar de ayudar a aquellas mujeres y te pregunté por qué lo hacías, por qué llevabas comida a las prostitutas. Respondiste que alguien tenía que hacerlo, alguien tenía que cuidar de ellas y que no pensabas dejarlo. Estuvimos hablando, sólo hablamos.
 - —¿Tú hablando?
 - —Bueno, tú hablabas y yo te oía, la mayor parte del tiempo.
 - —Esa soy yo.
- —Me hablaste de tus hermanos, de tu madre, de la tristeza que se había instalado en vuestro hogar tras pérdida de tu padre... Y yo te hablé del

rechazo de mi padre, de cómo me quedé sólo demasiado joven, omitiendo que me había convertido en vampiro. Me marché poco antes del amanecer.

- —¿Solo nos vimos esa vez?
- —No. Cuando nos despedimos me pediste mi número de teléfono. Pero yo no tengo y te dije que lo había perdido. Me anotaste el tuyo en un pedazo de papel y me pediste que te llamase, que querías invitarme a comer o a cenar algún día. Yo no podía hacerlo. Está prohibido mantener cualquier tipo de contacto con mortales que no sean...
 - -- Voluntarios. Y está claro que no lo era.
- —Pero me preocupaba que volviesen a atacarte y acudí a Barahona cada noche. Vigilaba las rondas que hacíais por El Malecón y cuando subías a la furgoneta que te llevaba hasta el apartamento en la avenida Luperón.
 - —Me espiabas.
- —Como te he dicho vigilaba entre las sombras que no te sucediese nada malo. Me acostumbré a salir cada noche, a buscarte por las calles sin que tú me vieses, fascinado con tu ausencia de miedo, disfrutando con tu risa, con el sonido cálido de tu voz. Pero una noche me viste, abajo, cerca del portal. Debería haberme marchado, haber fingido que no te oía llamarme, pero cuando te oí decir mi nombre me quedé paralizado y permití que te acercases a mí, que me abrazases y me dijeses cuánto te alegrabas de verme. Me invitaste a tomar un café, a pesar de que era muy tarde y te dije que no, pero insististe y no pude volver a negarme.
- —Siempre tuve buen gusto —dije tratando de relajar la presión que me ascendía por la garganta. Al menos había logrado dejar de llorar—. Hace dos noches, cuando te vi en el palacio sentí que te conocía, fue una sensación extraña que me decía que podía confiar en ti. No podía entenderlo, pero ahora pienso que en mi interior yo sabía que te conocía.
- —Incumplí mi deber como vampiro y continué visitándote cada noche. Fue así como... me enamoré de ti —confesó atravesándome con su mirada de oro líquido.
 - —¿Y por qué no recuerdo nada de todo eso?
- —Porque Aixa descubrió que estaba relacionándome con una mortal, en ese momento no supe cómo, ahora sé quién me delató. Me exigió que te secuestrase y te llevase a palacio o que dejase de verte y borrase tus recuerdos. No podía llevarte conmigo en contra de tu voluntad, jamás me lo habría perdonado a mí mismo. Así que tuve que obligarte a olvidarme —dijo con un profundo pesar—. Fue difícil decirte adiós, por primera vez en siglos

me había sentido *vivo*, a tu lado —Aquellas palabras me emocionaron, Shapur añoraba su humanidad, añoraba sentirse vivo—. Pero ahora veo que fui un ingenuo al no pensar que mi interés hacia ti podría ser peligro incluso aunque hubiese dejado de verte, de saber de ti.

- —No me gusta. No me gusta que tú tengas recuerdos de... de *nosotros*... y yo no. ¿Hicimos algo más, además de *hablar*?
- —Sí —admitió—. Pero fue algo bonito... créeme. Tú lo deseabas tanto como yo y... jamás te mordí.
- —No lo sé. No puedo saberlo porque no lo recuerdo —dije entre lágrimas entendiendo que ese era el vacío que sentía en mi interior desde que desperté como vampira, y cada vez se hacía más y más profundo—. Me engañaste. No me confesaste que eras vampiro.
- —No, no lo hice, y lo lamento. Pero si lo hubiese hecho y alguien lo hubiese descubierto te habrían matado.
- —¡Ya lo hicieron! ¡Me mataron, Shapur! —El guerrero hundió la cabeza contra el pecho y una lágrima resbaló por su mejilla, cayendo sobre su torso malherido.
- —Lo sé. Y jamás podré perdonarme por haberte expuesto. Pero créeme, traté de alejarme de ti, lo intenté, pero después de que me besaras no hubo vuelta atrás. Me enamoré de ti, de tu vitalidad... Tu ilusión era contagiosa, así como tus ganas de vivir.
 - —Todo eso me lo arrebató Christopher, cuando me convirtió.
- —No todo. La conversión te ha transformado, pero hay aún sigues siendo la misma.
- —No soy la misma, Shapur. No lo soy en absoluto. He cambiado, ni yo misma me reconozco. Si de verdad sentías algo por mí deberías haberme confesado qué eras. Deberías haberme dado la oportunidad de elegir en lugar de desaparecer.
 - —Es cierto, y lo lamento.
- —Y... me resulta difícil de creer que yo diese el primer paso. Nunca he sido tan lanzada —afirmé, él me miró cargado de dudas y de dolor ante mi negativa a creerle.
- —Bryce, yo no planeé enamorarme de ti. Ojalá pudieses recordar todo lo que vivimos en esos dos meses. Ojalá.
- —Ya. Pero no puedo, te encargaste de freírme la mente y después me abandonaste.
 - —Lo hice porque creí que era lo más seguro para ti, dejarte continuar

con tu vida. Después de borrar tus recuerdos no volví a saber de ti hasta que dos meses después llegaste a palacio convertida en vampira. Eso me volvió loco, me llenó de rabia... Y me atormenta la culpa porque sé que Christopher te atacó para dañarme, de haberlo sabido jamás habría regresado a tu lado la primera vez. Por más que esto me rompiese el corazón.

CAPÍTULO 8

Había transcurrido al menos una hora desde que Christopher se marchó dejándonos a solas en aquella especie de garaje atestado de trastos. Desde que sembró la semilla de la desconfianza entre Shapur y yo, desde que provocó que el guerrero me confesase que él y yo nos habíamos amado.

Desde el primer momento en que le vi el instinto me dijo que podía fiarme de él, algo en mi interior me decía que le conocía. Ahora podía entenderlo, según él, le había amado creyéndole humano.

Pero se había encargado de borrar mis recuerdos, de eliminarlos de mi mente para siempre. Ya nunca sabría lo que había sentido hacia él. Si me había enamorado de verdad, si había sentido esa chispa inexplicable al verle. Jamás lo sabría.

Ni siquiera sabía demasiado bien lo que sentía en ese momento.

Shapur me había gustado como vampiro desde la primera vez que le vi en el palacio de Pedernales, al menos esa era la primera vez que yo recordaba, e incluso había fantaseado con hacerle el amor, pero la situación había cambiado demasiado dentro de mi cabeza.

Estaba hecha un lío.

Y lo peor es que no tendría tiempo suficiente para analizar lo que sentía porque moriría, para siempre, antes de hacerlo.

Él, después de nuestra conversación, no había dejado de forcejear un solo momento contra las cadenas, había desplegado sus colmillos, lleno de furia, mientras tiraba de ellas tratando de liberarse, pero estaba bien atado.

Yo también lo había intentado, dolía demasiado cuando la cadena tocaba el hueso. Pero, ni amputándome el brazo, podría liberarme de las ataduras.

Aquel no podía ser el final.

Lo único que sabía en ese momento es que no quería morir, no en ese momento, no así.

Las puertas volvieron a abrirse y por estas entraron Manuel y Marilyn, seguidos de Christopher y un par de vampiros miembros de la guardia de Savannah Cooper.

—Ha llegado el momento de que todo el reino de Norteamérica y el

mundo vampiro sepan quién tiene el poder —dijo Christopher mientras los miembros de la guardia se situaban detrás de la estructura de Shapur, empujándola. Aquellas cruces de madera estaban sujetas a unas plataformas con ruedas y empujaron la de Shapur, moviéndole como a un carrito de la compra, hacia la salida mientras este no dejaba de forcejear contra el metal que le ardía en la carne del pecho. Le miré a los ojos, no había miedo en estos, sólo rabia y preocupación, preocupación por mí.

Y le sacaron de allí, sin que pudiese hacer nada para evitarlo. Iban a ajusticiarle ante todo el mundo vampiro para declarar la guerra a Aixa, a él que me había confesado que su mayor sueño era la tranquilidad, la paz, le utilizarían como arma para declarar una guerra.

Christopher nos observó a ambos, consciente de nuestro cruce de miradas.

- —Tranquila, cuando acabemos con él vendré y acabaré contigo.
- —¿Por qué me convertiste? —me atreví a preguntarle.
- —¿Aún no lo has entendido? Te maté, maté todo lo que él amaba de ti, tu *humanidad*. Me gustaría haberle visto la cara cuando llegaste a Pedernales convertida en vampira —sonrió con maldad.
 - —Eres un monstruo.
- —Lo somos todos, no te equivoques. Tú también, solo que no tendrás la oportunidad de demostrarlo —sentenció abandonando el garaje, dejándome a solas en aquella habitación.

Yo no era un monstruo. Diana me había dicho que no lo era. Shapur tampoco lo era, en absoluto. Christopher en cambio... maldito fuera. Iba a acabar con Shapur sólo por envidia de su poder.

¿Y Aixa? ¿Cómo reaccionaría ella al conocer que la habían engañado y perdería al vampiro que una vez amó? Porque ella le había amado, ¿aún sentiría algo por él o le sería indiferente?

No me pareció muy enamorada mientras cabalgaba sobre aquel mulato la noche en la que la conocí. Pero ellos amaban de un modo distinto. Ellos, ¿por qué no podía sentirme una más? Porque mi humanidad seguía aún muy presente en mí, eso había dicho Shapur.

Tenía que soltarme, debía liberarlo.

Yo, la gran guerrera entrenada para acabar con una horda de vampiros, alguno de ellos antiquísimos. No tenía ninguna posibilidad.

Miré mis muslos desnudos, la sangre me corría hasta los pies desde las heridas en los tobillos, el metal maldito impedía que cicatrizasen.

No sabía dónde estábamos, pero el pasillo que había vislumbrado cuando las puertas que conectaban con el interior de la propiedad se abrieron me hacía sospechar que no continuábamos en el palacete del gobernador de Luisiana. Parecía un edificio moderno.

A pesar de que las cristaleras correderas que había dispuestas ante mí estaban cubiertas por una especie de gruesa tela oscura, o de un plástico tejido, en una de las esquinas esta se había caído y podía vislumbrar un lago lejano y multitud de árboles. Aún era noche cerrada en el exterior, faltaban horas para la salida del sol. Sin duda la *fiesta* no era en aquella parte de la propiedad.

Observé mi derredor, agotada por el esfuerzo inútil de liberarme. Todo eran trastos. Tenía que buscar el modo de soltarme y hacerlo ya o sería demasiado tarde.

De pronto la puerta del garaje volvió a abrirse y vi cómo Manuel entraba por ella, a solas, y se acercaba a mí cargando con algo que reconocí de inmediato era la bolsa de la guitarra que contenía la espada de Shapur. Temí que pretendiese aprovechar para celebrar su propia *fiesta* de aniquilación. Se acercó a mí con pasos apresurados, expuse mis caninos tratando de mostrarle que no iba a ponérselo fácil.

- —No me ataques, voy a liberarte para que puedas huir y regresar a tu reino.
- —¿Qué? ¿Por qué? —pregunté anonadada mientras él se colocaba detrás de la cruz de madera y comenzaba a liberar una de mis muñecas de las cadenas de oro que la sostenían.
- —Porque quiero que Christopher pague por lo que ha hecho y si tú desapareces nunca lo hará —dijo, sorprendiéndome. ¿Y a él qué le preocupaba lo que me hubiese hecho?
 - —¿Quieres que pague por convertirme?
- —No. Quiero que pague por asesinar a Olivia —afirmó apretando los dientes con rabia a la vez que retiraba la última vuelta de mi muñeca derecha.
 - —¿Y quién es Olivia?
- —Antes de que él llegase Guillaume era bastante respetuoso con los *voluntarios*, pero desde que él apareció comiéndole la cabeza con la supremacía vampira, con que somos poco menos que animales, las cosas han cambiado demasiado y sólo irán de mal en peor —mientras él hablaba logré zafarme del resto de cadenas que me atenazaban—. Olivia era una *voluntaria*.

Alguien muy especial para mí. Nos conocimos hace dos años, cuando entré a servir al señor Guillaume. Ella lo hacía desde hacía tres años y él le había prometido que pronto la convertiría. Nos hicimos amigos, ambos cuidábamos el uno del otro... y poco a poco esa amistad acabo convirtiéndose en algo más. Hablábamos de cómo sería cuando al fin ambos fuésemos vampiros y tuviésemos toda la eternidad para estar juntos —dijo con ilusión casi pueril —. Pero hace dos meses, cuando llegó Christopher, él la engatusó. Olivia me quería a mí, pero él le prometió que la convertiría, que la reina le debía un favor... —Los ojos de Manuel se aguaron, aquel tipo tan alto, tan fuerte, con los latidos de su corazón atronándome en los oídos, rojo de emoción, rompió a llorar. Los mortales, tan frágiles en sus emociones, pensé y no me reconocí a mí misma en ese pensamiento.

—¿Y qué pasó?

- —Él la mató. Hace cinco días tuve que hacer de chófer para Guillaume, fue a reunirse con Savannah, para preparar todo esto porque sabía que tarde o temprano aparecerías. Cuando regresamos, justo antes del anochecer fui a buscar a Olivia, pero no estaba en ninguna parte en el palacete. Pregunté al resto del servicio y nadie la había visto.
 - —Quizá no esté muerta.
- —Lo está. Jamás me habría abandonado sin decir nada. Me volví loco y agarré a Marilyn del cuello, ella había estado en la casa toda la noche y tenía que haber visto algo. Pero le habían lavado el cerebro. No recordaba lo que había hecho en toda la noche. Fue Hanu quien me confirmó lo que temía. Es uno de los guardias, él y yo somos amigos, a pesar de que es vampiro. Él me dijo que habían encontrado sus restos en la habitación de ese malnacido, lo poco que quedaba de ella porque aquel ser la había destrozado —Aquel ser en cuyas manos había estado yo misma, por suerte su deseo de herir a Shapur le había llevado a convertirme en lugar de despedazarme—. Todos ellos lo saben, aunque no les importa, fingen que no ha sucedido, es como si Olivia nunca hubiese existido, como si no le importase a nadie, y a mí sí me importa, yo la quería... —dijo entre lágrimas, sorbiéndose los mocos, entregándome el arma de Shapur dentro de la funda. Pesaba. La abrí y extraje la espada del interior. Nunca antes había cogido una espada en mi vida, no es algo que nadie vaya encontrándose por la calle precisamente.
 - —¿Y qué pretendes que haga?
- —Huye, y busca el modo de demostrar que Christopher se saltó la ley vampira al convertirte ilegalmente y que Aixa no miente.

- —¿De qué servirá todo eso si Savannah ejecuta a Shapur en directo para todos los reinos vampiros? Tienes que decirme dónde están.
- —Si te matan, ese ser seguirá asesinando mujeres de un modo despiadado.
- —Si matan a Shapur habrá muchos más seres despreciables asesinando mujeres, hombres y niños —dije sosteniendo la espada con firmeza, pero en absoluto me sentía como Xena, la princesa guerrera, sino más bien todo lo contrario, como una pusilánime cargando una espada que pesaba demasiado.
- —¿Piensas enfrentarte sola a toda la guardia vampira y a los gobernadores del reino y sus escoltas? ¿Estás loca?
 - —No voy a hacerlo sola. Tú me ayudarás.
 - —Yo, ¿cómo?
 - —Tienes que ayudarme a llegar hasta Shapur y liberarle.
- —No he sido capaz de asesinar a Christopher por miedo a las represalias de todo el reino vampiro, no quiero que acaben con mi familia, tengo una madre, un padre y unos hermanos, ¿sabes? Lo más sensato es que huyas.
- —Si acostumbrase a hacer lo más sensato te garantizo que no estaría aquí. Necesito ropa para no llamar la atención —Manuel suspiró, como si en ese preciso momento estuviese arrepintiéndose de haberme liberado, de hecho, estoy convencida de que lo hacía. Pero ya me había liberado y no podía echarse atrás. Se marchó como alma que lleva el diablo y yo me coloqué a un lado de la puerta por la que había salido.

Los minutos transcurrieron eternos aguardando a que regresase, no podía pasearme medio desnuda, no por pudor, sino porque llamaría la atención de todo aquel con quien me cruzase, mortal o vampiro. Cuando la puerta al fin se abrió, por esta entró una mujer. La reconocí de inmediato antes de que se diese la vuelta y me descubriese. La recibí con los colmillos extendidos, dispuesta a abalanzarme sobre ella y dejarme llevar.

- —Aquí está la ropa —dijo entregándome un hatillo de prendas sin prestar atención a mi disposición a atacarla. Las miré, era un vestido largo y elegante de color cielo con pedrería—. A Manuel lo han requerido en el salón principal. Dice que piensas entrar ahí y liarla.
 - —Eso mismo pienso hacer. ¿De dónde has sacado este vestido?
- —Es de la reina, creo que te estará bien. No puedes entrar ahí vestida de cualquier modo porque se darían cuenta enseguida de que eres una

prisionera y no una invitada a la gran ceremonia.

- —¿Ceremonia?
- —O algo así. Están todos los gobernadores del reino, también hay invitados de otros reinos... ¿Por qué no huyes? No lo entiendo. Vosotros no sois tan...
- —¿Leales? Shapur salvó mi vida cuando era mortal, y no voy a largarme y dejarle en la estacada. ¿Y tú, por qué me ayudas? Parecías muy afín a ellos.
- —Lo hago por Olivia. Lo que le sucedió hizo que me diese cuenta de lo poco que valemos a sus ojos, que no importa los años que pasemos a su servicio, quizá la conversión nunca llegue. Ella era mi amiga, era un ser maravilloso y ese monstruo la mató y fue como si no importase.
- —¿Y por qué no nos avisasteis de que esto iba a suceder? De que esperaban que saliese el sol para asaltarnos.
- —Manuel lo intentó. Se ofreció para estar contigo a solas, y a mí para con el gobernador de Haití. Nos rechazasteis, a ambos. Fue algo inaudito. Después llegó el alba y la legión de soldados humanos que custodian el edificio durante el día, leales a Guillaume y a Savannah, fueron quienes os sacaron del *cofret* y os trajeron hasta aquí. No pudimos hacer nada para evitarlo, jamás alzaría una mano contra ellos, he visto lo que les hacen a quien les traicionan, y a toda su familia.
 - —No todos somos iguales, Marilyn. ¿Dónde están?
- —En el salón principal. No es complicado llegar, al final de este pasillo hay una puerta —dijo indicando hacia la salida—. Esa puerta conecta con un recibidor y el salón principal que está cerrado. Son unas puertas grandes de madera labrada, no hay confusión. Pero si entras por esas puertas todo el mundo te verá, si continúas caminando, verás un nuevo pasillo que conduce a la cocina... —Las indicaciones comenzaban a complicarse, Marilyn volvió los ojos en blanco consciente de ello—. Yo te guiaré.
 - —¿Estás segura?
- —Sí. Te llevaré hasta la cocina, así es como llaman a donde calientan la sangre y la sirven en copas. Pero también donde preparan a los *voluntarios* que se ofrendarán tras la gran ejecución. No hay nada que les excite más que la sangre. Esa sala comunica con un lateral del escenario donde le tienen sujeto. Tú finge ser una invitada más al evento que ha llegado tarde.
 - —¿Descalza?
 - -Pruébate el vestido, te garantizo que con ese escote nadie te mirará

los pies. Es que no sé qué número de zapato usas y la reina tiene el pie bastante pequeño.

En efecto, resultaría extraño que alguien me mirase a cualquier parte que no fuese el pecho con aquel escote en V que se detenía justo sobre el ombligo. El vestido era ajustado como un guante. Nunca en mi vida mortal había ido tan descotada, pero ningún momento fue mejor para empezar.

Metí la espada dentro de su funda y Marilyn la cargó al hombro.

—Si alguien te pregunta quién eres, invéntate un nombre y di que eres una invitada del gobernador de Florida. Cada vez trae una acompañante distinta.

—Está bien.

Marilyn me miró un momento de pies a cabeza, como si no estuviese convencida de lo que íbamos a hacer, yo tampoco lo estaba, desde luego. Al menos las heridas en mis muñecas ya habían cicatrizado y no me dolían y lo más importante, no delataban que había sido torturada durante horas, me limpié la sangre con mi camiseta usada.

- —Espera un momento, toma —dijo subiéndose la falda. Por un momento dudé en qué iba a darme. Pero lo que estaba quitándose era una correa en su muslo derecho que sujetaba una estaca de madera, completamente imperceptible bajo su vestido—. Es de madera de roble, por si la necesitas. La ajusté a mi pierna en el interior del muslo, no se marcaba desde el exterior.
 - —Gracias.
 - —Por Olivia.
 - —Por ella y por Shapur —dije.

Salimos al pasillo, la seguí por aquel corredor decorado con tanto brillo y adorno como si accediésemos a la Capilla Sixtina y tal como me había contado llegamos a otro pasillo. Allí abrió una puerta y accedimos a un gran recibidor. Había dos guardias vampiros apostados ante una puerta de grandes dimensiones con hoja tallada en madera con motivos geométricos.

Marilyn pasó junto a ellos y les saludó con familiaridad, estos la miraron como quien mira a un delicioso filete, después me miraron a mí, con curiosidad, pero no dijeron nada.

Dejamos a los dos guardias atrás y accedimos a una estancia en la que había bastante revuelo. Una veintena de hombres y mujeres jóvenes, reían y conversaban, ajenos, o sin importarle, que en la habitación contigua estuviese

a punto de ejecutarse un ajusticiamiento vampiro.

Conversaban entre ellos, elegantemente vestidos, bebiendo copas de alcohol de una gran mesa en la que se habían dispuesto toda clase de bebidas para ellos mientras esperaban para convertirse en el alimento de una horda de vampiros que pretendía celebrar el inicio de una guerra. En ese momento pensé si algún día podría acostumbrarme a ese lado tan bizarro del servilismo mortal que como humana jamás habría aceptado.

Cuando pasé a aquella sala acompañada de Marilyn muchos de esos jóvenes me miraron y reconocieron en mí lo que era, una vampira. Sus corazones comenzaron a palpitar veloces y me dedicaron sus mejores sonrisas, como el burrito de Shrek, sólo les faltaba decirme: Elígeme, elígeme.

Seguí a mi guía por entre aquellos jóvenes hasta detenernos ante una puerta blanca en la que había dos guardias, en esta ocasión mortales, armados, vigilando la entrada.

- —Buenas noches, la señorita... Electra necesita pasar —anunció Marilyn—. Es la compañera del gobernador de Florida.
- —¿Y por qué no lo ha hecho por la entrada principal? —preguntó el más alto.
- —Necesitaba alimentarme, ha sido un viaje largo —me excusé, mirándole a los ojos, fingiendo estar ofendida por su pregunta—. ¿No pretenderéis que entre por la puerta principal y todo el mundo sepa que he llegado tarde?
- —Lo siento, pero tengo que llamar al señor Guillaume para consultarle —afirmó echándose una mano al walkie talkie que llevaba al hombro.
- —Vamos, Marcelo, viene conmigo. ¿En serio tienes que llamar para consultarlo? —preguntó Marilyn, este la miró a los ojos—. Cuando quieras meterte en mi cama también llamaré al señor Guillaume para preguntarle qué le parece —Aquella respuesta le desbarató, miró a su compañero que sonrió con la mirada perdida, como si tratase de fingir no haberlo oído. Yo me preparé para echar mano a la estaca de madera que llevaba en el muslo derecho, estaba convencida de que podría clavársela en el cuello primero a uno y después al otro con tanta velocidad que ninguno podría dar la voz de alarma. Sin embargo, formaría un gran revuelo entre los mortales concentrados en la sala, algo que sería mejor evitar.

—Podéis pasar —dijo haciéndose a un lado sin saber que acababa de permitir el acceso a los Jinetes del Apocalipsis del reino Norteamérica.

Marilyn abrió la puerta y pasamos a un pasillo estrecho y corto, una especie de descansillo entre estancias. Al final de este, una puerta dorada tallada proporcionaba acceso al salón principal, según me explicó la propia Marilyn.

- —Será mejor que no me acompañes, la cosa se va a poner muy fea en cuanto salga ahí —le dije—. ¿Sabes dónde está Manuel?
- —Dentro, encargándose de la retrasmisión de la ejecución. Espero que no resulte herido.
 - —Yo también.
- —Tal como abras esa puerta verás el acceso al escenario a la izquierda, Shapur está en él mientras Savannah da su charla a los gobernadores y conversa con los reinos vampiros. Espero que te dé tiempo a liberarle —dijo entregándome la funda que contenía la espada—. Suerte.
- —Lo mismo digo, y muchísimas gracias por tu ayuda, espero que volvamos a vernos.
- —Yo también, no eres como el resto de ellos —dijo volviéndose hacia la puerta por la que habíamos entrado.

Yo en cambio me dirigí a la salida. Abrí la puerta con cuidado, todo estaba entre penumbras. Nada más acceder a aquella zona pude oír la voz de la reina Savannah dando su discurso prebélico.

Esta noche, haremos justicia al reino de Norteamérica, y os demostraré que tenéis una reina para la que lo más importante son sus súbditos, a la que cualquier ofensa a estos debe ser resarcida...

Desconocía en qué momento del acto se encontraban, esperaba que aún no hubiesen descubierto a Shapur. Como Marilyn me había explicado había varios metros ante mí una puerta de madera y también una escalera. La abrí y subí por la escalera y vi un telón, la voz de Savannah me llegaba desde el otro lado con más fuerza que por los altavoces del micrófono que estaba utilizando. Desde luego había organizado todo un espectáculo de ejecución 2.0 con escenario, locución y retransmisión en directo incluidos.

Pero yo pensaba fastidiárselo, o morir en el intento, esta vez para siempre.

Con velocidad sobrenatural subí al escenario. La única iluminación

era la que se colaba bajo el telón, una luz azulada. Así que también había focos iluminando a la reina. Qué barbaridad, ¿cómo podía gustarles tanto un espectáculo bizarro?

Enseguida le vi. Shapur estaba agotado, con la cabeza vencida hacia delante, atado a aquella estructura, con las muñecas carentes de piel, con los huesos al descubierto, así como lo estaban en parte sus costillas, con la piel desprendida en la honda tira que le cruzaba el pecho en dos. Ni siquiera se había dado cuenta de que le había alcanzado.

—Shapur —le llamé en un susurro, temiendo que Savannah, sólo a un par de metros tras aquella cortina pudiese oírme. Pero ella estaba demasiado embebida en su papel.

Vamos a resarcir el honor de nuestro reino, vamos a devolverle el estatus que merece y a enseñar al resto de reinos que deben respetarnos... Proseguía.

- —¿Bryce? —preguntó alzando el rostro, sus ojos de ámbar mostraban que no podía más. Traté de soltarle la muñeca derecha de las gruesas cadenas de oro, pero estaba atado demasiado fuerte, unido a que para mí quemaban como la bandeja de un horno y la piel me ardía al tocarlas.
- —Voy a liberarte —dije tirando del candado que unía las cadenas, provocando que estas se pegasen más a su muñeca, mientras a mí se me desprendían las yemas de los dedos al hacerlo.
 - -Vete. Márchate, no tienes tiempo...
 - —No voy a marcharme.
 - —¿Porque haces esto? Márchate y sálvate.
- —No pienso dejarte aquí tirado, tú nunca me habrías dejado a mí. Si una vez estuve enamorada de ti fue por una razón —dije con un pequeño nudo en la garganta. Su mirada me pareció enternecedora. Entonces recordé la estaca en mi muslo. Yo no podía tirar suficiente con mis manos porque se me desprendía la piel, pero podría utilizar la estaca. La cogí e introduje la punta entre las cadenas y la muñeca derecha sin piel de Shapur. Hice palanca con fuerza, con toda la fuerza de la que era capaz.

Manuel, conecta con los reinos vecinos. Ordenó Savannah.

Así que para eso le necesitaba, para los servicios informáticos. El gran

momento se acercaba.

Volví a tirar y Shapur sacudió la muñeca tratando de deslizarla por el pequeño hueco que yo había liberado. Lo hizo, ¡funcionó! Logró liberar su mano derecha, aunque sin piel alguna, con los músculos y tendones al desnudo, mientras Savannah saludaba a los reinos vampiros en directo.

Buenas noches, majestades. Yo, Savannah Cooper, os invito a participar esta noche en un acto que cambiará las relaciones entre nuestros reinos, que las solidificará o las diluirá para siempre...

Shapur se liberó de su mano izquierda del mismo modo en el que le había ayudado con la derecha.

...Es el momento de tomar parte, de posicionarnos. El reino de Norteamérica ha sido ofendido por el centroamericano y dicha ofensa debe ser restituida. Esta carta que tengo en mi poder es la prueba, una carta manuscrita que me fue entregada por un vampiro de confianza de la reina Aixa, al que ella pretende eliminar solo por haberse posicionado a mi lado...

Con ambas manos liberadas fue mucho más fácil deshacerle de las cadenas del pecho, Shapur se escurrió hacia abajo mientras yo tiraba de ellas. Ya solo quedaban los pies, juntos.

... Ya está bien, de sacrificar a los nuestros. Ya está bien de ser pusilánimes y respetar más a los mortales que a nuestros congéneres. Yo esperaba que con la unión de nuestros primogénitos dicha actitud del reino centroamericano cambiase, pero ahora sé que no es así. Que en realidad Aixa sólo se ha burlado de todos nosotros y ahora, va a comenzar a pagar por ello.

Extraje la espada de la funda de guitarra y se la entregué cuando el telón comenzaba a descorrerse. En cuanto lo hizo pudimos ver a Savannah de espaldas, vestida con un elegante traje de terciopelo dorado repleto de brillos y unos tacones altísimos de plataforma, con un micrófono de diadema bajo la tosca corona de plata, como si fuese a empezar a cantar en cualquier momento una canción de ABBA. Solo que en lugar de un micrófono llevaba una daga de madera con empuñadura de plata en la mano derecha.

Mamma mía. La que se iba a liar.

Y esta es mi declaración de guerra: Voy a acabar con la existencia de Shapur Akram, uno de sus gobernadores, un vampiro con más de dos mil quinientos años de antigüedad, clavándole esta daga en el corazón.

Me preparé con la estaca en la mano cuando el telón subió por completo.

En lugar del algarabío esperado por Savannah el público se quedó estupefacto al vernos a ambos en el escenario libres.

Savannah se volvió, a la vez que varios vampiros se dirigían hacia nosotros con velocidad sobrenatural.

Todo sucedió muy rápido, pero la reina tuvo el tiempo justo de mirar a Shapur y después a mí, más próxima a ella. Dio un paso en mi dirección armada con su daga y la espada de Shapur trazó una línea plateada en el aire. Fue un movimiento rápido y certero. Y la cabeza decapitada de Savannah provocó un ruido sordo al impactar contra el suelo, salpicándome con su oscura sangre.

Los vampiros que se dirigían a nosotros se detuvieron en el acto, como congelados en una macabra fotografía.

Miré en todas direcciones esperando el ataque mientras Shapur cerraba los ojos, apoyando la espada en el suelo ante sí. Pero en lugar de atacarnos, los gobernadores del reino de Norteamérica, así como el resto de invitados, hincaron una rodilla al suelo y descendieron el rostro a modo de respeto.

Pude ver entonces, una gran pantalla situada al fondo dividida en cuatro partes, en una de ellas me vi a mí misma en pequeñito en mitad del escenario, así como a distintos vampiros en las otras.

Alguien caminó hacia nosotros entre la multitud que se hacía a un lado a su paso. Era Guillaume, el gobernador de Luisiana. Subió al escenario un salto imposible para un mortal y tomó la rubia cabeza decapitada del suelo, sosteniéndola entre sus manos que le arrebataron la corona, tirando el cráneo al suelo como si no fuese nada más que basura. Dio un paso hacia Shapur, que continuaba con los ojos cerrados, yo no sabía si dejarle aproximarse o no, o si al guerrero milenario le había dado un *jamacuco* vampiro, si es que eso era posible.

Guillaume se detuvo junto al gobernador de Haití y miró a todo el

público presente en el gran salón.

—Queridos gobernadores, el reino del Norteamérica posee un nuevo rey. Yo, Guillaume Partiere, en nombre de todos súbditos del reino, te reconozco como nuevo rey de Norteamérica. Alabemos a nuestro nuevo rey, Shapur Akram.

Hubo vítores y aplausos.

Mientras yo, estupefacta, lo observaba todo como si me hubiese despertado de un mal sueño. ¿Así se lograba un trono vampiro, decapitando a tu antecesor? Al parecer, sí.

Pero Shapur no quería eso, él quería descanso, paz, muy lejos de allí durante al menos un par de siglos, o eso había dicho. En ese momento abrió los ojos y me miró, a mí, sólo a mí.

Y fue como si encontrase una disculpa en estos.

Yo estaba en lo cierto, él no quería nada de aquello.

Y sin embargo la situación acababa de cambiar. Por completo. Guillaume acababa de coronar a Shapur delante de todo el mundo vampiro, en vivo y en directo.

En ese momento oí cómo se cerraba la puerta principal, alguien acababa de salir por esta aprovechando la gran conmoción del momento. Varios vampiros comenzaron a subir al escenario a dar su enhorabuena al nuevo rey y aproveché para escabullirme entre ellos e ir a comprobar quien tenía tanta prisa por marcharse, aunque ya lo sospechaba.

Eché a correr hacia la parte posterior. Salí entre los mortales, que ajenos a los que acababa de suceder esperaban el momento de su entrada en escena.

Al alcanzar la puerta principal me encontré con que los guardias vampiros que debían custodiarla no estaban allí, sino en el interior de la sala, imaginé que enterándose de lo que acababa de suceder. Manuel, que salía por esta con el pulso acelerado se dirigió a mí.

- —Es Christopher, acaba de marcharse.
- —¿Sabes hacia dónde puede haber ido?
- —A su habitación, no se marcharía sin su dinero.
- —¿Cuál es? Está en la segunda planta, sígueme —Eché a correr tras él hacia el pasillo, entrando en una puerta a la izquierda tras la cual había una escalera que subí a velocidad sobrenatural cuando vi a Christopher asomar por esta cargado con un bolso de viaje con intención de bajarla. Al verme

echó a correr hacia detrás, pero le alcancé arrojándome sobre él con toda mi fuerza.

Le derribé. El bolso salió rodando por los suelos desparramando el contenido sin cerrar. Había joyas de plata, monedas y billetes que volaron por el aire. Christopher golpeó la cabeza contra el suelo, pero esto no pareció afectarle lo más mínimo, se revolvió y me clavó una daga de oro con empuñadura plateada que llevaba en la mano en el hombro izquierdo mientras trataba de librarse de mí, arrastrándose. Me dio una patada en la boca con la que me habría hecho añicos la mandíbula de haber sido mortal.

Agarré la daga con la mano derecha y me la arranqué cuando él se levantaba e intentaba recoger del suelo al menos lo más importante del contenido de su bolso.

- —¡Maldita zorra, no te levantes o voy a tener que terminar lo que empecé! —me gritó con los ojos inyectados en sangre.
- —Tú, maldito sádico, cobarde, voy a quitarte las ganas de dañar a nadie —proclamé poniéndome en pie no sin dificultad.
- —¡Por Olivia! —gritó Manuel corriendo hacia él desde mi retaguardia con una estaca de madera en la mano.
- —¡No! —pedí, pero él no me oía. Se lanzó sobre Christopher que esquivó su ataque con un solo movimiento y con otro le giró la cabeza como si de un columpio se tratase. El crac fue ensordecedor, al menos para mí, que vi cómo la vida le abandonaba, con el rostro vuelto en una postura escalofriante.
- —¿Por qué haces esto? ¿Por qué mataste a esa joven, porqué disfrutas haciendo daño?
- —Porque los mortales están para eso, para satisfacernos, y no hay nada más delicioso que beber hasta la última gota de sangre de uno de ellos. Si no lo has probado nunca, te lo recomiendo. Y a ti, ¿ya sabes porque te convertí? Porque mientras exista destruiré todo aquello que Shapur ame sentenció entrando por una de las puertas del pasillo. Le seguí. Pensaba escapar por la ventana, saltando al suelo desde la segunda planta.
- —La envidia nunca te permitirá ser feliz —le dije, cuando tenía medio cuerpo fuera—. Estás tan corrompido que jamás sentirás algo de dicha.
- —Tengo toda la eternidad para comprobarlo —aseguró dedicándome una sonrisa helada como el Polo Norte antes de saltar por la ventana.

Era una altura considerable, pero cayó sobre sus piernas al césped del jardín trasero de la propiedad. Se volvió y me miró, dedicándome un saludo

al estilo militar como burla. Iba a arrojarme tras él cuando oí disparos, dos certeros disparos que le acertaron en las piernas haciéndole caer.

Yo me lancé por la ventana. El impacto de los pies en el suelo dolió como si me hubiese partido los dos tobillos a la vez. Me hinqué de rodillas mientras me recuperaba del dolor y vi cómo también se levantaba, sólo tenía una oportunidad. Si fallaba, escaparía.

Le lancé la daga de oro con la que él me había atacado con toda mi energía y acerté de lleno en su corazón, por la espalda. El vampiro saltó convertido en una explosión de vísceras y Marilyn, quien le había disparado desde el porche trasero de la vivienda, se aproximó q mí, sin dejar de apuntar a lo que quedaba de Christopher, una amalgama de vísceras esparcidas por el suelo.

- —¿Estás bien? —me preguntó. Asentí, poniéndome de pie.
- —Ese malnacido ya no hará daño a ninguna mujer. ¿Dónde está Manuel? —preguntó mirándome a los ojos e hice una señal de negación.
- Atacó a Christopher y este le partió el cuello, está en el piso de arriba. No pude hacer nada —Los ojos de Marilyn se aguaron, a pesar de que hizo grandes esfuerzos por no llorar las lágrimas recorrieron sus mejillas, en silencio—. Lo siento, lo siento de veras.

CAPÍTULO 9

No sabía dónde sentirme segura y sin embargo necesitaba descansar porque estaba agotada. Ni siquiera me apetecía alimentarme, las horas que había pasado atada a aquella estructura me habían pasado factura, no en mi cuerpo, que ya se encontraba recuperado por completo, pero sí en mi mente.

El alba llegaría en un par de horas y debía buscar refugio. Marilyn me condujo hasta las instalaciones subterráneas de la propiedad de la reina Savannah. Ahora propiedad de Shapur Akram.

Shapur.

Nuevo rey vampiro de Norteamérica.

No había vuelto a verle, imaginaba que debía continuar en aquel salón atendiendo a la concurrencia vampira con toda su pompa y estúpido protocolo. Protocolo que según la propia Marilyn me explicó dictaba que ante la coronación de un nuevo monarca este debía saludar, atender y ofrendar con una especie de fiesta a todos sus gobernadores, ahí con el cadáver de su antecesora aún fresco en el suelo. Todo muy civilizado. Lo necesario estaba ya preparado, para otro tipo de celebración muy distinta, pero serviría para la ocasión.

- —Aquí puedes descansar tranquila, cierra por el interior, no hay fuerza capaz de abrir esta puerta.
 - —Eso creía la otra vez.
- —Ya, pero la otra vez era una trampa. Siento que tuvieseis que pasar por eso, pero no pudimos hacer nada.
 - —Y yo siento que hayas perdido a Manuel. ¿Estabais muy unidos?
- —Bueno, yo era la mejor amiga de Olivia aquí, su pérdida nos había unido bastante. Era una buena persona, ambos lo eran. Ahora tengo que hablar con *Limpieza* para que se deshaga del cadáver. Lo más triste es que su familia nunca sabrá lo que le sucedió realmente.
 - —¿Ellos no sabían por qué estaba aquí?
- —Su familia es de Portland. Ellos creían que estaba trabajando en una oficina de seguros. La de Olivia piensa que se ha marchado a la India a darse un baño de misticismo —afirmó con pesar—. Creo que lo dejo. Mañana, en

cuanto se ponga el sol pediré al nuevo rey que me haga una *limpieza mental* y me marcharé.

- —¿Quieres que te borre los recuerdos?
- —¿Crees que seré más feliz recordando todo esto? Prefiero olvidar y ser libre a continuar sirviéndoles un día más.
 - —Él te lo concederá estoy segura.
- —Eso espero —dijo con una sonrisa que rezumaba un profundo cansancio—. Yo había oído hablar mucho de él, del legendario Shapur Akram y de su habilidad con la espada, lo que ha hecho ha sido... impactante. No sé si será un buen o mal rey vampiro, pero desde luego lo que sí sé, es que, de no haber sido por él, el derramamiento de sangre habría sido terrible.
 - —Será un buen rey. Lo sé.
- —¿Estás enamorada de él? —me preguntó abiertamente. Descendí el rostro sobrecogida. Aún no había aclarado mis sentimientos para poder responder a esa pregunta.
 - —Lo estuve, al parecer, porque no lo recuerdo.
 - —¿Te borró la memoria?
- —Sí, cuando era mortal, para protegerme. Ahora no sé lo que siento por él.
- —Pues yo creo que aún lo estás, se nota en el modo en el que le miras. Y en el que él te mira a ti, te quiere, estoy convencida. Y eso es mucho hablando de vosotros.
- —No todos somos iguales, como tampoco lo sois los mortales. Que seas muy feliz Marilyn.
- —Lo mismo te deseo, Bryce —dijo antes de marcharse, dedicándome una última mirada.

Me encerré en la habitación que me había proporcionado. Resultaba increíble su entereza a pesar de todo lo que había vivido aquella noche.

Yo en cambio sentía ganas de derrumbarme.

Me quité el vestido y me metí en la ducha, limpiándome la sangre de Savannah de las piernas.

¿Cómo podía haberme visto envuelta en todo aquello?

Yo sólo era una chica de Bristol que había decidido viajar hasta la República Dominicana para realizar un máster con una ONG que ayudaba a las prostitutas. Para permanecer durante un año en el país, estancia que terminaría justo antes de las vacaciones de Navidad que pretendía pasar con

mi familia.

Ahora ni siquiera sabía lo que mi familia pensaba que me había sucedido. Si me creían muerta o solo desaparecida... No quería ni imaginar lo que estarían viviendo mi madre y mis hermanos. Yo me había quedado con el papel de *fuerte* de la familia tras la repentina pérdida de mi padre. Necesitaba saber de ellos, qué les había sucedido, cómo estaban... Y le rogaría a Aixa, la que ahora era mi reina y a la que debía pleitesía, que me permitiese ponerme en contacto con ellos, ir a verles, u obtener información de algún modo.

Según Shapur, por mi conversión debía servir a la reina durante cincuenta años, nada más y nada menos, después sería libre. Pero mi madre no viviría cincuenta años más, nadie de su familia había llegado a los cien y esa era la edad que tendría entonces. Y no quería imaginarme no volver a ver a mis dos hermanos como los adolescentes que eran, sino como dos señores de sesenta y sesenta y cinco años.

Salí de la ducha y me envolví en una toalla.

La habitación era amplia y había grandes trampantojos en las paredes que simulaban un patio romano, con columnas de mármol y vides entrelazadas en ellas. Ni siquiera eso le restaba oscuridad.

Me senté en la cama y me dejé caer hacia detrás.

Y también estaba el tema de Shapur.

Ahora era el nuevo rey de aquel lugar, sin tener la menor idea de lo que eso significaba estaba convencida de que sería mucho. Y desconocía si podía rechazar el trono o no. Su mirada en el escenario me había dicho que no era posible.

Le odiaba por haberme borrado la memoria.

Le odiaba porque ya no podría tenerle cerca.

Me odiaba a mí misma por querer tenerle cerca después de lo que me había hecho, aunque ni siquiera tenía muy claro lo que me había hecho, pero no soportaba sentir algo completamente irracional e ilógico por él.

Sobre la puerta de entrada había un reloj de pared que indicaba las seis de la mañana, faltaba poco menos de una hora para el amanecer. Desde luego no pensaba salir de aquella habitación.

Entonces oí cómo llamaban a la puerta.

Me puse en pie, nerviosa. Traté de concentrarme en oír latidos

cardiacos al otro lado, pero no los oí. Quien quiera que fuese era un vampiro.

Volvió a golpear con los nudillos.

- —¿Quién es?
- —Soy yo, Shapur.
- —¿Qué quieres?
- —Hablar —su voz grave era de lo más sexy, aún a través de la puerta.

Mi ropa de nuevo era una toalla y mi alternativa un vestido destrozado y manchado de sangre. Abrí.

Sus ojos me recorrieron de pies a cabeza, no dejando pasar por alto mi indumentaria. Estaba terriblemente atractivo vestido solo con los vaqueros manchados de sangre, con el musculado torso al descubierto y las heridas cicatrizadas en la piel, su mirada anhelante se quedó clavada en mis iris.

- —¿Puedo pasar? —preguntó y asentí. Me hice a un lado, entró con paso seguro y cerré tras él, quedando a su espalda, su magnífica espalda de nadador olímpico repleta de misteriosos tatuajes.
- —Marilyn dice que este lugar es seguro. Pero no estoy tan convencida...—dije nerviosa, provocando que se volviese para mirarme.
- —No tienes nada que temer ahora, nadie tratará de atentar contra ti. Ni contra mí. Ahora, todos ellos son…
- —Tus súbditos —acabé la frase, sintiendo un fuerte nudo en la garganta—. Enhorabuena, majestad.
- —No me la des, tú no —dijo volviéndose, revisando la habitación con la mirada. Caminó hasta la pequeña nevera que había en un lateral de esta, la abrió y bebió de un solo sorbo sangre fría de una botella de cristal. Me encogí al mirarle, ¿sangre fría? ¿Es que no había tenido suficiente con todas aquellas *voluntarias* de la fiesta? Desde luego su cuerpo no desprendía calor, ni tenía ese tono rojizo que le llenaba de vida después de una mordida, era como si no se hubiese alimentado. Se volvió entonces y me miró, relamiéndose los labios teñidos de carmesí—. No había planeado nada de esto. Tú sabes que no quería nada de esto.
 - —¿Y ahora qué?
- —He estado hablando con Aixa —dijo dando un paso hacia mí. Yo le miré, parecía demasiado cansado—. Ella desconocía que la princesa Layla había escrito esa carta, y al parecer lo hizo en un momento de frustración, a modo de desahogo sin tener la intención real de enviarla. O eso dice. Después de saber que también le había enviado un video grabado por ella misma rechazando el enlace quién sabe —admitió—. Aixa cree que debo aceptar el

trono, si rechazo ser su rey y lo abandono, las revueltas por asumir el poder podrían convertir este reino en un lugar poco seguro en el que vivir para los mortales. Además de que se convertiría en un polvorín en un momento en el que la estabilidad precisamente brilla por su ausencia. Pero... a pesar de todo eso, no quiero esto.

- —¿Y qué harás? —pregunté cruzando ambos brazos ante el pecho, frente a él.
- —Cumplir con mi deber —respondió como el militar que, aunque es consciente de que le han enviado a una misión suicida, sabe que debe hacerlo por un bien mayor—. A partir de mañana asumiré mis funciones como rey, e intentaré hacer de este reino un lugar estable y seguro.
- —Sé que esto no es lo que querías, pero también que Norteamérica no podría tener un rey mejor —dije convencida.
 - —¿Eso piensas?
 - —Claro que lo pienso.
- —Bryce, necesito que sepas que lo que sucedió entre nosotros fue real, porque lo fue. Lo juro, por la luna y las estrellas del cielo, por todo lo que alguna vez ha significado algo para mí. Que de algún extraño modo me amaste por quien soy y nada más y eso me hizo más humano —a mí no me resultaba extraño amarle creyéndole mortal, en absoluto, sin darme cuenta había comenzado a hacerlo sabiéndole vampiro—. Y te juro por mi honor, que nadie a quien haya amado a lo largo de mi existencia, ha sido comparable a ti. No imaginas lo duro que ha sido fingir que no te conocía, que tu cuerpo no me llamaba a cada movimiento, y que cada instante en el que te tenía cerca y no podía tocarte no me dolía la necesidad de hacerlo —afirmó taladrándome con su mirada, provocando que la sangre del interior de mis venas se incendiase.
- —Pues no lo hagas más —dije y pretendiendo una determinación de la que carecía dejé caer la toalla a mis pies.
 - —¿Estás segura? —preguntó dando un paso hacia mí. Asentí.

Cuando una de sus manos se posó en mi garganta una corriente eléctrica recorrió todo mi cuerpo. Como si un chispazo hubiese surgido entre ambos, Shapur buscó mis ojos desconcertado y después sonrió. Su sonrisa era más deslumbrante que un amanecer y contenía muchos más secretos y misterios que este.

Su sonrisa era luz, pura luz.

Y entonces me besó. Y sentí que mi corazón latía de nuevo. Que no era un extraño quien estaba besándome sino alguien a quien conocía desde hacía demasiado tiempo, alguien a quien había estado esperando durante años sin saberlo. Alguien a quien añoraría el resto de mis noches cuando ya no estuviésemos juntos.

Aquellos labios voluminosos me envolvieron mientras me estrechaba entre sus brazos, haciéndome sentir a salvo, mientras su lengua, ardiente por el deseo, me invadía. Haciendo que vibrase cada milímetro de mi ser, que la magia que me mantenía con vida tras la muerte, me envolviese, haciéndome sentir viva de nuevo.

Mis manos recorrieron su espalda, deslizando mis dedos por cada colina, por cada valle, como un mapa en braille que quisiese memorizar para siempre. Mientras sentía cómo él me acariciaba los pechos desnudos, que pareciesen minúsculos en sus manos. Se inclinó alcanzando uno de mis pezones enhiestos con los labios, lamiéndolo, provocando un sinfín de chispas multicolores en mi interior, chispas que viajaron desde mi estómago a mi pubis.

Entonces se arrodilló y enterró el rostro en mi abdomen, besándome en el ombligo, mientras acariciaba su cabeza despejada, recabando en su cuello, en sus hombros. Posó la nariz en mi pubis, sobre el escaso vello pelirrojo, humedeciéndolo con la lengua, alcanzando el rincón más íntimo de mi ser que se deshacía en latigazos de placer ante el saber hacer de sus labios y su lengua.

Después se incorporó y agarrándome por las nalgas me subió a su cuerpo, en el que la excitación era más que evidente.

—No me hagas esperar más —susurré a su oído envalentonada por el deseo, aunque mi valor se templó un poco al ver cómo los colmillos de Shapur surgían amenazadores.

Aun así, confiaba en él, y sabía que no me haría daño. Al verle mis propios colmillos descendieron sin poder controlarlo, era el deseo el que los controlaba ahora.

Shapur sostuvo mi barbilla con los dedos y me forzó a mirarle. Quería ver mi expresión mientras se adentraba en mí. Volvió a besarme, acariciándome los colmillos con la lengua, algo que me produjo una excitación inimaginable, solo comparable a cuando recorría mi sexo del mismo modo.

El guerrero me aprisionó contra la pared y sin decir una sola palabra

más se adentró en mi cuerpo de una sola embestida, haciéndome estremecer de placer.

- —Si en algún momento te hago daño dime que pare —pidió.
- —No pares, por favor, no se te ocurra parar —exigí sintiendo cómo mi cuerpo le acogía, llenándome de su ser.

Mis palabras le hicieron rugir de deseo. Lamió mi garganta, arriba y abajo a la vez que entraba y salía de mi cuerpo en la milenaria danza sexual en la que ambos formábamos un solo ser. Con sus caderas golpeando contra las mías, con mis piernas rodeándole en un abrazo de placer infinito.

Sentí sus colmillos rozarme la piel de la garganta mientras la lamía, era una sensación deliciosa y enloquecedora, pero de pronto deseé sentirlos clavados en mi piel.

- -- Muérdeme -- pedí en un jadeo.
- —¿Qué? —Buscó mis ojos, lleno de dudas.
- —Que me muerdas, muérdeme —exigí y sentí un leve pinchazo cuando los colmillos se hundieron en mi carne, pero nada comparado al placer que despertaron, como si hubiese caído en una espiral de orgasmos sin fin que me sacudían de la cabeza a los pies. Aprisionada contra aquella pared recibiendo las embestidas de aquel gigante moreno que me volvía loca, sujeta a sus hombros de acero.

Se giró sobre sí mismo posándome despacio sobre la cama, pero no pensaba permitirle liberarme, sosteniendo mis pantorrillas encajadas en sus caderas, y sus colmillos en mi yugular.

Sentí cómo todo mi cuerpo se preparaba para alcanzar la cima de una montaña rusa del tamaño del Burj Kalifa de Dubái desde la que caería desplomada, sin embargo, había algo, algo que deseaba hacer, que necesitaba hacer... y lo hice.

Sin preguntarle si le parecía bien o mal, le mordí. Fue una mordida fuerte, profunda, con un ansia visceral. Y Shapur gimió, fue un gemido hondo, gutural mientras se contraía en pasionales movimientos ante la sacudida de un orgasmo arrollador que acabó por arrasarme también a mí, que le liberé de mi mordida, saboreando la sangre especiada del guerrero en mis labios.

Se alzó sobre su codo derecho, mirándome a los ojos y palpando la fresca mordida que cicatrizaba de modo sobrenatural en su cuello. Y yo me preparé para una reprimenda.

-¿Por qué has hecho... eso? - preguntó. Pero su tono de voz no

mostraba enfado sino desconcierto.

- —Lo siento, me he dejado llevar —dije, Shapur se retiró en un movimiento suave, provocando que le añorase en mi interior, mirando su propia sangre en las yemas de sus dedos—. ¿Te he hecho daño?
 - —No me ha molestado, en absoluto. Es más, me ha gustado... mucho.
 - —Entonces, ¿está bien que lo haya hecho?
- —Nunca antes nadie me había mordido, a excepción de mi creadora, pero entonces era mortal. Tampoco yo había mordido a una vampira, no así. Me desconcierta el placer que he sentido. Me he sentido... *vivo*.
- —Si eso es un cumplido, yo también... Quiero decir que ha sido... Espectacular.

De pronto Shapur se inclinó de nuevo sobre mí y me besó en los labios, fue un beso dulce, espectacular, lleno de ternura. Le abracé y le forcé a tumbarse en la cama, él me miró con la cabeza apoyada sobre su codo derecho como si aún no pudiese creer que estuviese allí, a su lado.

—Gracias por aparecer, Bryce. Cuando te conocí... estaba hastiado de mi existencia como vampiro. Dos mil quinientos años pueden ser demasiados para cualquiera. Creía que... jamás nadie podría hacerme sentir algo, de nuevo. Y entonces llegaste tú, cuando te vi por primera vez fue como si me hubiesen liberado de una venda en los ojos. Me devolviste la ilusión con tu sonrisa, hablándome de tus sueños, de tus ilusiones, me hablaste de tu familia, de tus amigos, de tus sueños... Tú me salvaste.

Ni siquiera me di cuenta de que estaba llorando hasta que él limpió mis lágrimas con los dedos.

- —Me gustaría poder recordar todo eso. Me gustaría dejar de sentir este vacío que me consume, que me hace tener miedo a la intensidad con la que siento que te necesito cuando estoy contigo. Es como si hubiese despertado en mitad de una carrera con el coche a doscientos kilómetros por hora, sin saber cómo funcionan los mandos, o cómo he llegado hasta ahí.
 - —No imaginas cuánto lamento haber borrado tus recuerdos.
 - —¿No hay ningún modo de recuperarlos?
- —No lo creo. Pero podemos crear nuevos recuerdos, si tú quieres. Nadie te retiene ahora, tu creador ha muerto y yo asumiré la responsabilidad de enseñarte, de cuidarte y protegerte, y tú puedes ayudarme a cambiar este reino, a convertirlo en un lugar mucho más *humano* y algún día... convertirte en mi... —Le contuve. Detuve sus palabras posando mi dedo índice sobre sus labios. No me sentía preparada para asumir todo eso, no aún. En ese

momento la imagen de mi madre acudió a mi mente, jamás podría ser feliz mientras ellos eran desgraciados.

- —En mi interior siento que quiero estar a tu lado, que necesito estar a tu lado... Es algo que no puedo explicar, una sensación extraña y en cierto modo aterradora. Necesito alejarme, pensar, sé que no puedo contactar con mi familia, pero me gustaría estar cerca de ellos, saber que están bien —Mis palabras le entristecieron profundamente.
- —Si regresar a Inglaterra es tu deseo, como tu rey te permitiré hacerlo, aunque como tu... como alguien que te ama, te advierto que no es una buena idea, espiarles sólo te provocará sufrimiento. Y revelarles tu nueva identidad está penado con la muerte definitiva. La tuya y la suya. ¿Estás segura de que deseas marcharte?
 - —No, pero quiero hacerlo.
 - Entonces, lo dispondré todo para que partas en un par de días.

CAPÍTULO 10

Supe que era un error en cuanto puse un pie en Londres. En cuanto leí mi nombre en el cartel que un vampiro con larga melena azabache vestido con un traje oscuro sostenía entre sus manos. Caminé hasta él y le saludé.

—Buenas noches señorita Bryce. Mi nombre es Cóatl, la llevaré a Lastheaven, a presentar sus respetos a sus majestades los reyes de Gran Bretaña. Después la acompañaré hasta la dirección que me indique — respondió.

Porque sí, porque Shapur además de ordenar que me comprasen ropa como para mudarme a vivir una década en Marte, se había encargado de mi alojamiento, de mi cuidado y de que cada paso que diese en Inglaterra fuese seguro. Y eso incluía presentarme oficialmente ante los reyes vampiros de Gran Bretaña, con los que mantenía una buena relación. A ellos debía entregarles una misiva escrita por su puño y letra que me había entregado en un sobre cerrado y lacrado.

Subí a un Rolls Royce negro que condujo al menos una hora hasta las afueras de la ciudad en dirección sureste por carreteras comarcales. Mi chófer no hablaba, ni una sola palabra, algo a lo que debería acostumbrarme, pero que sin embargo me resultaba harto difícil de asimilar. Así que saqué mi nuevo teléfono móvil, regalo de mi nuevo rey, y dejé un mensaje en el contestador de Diana informándola de que había llegado sana y salva. Cuando hablé con ella, al día siguiente de la coronación de Shapur, no daba crédito a la que habíamos liado entre los dos. Pero estaba muy feliz de que todo hubiese acabado bien y estuviésemos a salvo. En mi mensaje le prometí que en cuanto regresase de Europa iría a visitarla, necesitaba de su consejo, y su consuelo.

Porque para mí hablar ayudaba a mitigar el nerviosismo y en ese momento me sentía muy nerviosa.

Nerviosa por ir a ver a unos reyes vampiros. Con las malas experiencias que dichas visitan tenían en mi corta existencia como no muerta.

Nerviosa porque al fin iba a ver a mi familia, aunque fuese en la distancia.

Nerviosa por alejarme de él. Acababa de marcharme y ya me dolía su ausencia, añoraba su voz, su mirada, que estuviese pendiente de mí. Le había dejado en un momento delicado, cuando comenzaba a organizar todo un reino vampiro. Pero en el fondo esperaba que tenerme lejos le ayudase a concentrar toda su atención en su recién comenzado reinado.

Accedimos a un camino forestal de tierra compactada entre la espesa arboleda y el coche se detuvo un momento junto a una garita de seguridad en la que había un guardia, vampiro, fuertemente armado, y varias cámaras apuntando hacia todo el perímetro.

El guardia nos permitió el paso y continuamos ascendiendo por el sendero hasta la cima de la colina donde tras atravesar una amplia cancela negra de forja pude contemplar la propiedad.

Era una mansión colosal, de dos plantas, con estructura rectangular, con fachada de piedra gris adornada con frisos del mismo material, con grandes ventanales blancos y gruesas columnas en el porche de la entrada principal.

El Rolls-Royce se detuvo ante la escalera con forma de abanico invertido y Cóatl salió de este, abriéndome la puerta con anticuada caballerosidad.

Sígame, pidió. Y le seguí.

La puerta principal estaba abierta, aunque vigilada por un nuevo guardia vampiro. Accedimos a un gran hall de entrada de doble altura en cuyo techo brillaba una gigantesca lámpara de araña de cristales plateados, en este había una amplia escalera de mármol bifurcada hacia las estancias superiores de la propiedad.

Cóatl dejó atrás la escalera y continuó hacia el fondo hacia una puerta de madera, al abrirla nos topamos con una mujer anciana con el cabello largo recogido en un moño apretado.

- —Buenas noches, señora Merlon. Ella es la señorita Bryce Dallas La mujer me miró y después hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo. Hice lo mismo.
 - —Sus majestades están en el salón del trono, aguardándoles.
 - —Gracias.

Continuamos caminando por el corredor hasta llegar a ese salón, Cóatl abrió la puerta y me cedió el paso.

—Adelante, sus majestades Martin Robinson y Dínorah, regentes del magnificente reino británico la aguardan—anunció Cóatl, quedándose en la

puerta.

Accedí a un gran salón con grandes ventanales hacia un jardín, al fondo había un lago al pie de las montañas. Las paredes estaban empapeladas con un estampado de motivos vegetales de color verde oscuro y en el techo colgaban sendas lámparas de araña. Al fondo había dos tronos sobre una tarima de un par de peldaños de altura, ante estos había una pareja de vampiros. Él era moreno, con el cabello sobre los hombros, parecía muy joven, vestido con un elegante traje, ella en cambio era rubia, con una larga melena que le alcanzaba la espalda, ataviada con un largo vestido de color dorado. Al lado de la reina había un alto guarda espaldas vampiro que no me quitó ojo desde que entré en el salón.

Caminé hacia ellos y entonces percibí que... no, ella no era vampira, era... ¿mortal? No lo parecía, por su expresión, por el color blanquecino de su piel, pero su corazón latía, podía oírlo, no había duda.

Me detuve ante ambos.

- —Buenas noches y bienvenida a nuestro reino, Bryce Dallas.
- —Encantada, majestad, majestades —corregí, descendiendo el rostro como respeto.
- —Míranos —pidió la reina y obedecí. De cerca era aún más hermosa, Shapur tenía buen gusto, sin duda. Desde luego no parecía mortal, pero mis oídos continuaban oyendo el ritmo pausado de su corazón.
 - —Nuestro amigo, Shapur Akram nos avisó de vuestra llegada.
- —Tengo una carta, de él, de Shapur, para vos —dije, mirando al rey. Era bastante atractivo, con los ojos negros, tan oscuros como su cabello. Me observaba muy serio e hizo un gesto para que se la entregase. Di los pasos que nos separaban y vi cómo el guarda espaldas alto que había junto a la reina apretaba los puños, alerta. Entregué la carta al monarca y me retiré a mi antigua posición ante ellos. Él la abrió, la leyó deprisa, no parecía demasiado extensa y la entregó a su esposa. Esta también la leyó, y casi pude ver una sonrisa en sus labios, pero no, fue un espejismo sin duda. Dobló el papel y sostuvo la misiva entre sus manos.
 - —¿Cuál es el motivo de vuestra visita a nuestro reino?
- —Comprobar el estado de mi familia —dije. Ambos reyes se miraron entre sí de forma fugaz, la complicidad entre ambos era más que evidente. Algo que me sorprendió. Recordé entonces las palabras de Alanis, ella pertenecía a aquel reino y me había dicho que no todos los reinos eran

iguales, sus reyes se habían unido por amor. Ahora podía creerlo.

- —No puedes tener contacto con ellos y mucho menos revelarles tu nueva identidad —dijo Martin Robinson.
 - —Lo sé. Sólo quiero saber que están bien.
 - —¿Cuánto tiempo piensas pasar entre nosotros?
- —No lo sé. Semanas, algunos meses, quizá. Mientras esté aquí les serviré como una súbdita más.
- —En este reino mantenemos una relación de convivencia con los mortales, está terminantemente prohibido acabar con la vida de mujeres embarazadas y niños, y agradecemos el respeto por el resto de la vida humana —Asentí—. Puedes quedarte. Aunque si ocasionas cualquier incidente serás castigada.
 - —Lo asumo.
 - —Buena estancia en nuestro reino.

El rey bajó de la tarima y caminó hacia la salida, pasando por mi lado. La reina en cambio continuó mirándome con curiosidad, con la carta aún en sus manos. Permanecí inmóvil hasta que decidió moverse y caminar hacia mí.

Oí entonces ruidos a mi espalda, la voz de unos niños que jugaban. Me volví y vi cómo el monarca recibía con los brazos abiertos a dos pequeños, una niña de unos diez años morena y con rasgos que recordaban a él y un pequeño de unos tres años, rubio y con mofletes rollizos. Eran sus... ¿hijos? El rey los agarró de las manos y les llevó fuera, sacándoles del salón.

Al girarme de nuevo descubrí que tenía a la reina ante mí, muy cerca, a solo un metro de distancia. Su guarda espaldas continuaba los ojos fijos en mí.

- —Son nuestros hijos. Sí. Los vampiros podemos tener hijos, no es sencillo, pero es posible. Y no, no soy vampira, al menos no lo soy al cien por cien. Sé que has oído los latidos de mi corazón y esto te habrá desconcertado. Soy una híbrida, mi padre era mortal y mi madre, vampira. Por tu expresión de sorpresa veo que te quedan muchas cosas por aprender de tu especie.
 - —A... Alanis me lo había contado —Ella asintió, parecía complacida.
- —Sé que fuiste convertida en contra de tu voluntad y que no tienes un buen concepto de nuestra especie, pero espero que tu estancia en nuestro reino te ayude a darte cuenta de que la conversión tan sólo saca a la luz nuestra esencia primaria, liberándonos de todos los convencionalismos mortales. El que es de naturaleza violenta lo será aún más, pero el que lo es

racional, también lo será aún más. Puedes quedarte en nuestro reino el tiempo que necesites.

- —Gracias.
- —Aunque intuyo que hay alguien esperándote al otro lado del charco —desvié la mirada. Ya comenzaba a extrañarle, en los dos días que había tardado en partir desde la coronación de Shapur apenas había podido verle, ocupado con sus nuevas obligaciones reales. La expresión de sus ojos en nuestra despedida en el aeropuerto me horadaba el corazón—. Como ha dicho el rey, Shapur Akram es nuestro amigo y tu seguridad es su máxima preocupación.
- —No necesito que nadie me cuide, sé cuidarme sola —Ahora sí la reina no contuvo su sonrisa. Me sonrió, plena, hinchando sus mejillas en un gesto terriblemente humano.
- —Estoy convencida de ello —aseguró sin borrar la sonrisa—. Somos más parecidas de lo que crees, Bryce. Por eso permíteme que te hable con confianza a pesar de que no nos conozcamos —Asentí. No me quedaba otra. Aunque a mi parecer la reina y yo nos pareciésemos tanto como un tomate y una lechuga—. Cuando me di cuenta de que me había enamorado del rey no fui capaz de aceptarlo, de asumir que le amaba, que había algo que me atraía a él sin remedio, porque no estaba preparada para mirarle con otros ojos que con los de una amiga. Fue duro para mí asumir que lo que en realidad me sucedía era que, a pesar de todos los pesares, a pesar de no estarme permitido amarle por mi condición, a pesar de que estaba comprometido con otra vampira a la que conocerás, Layla, la hija de Aixa, yo le amaba. Y fue él quien tuvo el valor de enfrentarse a todo por luchar por nuestro amor. Sé que tu conversión fue dura, que lo es que hayan borrado tus recuerdos y que lo que sientes por Shapur te atormenta. Pero déjame decirte algo, Shapur es uno de los vampiros más nobles que conozco, jamás te habría engañado para que sintieses algo por él, jamás te habría embrujado. Sé que no deseabas nada de esto, pero acepta quién eres ahora y podrás ser feliz —Vaya sí que contenía información la dichosa carta, toda mi vida, obra y milagros al parecer—. Cóatl te llevará hasta el apartamento en Bristol que he acondicionado para tu estancia. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras, ahora eres una protegida de nuestro reino. Siempre y cuando cumplas las reglas.
 - —Las cumpliré.
- —Mucha suerte, Bryce Dallas, espero que encuentres lo que buscas—dijo con cierta ternura en la voz. Desde luego no era vampira, al menos por

completo—. Toma, será mejor que lo guardes tú.

Dijo entregándome la carta y se marchó con lentos pasos humanos, seguida de su guarda espaldas. Miré a Cóatl que me aguardaba en la puerta y caminé hacia él con el papel en mis manos, pero no fue hasta que estuve subida en el coche de nuevo que me atreví a abrirlo y leer lo que ponía. Era solo una frase.

«Cuidad de ella, la amo. Shapur Akram»

CAPÍTULO 11

Llevaba dos semanas en Bristol cuando alguien llamó a la puerta de mi apartamento. Poco después del anochecer alguien golpeó la madera con insistencia, salí del sótano blindado en el que transcurría mi sueño diurno y acudir a ver de quién se trataba.

Pensé en Shapur, ¿y si había decidido ir a visitarme por sorpresa? La idea era bonita, pero se desvaneció rápido, él no podía abandonar su reino así, como así, menos en esos momentos.

Shapur, pensarle me provocó una profunda tristeza, al contrario de lo esperado no había sabido nada de él en aquellas dos semanas y comenzaba a sentir ansiedad y preocupación por su estado.

Había hablado con Diana y ella me había informado de que según los *rumores* en el mundo de los no muertos todo iba bien con el nuevo reino de Norteamérica, los súbditos estaban bastante contentos con el cambio, cansados del fanatismo supremacista de Savannah Cooper, cuyo hijo había huido a Rusia tras su... caída. Allí había recibido el asilo de Iván Vasilievich. Pero claro, no es que ella tuviese un acceso directo a la información y la rumorología no era demasiado de fiar.

No había un google vampiro en el que poder informarme, ni una CNN vampira tampoco, así que vivía con bastante angustia no saber nada.

La propia Diana me había instado a telefonearle, a preguntarle directamente cómo estaba, pero mi orgullo me impedía dar el primer paso. Si a él no le importaba cómo estaba yo, yo fingiría que no me importaba cómo estuviese él. Estúpido y demasiado humano, me había reprendido mi amiga vampira.

Al menos había podido liberarme de una preocupación. Había podido ver a mi familia. Mi madre estaba preciosa aún a pesar de la tristeza que velaba su mirada, y la vi reír, con las bromas de mis hermanos mientras caminaban por la calle y eso apaciguó mi corazón. Mis hermanos habían crecido mucho en los meses que llevaba sin verlos, estaban mucho más altos, Patrick se había convertido en un adolescente alto y desgarbado en el que ya despuntaba la belleza masculina de mi padre, y Sean, continuaba siendo el niño alegre y sonriente que recordaba.

Mentiría si dijese que no había sentido la tentación de acudir a ellos, de abrazarles, de decirles que seguía... viva, que les amaba. Pero a la vez no podía dejar de pensar en que hacerlo podía acarrearles la muerte.

Me detuve al otro lado de la puerta. No esperaba que nadie viniese a verme y pude oír el latido de un corazón... o de dos. Era un sonido extraño, pero desde luego quien quiera que estuviese al otro lado no era un vampiro. Me asomé por la mirilla, pero no vi nada, quien fuera tenía puesto el dedo tapándola.

- —Señorita Bryce Dallas, ¿piensa abrir la puerta o me contratará como estatua del descansillo? —preguntó una voz masculina que me era desconocida por completo. No sonaba demasiado amenazadora, pero aun así tomé un cuchillo de la cocina y lo escondí en mi espalda antes de abrirla. Entonces me topé con un ser extraño. Su piel era azul, del color del mar de las profundidades y sus ojos de un particular color esmeralda, carecía de cabello, al menos en la cabeza, y me miró con cierto hastío al otro lado de la puerta.
- —Buenas noches, me envía la reina Dínorah. Vengo a hacerte un regalo en su nombre. No tengo demasiado tiempo libre así que agradecería que cerrases los ojos y tirases el cuchillo que tienes a la espalda. ¿No hablas mi idioma? —asentí.
 - —¿Quién eres?
- —Bueno, podría decirse que soy el mago más poderoso de todos los tiempos, y el más sexy —apuntilló con una sonrisa—. Pero tú puedes llamarme Cyrus. Por tu expresión imagino que es la primera vez que ves a un demonio —asentí de nuevo—. Y aunque tu novio y yo hemos tenido algunas diferencias…
- —¿Mi novio? ¿Qué novio? —pregunté, pero a él no le importaba lo que yo preguntase.
- —He venido a devolverte algo como regalo. Cierra los ojos —dudé. Pero lo cierto es que la reina me producía bastante confianza, si venía en su nombre, podía confiar en él... ¿o no? Solté el cuchillo en la encimera de la cocina y cerré los ojos.

Entonces sentí como si una extraña energía se introdujese en mi cabeza, como si algo se colase en mi cerebro. No era doloroso, en realidad, sentí alivio mientras esa especie de bruma mágica me rodeó.

—Ya está —dijo. Abrí los ojos, topándome con los suyos, tan verdes

y brillantes, tan... sobrenaturales—. He de reconocer que el salvaje de tu novio tiene buen gusto, si alguna vez te cansas de él, ven a hacerme una visita, no te arrepentirás —aseguró guiñándome un ojo antes de marcharse tan rápido como había llegado.

En ese momento comencé a sentir un poderoso dolor de cabeza, cerré la puerta de un empujón y a duras penas caminé hasta el sofá, dejándome caer sobre este.

EPÍLOGO

Es una cálida noche de junio, acabo de bajar de la furgoneta que nos lleva de vuelta a casa después de repartir bocadillos, agua y preservativos a las prostitutas que trabajan a lo largo del Malecón. Es nuestro modo de, además de ayudarlas y asistirlas si necesitaban algo, tomar contacto con ellas e invitarlas a que se pasen por la sede de la ONG, donde durante el día trabajamos para intentar reinsertarlas en otro tipo de actividad que no implique mercadear con su cuerpo, expuestas a robos, violaciones, enfermedades...

La calle en la que tengo alquilado el apartamento está bastante oscura, algún gamberro ha roto las bombillas de las farolas meses atrás y nadie se ha encargado de reponerlas. Son las dos de la mañana y cada vez que vuelvo a casa a estas horas pienso que debería llevar una linterna conmigo, pero nunca me acuerdo de comprarla.

En esta ocasión la furgoneta me ha dejado algo más alejada porque hay obras al principio de la calle. Pienso que a ver si hay suerte y arreglan la iluminación también.

Me doy prisa en girar la esquina e introducir la llave en la cerradura del portal porque he oído a un par de hombres conversando mientras se acercan calle abajo. Pero no me da tiempo, alguien me agarra por detrás, tapándome la boca, y aunque trato de revolverme y gritar, el frío metal de una navaja me presiona en la garganta y me hace callar de inmediato.

- —Estese quieta y en silencio o va a probar mi navaja —me susurra al oído el que me tiene sujeta.
- —Al callejón —oigo decir al otro, a mi espalda. Ma ampujan hacia el callejón, mientras trato de dec

Me empujan hacia el callejón, mientras trato de decirles que se lo lleven todo, el bolso, el móvil... pero por favor que no me hagan daño. Mi mayor temor es que si logran llevarme al callejón probablemente nunca salga viva de allí. Trato de agarrar la mano que sostiene la navaja, pero el tipo la aprieta aún más en mi cuello, y sé que si vuelvo a moverme me la clavará.

—Estate quieta, puta —me dice. El otro me agarra por los brazos. Está oscuro y no logro verle la cara. De un empujón me tira al suelo, entre unos cartones y el contenedor de basura. Al caer me golpeo en la frente con la pared y siento cómo todo se vuelve negro, voy a desmayarme. Antes de perder el conocimiento oigo golpes, lamentos, mucho ruido.

- —Señorita, señorita, ¿está mejor? —me pregunta una voz grave, masculina, mientras me ayuda a sentarme contra la pared. Abro los ojos, descubriendo a un hombre acuclillado ante mí. Pero no puedo verle el rostro por la oscuridad del callejón.
- —Sí, eso creo —digo tocándome la frente, me he dado un buen golpe, pero no parece que haya sangre—. ¿Y esos tipos…?
 - —Está a salvo, han huido —asegura—. ¿La ayudo a levantarse?
- —Sí, por favor —pido y entonces me agarra, pasando mi brazo sobre su hombro, inclinándose para que pudiese pisar el suelo, y recoge mi bolso. Al posar el pie derecho me doy cuenta de que me duele—. Auch. Creo que me he torcido el tobillo.
 - ¿Vive cerca?
- —Al volver la esquina —digo y mi salvador trata de que echemos a andar, pero no puedo, me duele demasiado el tobillo—. No puedo, lo siento —le digo y entonces me levanta en sus brazos como si pesase menos que una pluma, pegándome contra su pecho.

No puedo verle la cara, en aquella oscuridad, aunque su complexión es muy fuerte, y a pesar de lo mal que me siento no puedo evitar notar que huele genial, a una mezcla de madera de sándalo y cítricos, sin llegar a ser un perfume, quizá fuese el jabón con el que se había duchado o es que olía así de bien al natural.

Me lleva en brazos hasta el portal. Busco las llaves en el bolso que ha dejado sobre mi abdomen y le pido que me pose en el suelo. Me pongo en pie a la pata coja y abro la cancela, accionando de inmediato el interruptor de la luz, ansiosa por verle la cara al fin a mi ángel de la guarda.

Y caigo fulminada ante la imagen que hallo ante mí. Es un tipo alto, de piel oscura, fuerte, pero fuerte en plan aplastar neveras con los brazos, su nariz es recta, algo ancha en la punta, sus labios son gruesos, pero no demasiado, lo justo, y lleva el cabello rasurado. Va vestido con un fino jersey gris y un pantalón de traje oscuro. Me mira y me doy cuenta de que tiene los ojos más espectaculares que visto en toda mi vida, sus iris tienen el color de la miel, es-pec-ta-cu-la-res.

- —¿Está bien? —vuelve a preguntarme al percibir que me he quedado en shock.
 - —Sí, sí, y tutéame por favor, acabas de salvarme la vida. Gracias —

digo al fin—. ¿Pudiste verles la cara?

- —No. Estaba demasiado oscuro y se marcharon en cuanto llegué responde desde el umbral, se mete las manos en los bolsillos, parece nervioso.
- —Vaya, te han herido, tienes un desgarro en el hombro —digo al observar que el jersey está rasgado y manchado de sangre, como si le hubiesen apuñalado, en el hombro.
 - —No es nada, de veras.
- —Pasa, por favor. Deja que le eche un vistazo y te lo desinfecte al menos.
- —Lo haré en casa. No deberías invitar a pasar a extraños. El mundo está lleno de gente malvada, ¿es que lo que acaba de sucederte no ha servido para nada? —me pregunta. Parece enfadado por mi invitación.
- —Yo no creo que el mundo esté lleno de gente malvada. Esos tipos que me han atacado lo serán, de acuerdo. Pero tú eres la prueba viviente de que también hay gente buena, gente que no duda en intervenir para salvar a una completa desconocida, que además tiene la osadía de invitarle a su casa para curarle la herida que le han provocado defendiéndola —respondo. Él desvía la mirada como si reflexionase sobre lo que acaba de decirle—. No es la primera vez que me atracan, por si te interesa saberlo. Esta creo que es... la tercera desde que llegué. Solo que es la primera vez que me ponen una navaja en el cuello, en eso se han estrenado.
- —¿Y continúas saliendo por la noche sola? —me pregunta con preocupación, una preocupación que me resulta de lo más tierna.
- —Hombre, normalmente suelo llevar a mi legión de cruzados ingleses vigilando mis pasos, pero hoy les di la noche libre —respondo con una sonrisa. Él en cambio no sonríe, se mantiene estoico mirándome, inmóvil como una estatua de bronce, me pregunto si ha entendido la ironía—. Pues claro que salgo sola. Vivo sola —El pie comienza a pesarme demasiado y me dio cuenta de que si no subo ya la escalera no podré hacerlo, tengo que despedirme, muy a mi pesar—. Bueno, me ha encantado conocerte...
- —Shapur, me llamo Shapur Akram —dice y su nombre me resulta de lo más místico, ¿será árabe? Sí, es un nombre árabe, concluyo en mi fuero interno.
- —Yo soy Bryce Dallas, encantada —me quedo esperando el par de besos del saludo porque no se acerca a dármelos. Pienso que es un poco raro, pero ni siquiera esto le resta atractivo—. Como no quieres pasar y

tendré que subir a gatas los dos tramos de escalera hasta mi apartamento, será mejor que empiece ya. Encantada de conocerte Shapur, a pesar de las circunstancias. Gracias otra vez.

Al oírme decir aquello es como si le hubiesen pinchado en el trasero, da un paso al frente, vuelve a tomarme en brazos y comienza a subir uno a uno los escalones.

- —¿Eh? Gracias. ¿Haces pesas? —pregunto, pero no me responde, está serio, muy serio, casi rígido—. ¿Eres de por aquí? ¿Vives cerca? —le pregunto porque no soporto la tensión del silencio.
- —¿Es esta tu puerta? —es su respuesta. Asiento, buscando la llave en el manojo que aún llevaba en mis manos. La abro, subida aún en la atalaya de su cuerpo—. ¿Puedo pasar?
- —Claro, aunque también puedes tirarme al sofá desde aquí —digo tratando de ponerle algo de humor al asunto, pero no funciona. Este gigante moreno carece de sentido del humor. Pasa al interior del salón de mi pequeño apartamento y al encender el interruptor de la luz con el pie que me queda sano, siento auténtica vergüenza del desorden que reina en él. Hay un vaso de agua vacío sobre la mesa junto con la novela que estaba leyéndome: Un encantamiento de cuervos, con la que practicaba mi castellano escrito, la rebeca que llevé por la mañana a trabajar estaba en el sofá, en fin, un desastre—. ¿Puedo invitarte a algo?
- —No, gracias —responde rígido como un robot—. Será mejor que me marche. ¿Estás bien?
 - —Sí, claro. ¿Me permites que te cure la herida del hombro?
- —No es nada, mira —dice sacándose el jersey por la cabeza para permitirme comprobarlo con mis propios ojos. Es cierto, no tiene nada, pero los ojos que me saltan de las órbitas al comprobar el desfile de músculos pectorales, abdominales, oblicuos e incluso algunos que desconocía que existen, y él los tenía, apretados bajo la piel tatuada con multitud de signos y extraños símbolos. No soy demasiado comedida en mi contemplación y él se da cuenta, por un momento me parece que sonríe, pero es un espejismo porque permanece serio, semidesnudo, ante mí, mostrándome, ahora sí, su hombro intacto.
- —Madre del amor hermoso. Creo que necesito un vaso de agua digo sin poder contenerme.
- —Siéntate en el sofá, yo te lo serviré. ¿Dónde está la cocina? pregunta volviendo a ponerse el jersey, permitiendo que mis neuronas

vuelvan a conectar entre ellas.

- —Es esa puerta de ahí —le indico mientras me siento. Segundos después regresa con un vaso de agua y me lo entrega. Bebo un sorbo.
 - —Eres extranjera, ¿de dónde eres?
- —De Bristol, soy inglesa. Estoy aquí trabajando con una ONG que atiende a mujeres desfavorecidas.
 - —¿Qué es una ONG? —¿Lo pregunta en serio? Sí. Lo hace.
- —Es una organización que no pertenece al gobierno y que se dedica a fines sociales, para ayudar a la gente.
 - —¿Sin obtener beneficio?
 - —Bueno, su finalidad no es obtener beneficio, sino ayudar.
- —Eso no es posible en los humanos —La frase suena un poco... rara. Un descreído de la humanidad, pienso, ya me había topado con muchos.
- —¿Por qué no? Yo creo en las personas. Me he venido a este rincón del mundo, a más de siete mil kilómetros de mi hogar, para aprender cómo ayudar a la gente sin recursos. Salgo por las noches con mis compañeros de la oficina a repartir bocadillos y agua a las prostitutas del Malecón, porque sé que si no lo hago muchas de ellas no comerán.
- $-\xi$ Sin recibir nada a cambio? —Toma asiento frente a mí, como si de verdad le interesase lo que iba a responderle.
- —Nada. Bueno, esta noche un golpe en la frente y un intento de atraco.
 - *—¿Por qué?*
- —¿Por qué? Porque alguien tiene que hacerlo. Porque por eso me hice trabajadora social, para ayudar a la gente. Por eso me he alejado de mi familia durante un año, a pesar de saber lo duro que iba a ser para mí, y para ellos. Es la primera vez que paso tanto tiempo lejos de mi madre y mis hermanos, y por un lado esto me hace sentir que... les he abandonado.
 - —Piensas volver, ¿no?
 - —Sí, claro. Y hablo con ellos por Facebook y les sigo en Instagram.
- —¿Qué es Facebook Instagram? —enarco una ceja incrédula. ¿De qué siglo se había escapado?
 - —Son redes sociales.
- —Ah. Yo no uso eso. ¿Y tu padre? Has mencionado a tu madre y tus hermanos.
- —Mi padre falleció hace cinco años. Era militar y murió de un accidente de tráfico mientras estaba en Kabul en una misión. Desde entonces

mi familia ha estado más unida aún si cabe. Esta ha sido la primera vez que me he separado de mi madre y mis hermanos pequeños.

- —¿Cuántos años tienen?
- —Patrick tiene quince años y sean diez.
- *—¿Y tú?*
- —Veinticuatro. ¿Y tú? —Se queda pensativo un momento como si no lo recordase.
- —Veintiocho, creo —responde serio, haciéndome reír. Pienso que tiene un humor raro, o al menos yo lo percibo así. En ese momento me devuelve la sonrisa, mostrándome las perlas de su boca, y yo siento como si me estallase un meteorito en mitad del pecho. Su sonrisa es una delicia.
 - *−¿De dónde eres?*
 - —Soy afgano —Ya sabía yo que era árabe, me digo.
 - —Vaya, sí que estás lejos de tu tierra.
 - -Hace demasiados años que me marché. No me queda nadie allí.
 - —¿Y tus padres, o hermanos?
- —Nunca tuve hermanos. Mi madre trabajaba como sirvienta en la casa de mi padre, eran amantes, pero cuando se quedó embarazada tuvo que marcharse porque su esposa lo descubrió y la amenazó con matarla. Tuvo que huir y regresó a la casa de sus padres, que al principio tampoco llevaron nada bien que fuese a traer al mundo a un hijo ilegítimo. Pero la amaban y la aceptaron. Mi abuelo era un gran hombre, él fue mi verdadero padre. Mi madre luchó mucho para sacarme adelante, y lo hizo. Por mi... trabajo acabé alejándome de ella durante años. Y cuando regresé, había muerto. Ni siquiera pude despedirme —Su historia me encoge el corazón, siento ganas de llorar y me siento como una tonta, no le conozco, pero casi puedo sentir todo lo que ha sufrido. Trato de disimular bebiendo agua del vaso.
- —Lo siento muchísimo. ¿En qué trabajas? —le pregunto en cuanto recupero la voz.
 - —Soy... una especie de... militar.
 - —¿Qué quieres decir con una especie de...?
- —He sido militar, del ejército persa. Quiero decir... afgano. Pero actualmente trabajo como jefe de seguridad privada —dice. Pienso que le viene como anillo al dedo, con esos bíceps como melones y las manos que deben dar hostias como panes.
 - —¿Y tu padre biológico? ¿Has tenido algún tipo de contacto con él?
 - -Mi padre también era... militar -cuando duda antes de decir las

palabras pienso que está traduciéndolas en su mente, y me pregunto qué idioma se hablará en Afganistán. Ni la más remota idea—. Acabé trabajando para él, antes de concluir mi servicio con el... ejército. Nunca fue amable conmigo, es más, me envió a la... misión más peligrosa en la que he estado, una misión en la que estuve a punto de morir.

- —Qué cabrón.
- —Sí. Eso lo define muy bien. Después, no quise volver a saber nada de él.
 - —Lógico. Has debido pasarlo muy mal.
 - —He vivido un poco de todo...
- —Parece que con la charla se me ha ido aliviando el dolor del tobillo.
 - —Me alegro.
- —Ha sido un milagro que aparecieses, no sé qué habría sido de mí sino. ¿De dónde venías tan tarde?
 - —Acababa de dejar a mi jefa en casa y me marchaba a la mía.
- —Ah, y tu jefa... ¿es una mujer mayor o es joven? —pregunto y me siento estúpida por hacerlo, ¿qué más daba?
- —Tiene muchos años, más de mil —responde muy serio, haciéndome reír de nuevo. Sí, su sentido del humor es particular. De un modo irracional e inmaduro me consuela que trabaje para una señora mayor.
- —Ya serán menos, hombre. ¿Podrías acercarme esa bolsa pequeña? —le pido indicando hacia el pequeño estuche que hay en una esquina de la mesa. Él se incorpora, lo coge, me lo entrega y se sienta a mi lado. Entonces meto una tira en la pequeña maquinita que guardaba en su interior, saco el boli de las lancetas y me pincho en el dedo, apretándolo después. Una gota de sangre surge en mi dedo y la dejo caer en la tira—. Soy diabética —revelo mirándole mientras la máquina cuenta hacia detrás, descubriendo que sus ojos están fijos en mi dedo, como si fuese la primera vez en su vida que ve sangre. Cosa que no me cuadra tratándose de un militar. Comienzo a buscar un papel, o algo en lo que limpiarme los restos de sangre.
- —¿Puedo? —me pregunta mirándome el dedo. No entiendo a qué se refiere y me encojo de hombros. Entonces él toma mi mano con delicadeza y se lleva mi dedo a los labios, lamiéndolo desde su base hasta la yema, con los ojos cerrados. Al sentir el roce de su lengua se me eriza la piel, el cosquilleo nervioso deriva en una excitación inexplicable que me acelera los latidos del corazón, convirtiéndolo en una locomotora.

Siento ganas de abalanzarme sobre él y arrancarle la ropa con los dientes.

Pero entonces Shapur abre los ojos y me mira con una ternura infinita, con mi dedo aún dentro de su boca y yo deseo que mi dedo se quede ahí para siempre, cálido entre sus labios. De pronto, como si despertase de un ensueño tira de mi mano, liberando mi índice, y se pone en pie.

- —Tengo que marcharme.
- —¿Sí? ¿Por qué? —pregunto, como una niña pequeña a la que obligan a dejar de jugar porque ha llegado la hora de irse a la cama—. Claro. Es muy tarde.
- —Suerte con el tobillo. Y no regreses sola a casa. Que te acompañen hasta que entres en el portal.
 - —¡Espera! ¿Volveré a verte?
- —Sí, claro. Algún día de estos —dice antes de cerrar la puerta y marcharse como alma que lleva el diablo. Dejándome excitada, acelerada, y deseando volver a verle.

Mi glucemia estaba bien, al menos.

Durante dos semanas no vuelvo a verle y, sin embargo, cuando regreso a casa, al contrario de lo que pudiese esperar, me siento segura. Es como si su aura me protegiese. Al menos han arreglado un par de farolas de la calle y finalizado la obra. Después de lo ocurrido mis compañeros me dejan justo en el portal.

Muy a mi pesar, poco a poco, voy haciéndome a la idea de que aquel tipo tan sexy que había aparecido por obra y gracia de la divina providencia, había sido eso, un milagro que no se volvería a repetir, para mi desgracia.

Hasta que una noche, justo antes de entrar al portal, le veo junto a un coche aparcado. A pesar de la oscuridad sé que es él. Y le llamo, durante unos segundos no le veo y creo que se ha marchado. Pero saco la llave de la cerradura y camino calle arriba buscándole para comprobar si seguía allí, entre los vehículos estacionados.

- —¿Qué haces? —me pregunta enfadado, surgiendo desde detrás de una gran furgoneta oscura, dándome un susto de muerte—. Tus compañeros te han dejado justo en la puerta y en lugar meterte dentro subes por la calle a oscuras, exponiéndote a que vuelvan a atracarte.
- —Vaya. Buenas noches, Shapur. Yo también me alegro de verte respondo molesta. En ese momento me mira como si acabase de darse cuenta

de lo hosca de su actitud.

- —Lo siento, por favor, perdóname. Yo solo... en fin. Vuelve a casa.
- —¿Estabas espiándome? Porque resulta un poco extraño que estuvieses ahí en silencio, en plan acosador, ¿sabes?
 - —No te espiaba. Acabo de terminar de trabajar y vuelvo a casa.
- —Te lo decía de broma, hombre —digo echándome a reír, él me mira serio, lo nuestro al menos en tema de humor no tiene futuro—. ¿Dónde vives?
 - —En Pedernales. Bueno, encantado de volver a verte Bryce...
 - —Estoy muerta de hambre. ¿Te apetece un sándwich?
- —No. Tengo que marcharme —insiste. Le observo, va vestido con unos vaqueros gastados y una camiseta blanca, mucho más informal que la vez anterior, pero igual de atractivo.
- —Bien, entonces tendré que ir sola por la calle para buscar donde comer algo...
- —Tienes comida en tu casa —Desde luego que era raro. ¿Sería algo cultural?
- —Ya, pero no me apetece cocinar. Al principio de la calle hay una bocatería, sí. Eso estaría bien, me comeré un bocata. Espero que nadie me secuestre por el camino —sugiero con una sonrisa. Él pone los ojos en blanco y descubro que ese gesto me encanta—. Hasta luego Shapur, encantada de volver a verte —digo y comienzo a caminar calle arriba con el corazón acelerado, deseando que me siga. Y lo hace.
- —Te acompaño —dice alcanzándome, con la frente arrugada delatando su disgusto y las manos metidas en los bolsillos de unos vaqueros gastados y una camiseta blanca que contrastaba con el envidiable tono tostado de su piel. Por debajo de la manga podía ver los tatuajes que le bajaban hasta el antebrazo.
- $-iQu\acute{e}$ significan? —pregunto indicando hacia estos—. Si es que significan algo.
- —Llevo un tatuaje por cada una de las... misiones en las que he participado.
 - —Han debido ser muchas, porque también tienes en tus... pectorales.
 - *−¿Cómo sabes eso?*
- —Te quitaste la ropa en mi casa. ¿Recuerdas? Para enseñarme que no te habían herido... Gracias por aquello —La frase me suena rara al decirla—. No por lo de desnudarte, sino por...

- —Ya me las diste —responde y continúa caminando en silencio a mi lado, calle arriba. Desde luego no posee el don de la conversación. Pasamos junto a una pareja se besa apasionada junto a un portal, ella le tiene atrapado entre sus piernas mientras él la sujeta en alto contra la pared.
 - —Yo creía que era mentira.
 - −¿Qué?
- —Todo eso de que la gente en el caribe es más... ardiente. Pero en el tiempo que llevo aquí he comprobado que es cierto, lo de ese fuego interior caribeño.
- —¿Lo has comprobado? —pregunta enarcando una de sus cejas morenas.
- —No en propia carne —corrijo sintiéndome azorada por primera vez en su presencia—. Quiero decir que... Veo que la gente da rienda suelta a sus deseos... que tienen una mayor libertad sexual.
 - —¿Es que te sientes reprimida?
- —¡No! —protesto volviéndome para mirarle. ¿Cómo puede decirme eso? Entonces veo que está sonriendo, se burla de mí.
- —Sé lo que quieres decir. Son más libres. He crecido en una cultura llena de represión, en la que se valoraba la virginidad por encima de todo, como si el hecho de llegar virgen al matrimonio garantizase una vida de felicidad en pareja.
 - —¿Tienes pareja?
- —No. Y no soporto la hipocresía, ni el flirteo, ni el cortejo. Si quiero algo lo digo de frente y si no también —dice, cuando alcanzamos el bar. Pasamos al interior. Es un local pequeño y poco concurrido a aquellas horas, de hecho, está a punto de cerrar, pero la camarera me hace una señal para que nos sentemos y la obedecemos.
- —Me parece una postura muy honesta la tuya, poco común por parte de cualquier hombre, pero honesta.
- —Yo no soy cualquier hombre —Desde luego no necesita jurarlo. Nunca he visto ninguno como él.
 - —¿Qué van a tomar? —Shapur hace un gesto de negación.
 - *—¿No tienes hambre?*
 - —He cenado ya.
- —Bueno, pues ponme un bocadillo de lo mejor que tengas, no soy delicada, y una botella de agua.
 - -Muy bien, señorita -la joven se marcha. Yo busco los ojos de

Shapur, hay tanto misterio en ellos... Es como si ocultasen los secretos del universo, todos ahí concentrados en aquel ámbar líquido. Abro mi bolso y extraigo mi glucómetro.

- *—¿Tienes que hacer eso ahora?*
- —¿Mirar mi nivel de glucemia? Sí, claro, tengo que inyectarme la insulina. ¿Qué pasa? Vas a decirme que a un grandullón como tú le da miedo la sangre.
 - —¿Estás enferma?
- —No estoy enferma, tengo una enfermedad, que no es lo mismo. Tengo diabetes desde los diez años —Shapur arruga el entrecejo y me mira con preocupación—. Tranquilo, está controlada —le aseguro. Él está nervioso, se remueve en la silla como si el asiento estuviese ardiendo. No entiendo su aversión a la sangre, la vez anterior incluso me chupó el dedo para no verla. Y cómo me gustó que lo hiciese, aún me excitaba por las noches al recordarlo.

Me doy prisa en poner la gota de sangre en la máquina y esta vez soy yo quien me chupo el dedo, por suerte mi glucemia continúa controlada. Le miro, sus labios están entre abiertos, anhelantes, parecen llamarme, mi mirada asciende hasta sus ojos que me producen un revuelo nervioso y en ese momento... me inclino hacia él en la mesa y le beso.

Es un beso inesperado, intenso, profundo.

Siento cómo responde a mi beso, sus labios suaves se apoderan de los míos y su lengua me invade, suave, templada. A la vez me sostiene la barbilla con una de sus manos.

No sé cuánto dura el beso, pero no quiero que termine. Porque es como si el mundo hubiese dejado de girar, como si todos los besos que he dado o recibido hasta este momento fuesen un ensayo, un preparativo, para aquella obra maestra. Para aquel beso que ha despertado un tsunami de deseo en mi interior.

Shapur se aparta de mi boca despacio y me mira a los ojos sin decir nada, ni siquiera sonríe y yo comienzo a pensar si está arrepintiéndose, pero entonces la camarera trae mi bocadillo y mi botella de agua y la deja sobre la mesa.

- —En cuanto termines de comerte eso te acompañaré a casa y me marcharé. Es tarde.
- -Vale -respondo casi sin aliento. Se queda callado observándome comer, lo que puedo, porque con el estómago lleno de mariposas poco

espacio queda para lo demás.

Mariposas, al fin las benditas mariposas. Ya creía que no existían.

Termino de comer y me acompaña hasta el portal, sin decir una sola palabra más. Yo no paro de darle vueltas a que he sido muy atrevida dándole el beso y eso quizá le haya molestado. No es propio de mí, pero me he dejado llevar... Remoloneo al introducir la llave en la cancela porque no quiero despedirme de él, no quiero porque no sé cuándo volveré a verle. Miro el reloj en mi muñeca, son las tres de la madrugada.

- —¿Por qué estás tan nerviosa? —me pregunta. Las sutilezas no son lo suyo, desde luego.
 - —No estoy nerviosa.
 - —¿Entonces? ¿Por qué te late tan deprisa el corazón?
- —¿Y tú cómo sabes que me late deprisa? —pregunto mirándole a los ojos.
- —Por el color rojizo de tus mejillas —Algo muy conveniente que decir a alguien para que deje de sonrojarse—. ¿Es por tu enfermedad?
 - —No. Mi enfermedad no me pone de los nervios. Más bien, eres... tú.
 - *—¿Yo? ¿Por qué?*
- —Porque no sé si preguntarte si quieres subir a tomar algo, porque no me apetece que te vayas y vuelva a tardar dos semanas en verte otra vez, o dos meses, o quién sabe.
- —Debo marcharme. Ni si quiera debería estar aquí, pero no he podido resistir la tentación de volver a verte y te aseguro que si me invitas a subir no será para tomar algo —dice carente de cualquier filtro, atravesándome con su mirada casi dorada—. Si me invitas a subir te haré el amor hasta el amanecer —Me muerdo el labio. ¿Es lo que quiero? ¿Acostarme con un extraño? La mojigata que vive en mí, esa a la que su madre le hablaba de que los hombres eran peligrosos, de que perdían el interés y blablablá me dice que no es buena idea. Pero la calenturienta que comparte espacio con ella en mi cabeza, esa misma que lleva ocho meses sin acostarse con nadie, esa, lo único que ansía es subirse a aquel cuello moreno y perder el sentido entre sus piernas, sus brazos, y todo su cuerpo. Abro la cancela y le ofrezco pasar, y cuando cruza ante mí, siento que no hay vuelta atrás.

Y no la hay. A partir de esa noche nos vemos a diario. Hacer el amor con Shapur es un regalo del universo. Su cuerpo es tan grande, pero tan ágil... Es un amante entregado, cuidadoso en ciertos momentos y salvaje en otros. Sus besos son interminables, podemos pasar horas besándonos.

Pero no sólo damos rienda suelta a nuestro deseo, además hablamos. Él me cuenta cosas de su trabajo, me imagino a su jefa como a una especie de señora feudal muy mandona. Me entristece su poca fe en la especie humana, al parecer ha visto demasiadas cosas horribles como para creer en los hombres.

A él le entusiasma que le cuente cosas de mi vida en Bristol. Que le hable de mi madre, de mis hermanos, de lo unidos que estamos, de mis compañeros de la ONG, o cualquier cosa. Quiere que le hable, todo el tiempo y él me oye paciente, atento, sin opinar sobre las decisiones, muchas de ellas estúpidas, que he tomado en mi vida.

Nos vemos cada noche durante todo el verano, vamos al cine, a pasear por la playa, o sencillamente pasamos la noche amándonos, como si el mundo fuese a acabar al día siguiente.

A veces, cuando hacemos el amor apoya su rostro sobre mi pecho y se queda ahí, minutos y minutos, oyendo los latidos de mi corazón mientras le acaricio la cabeza. Y me doy cuenta de que me estoy enamorando de él, de un modo en el que jamás creí que fuese posible.

De un modo visceral y único, sin prometernos nada más que la felicidad que compartimos cuando estamos juntos. Siento vértigo, hace tan poco tiempo que le conozco y le necesito tanto...

Mi estancia en la isla comienza a convertirse en una cuenta atrás.

Hasta que una noche llega acompañado de una mujer, una anciana de cabellos canos, bajita y regordeta. En mi ingenuidad pienso que se trata de algún tipo de familiar que quiere presentarme. Sé que su madre ha fallecido, pero desconozco si se trata de una tía, o una vieja amiga de la familia. Entonces me fijo en la expresión de Shapur, le conozco lo suficiente como para saber que le sucede algo, algo grave. Le pide a la señora que aguarde junto a la puerta un momento y me coge de las manos y me lleva hasta el sofá, pidiéndome que me siente, lo hago.

- —Ella es Xanat, Bryce, es una amiga —me dice al fin.
- —Encantada —digo a la señora desde el sofá, ella me dedica una sonrisa contenida.
- —Escúchame un momento, es muy importante lo que tengo que decirte.
 - —¿Qué pasa Shapur, me estás asustando?

- —Tengo que marcharme.
- —¿Qué? ¿Dónde? ¿Por cuánto tiempo?
- —Lejos, tengo que irme y no voy a volver.
- —¿Por qué dices eso, Shapur?
- Hay algo sobre mí que tengo que contarte —dice, yo siento que me voy a desmayar en cualquier momento.

−¿Qué?

- —Algo que no sabes y que hará que me veas de un modo distinto. Hay una razón por la cual sólo podemos vernos de noche.
- —Porque trabajas durante el día protegiendo a una mujer muy importante... ¿Es ella? —pregunto, aunque por sus ropas sencillas no tenía el aspecto de ser la multimillonaria que imaginaba.
- —No, no es ella. Es cierto que trabajo para una mujer muy poderosa... Escúchame Bryce, es muy importante. Necesito decírtelo, aunque sé que mañana no recordarás de nada de esto, que no me recordarás afirma desviando la mirada roto por el dolor.
- —¿De qué estás hablando Shapur? Me estás asustando. ¿Por qué dices no voy a recordar nada? ¿Qué necesitas decirme?
- —Que te amo. Necesito decirte que en ocasiones unos pocos meses tienen más valor que miles de años, que toda una vida puede concentrarse en un segundo —Mis ojos se llenan de lágrimas, en realidad llevo tiempo esperando oír esas palabras de sus labios, me extraña que se haya traído una amiga como testigo, pero eso no le resta ni un ápice de emoción a su declaración—. Y que conocerte ha sido lo mejor que me ha sucedido en la vida.
 - —Yo también te amo, Shapur —digo emocionada.
- —Ojalá hubiésemos tenido más tiempo, daría la mitad de mi existencia por poder pasar un solo día más a tu lado.
- —¿Estás dejándome? Te has traído a la abuela de Tatanka, discúlpeme señora, para tener testigos para dejarme.
- —No tengo otra opción, Bryce. No puedo apartarte de tu familia, sé cuánto les amas, cuánto les necesitas, y jamás podría perdonarme alejarte de ellos, jamás podría perdonarme por arrebatarte esa sonrisa, esa mirada inocente que tanto me gusta.
- —¿Y por qué tendrías que hacerlo? ¡Me estás acojonando, joder, Shapur! ¿Es que eres un puto asesino en serie? ¿Por qué hablas de arrebatarme no sé qué...?

- —Porque soy un vampiro, Bryce. Soy un vampiro —dice con miedo, aguardando mi reacción. Yo doy una carcajada.
- —¿Es el día de los inocentes en el caribe o algo parecido? —En ese momento los brillantes colmillos se deslizan en su boca, mostrándose amenazadores, peligrosos, a pesar de que su expresión no lo es. Me quedo en shock.
- —No tengas miedo, por favor, no tengas miedo de mí —ruega dando un paso hacia mí, retrocedo, atemorizada. No estoy preparada para aquello, en absoluto.
 - —No te acerques —le pido.
- —Sigo siendo el mismo —dice escondiendo los colmillos, dando otro paso hacia mí y me echo hacia detrás—. Te amo Bryce —repite. Pero yo estoy demasiado asustada, demasiado atemorizada como para atender a razones, agarro un pequeño jarrón de cristal que había sobre la mesita dispuesta a defenderme en caso necesario—. Espero que puedas perdonarme tú, porque yo jamás podré hacerlo.

Y en ese momento, Xanat entra en escena, la señora comienza a recitar unos cánticos y un fortísimo dolor de cabeza me hace doblarme por la mitad y arrodillarme en el suelo.

Y entonces se va, poco a poco, se va para siempre. Su rostro se desvanece de mi memoria, como lo hace su sonrisa, el color de su piel, y todos y cada uno de los momentos que hemos compartido. Y su ausencia duele, duele muy hondo, muy dentro. Una inexplicable y profunda sensación de vacío, de haber amado y haber perdido, se instala en mi alma, una sensación que acompañará hasta esa misma noche.

Desperté llena de paz, sintiéndome completa al fin. Flotando. Rompí a llorar de felicidad.

Ahora lo sabía, Shapur había tratado de alejarse de mí, pero yo no se lo había puesto fácil. Me había enamorado de él, sin encantamientos, sin artificios, creyéndole humano. Y él había respetado mi humanidad, sin morderme, ni siquiera durante el sexo, no podía imaginar lo difícil que esto debía haber sido para él y sin embargo lo había hecho, y cuando Aixa le obligó a elegir entre convertirme y dejarme ir, había renunciado a mí, porque me amaba. Pero no lo había hecho como un cobarde, desapareciendo sin más,

enviándome a aquella bruja, no. Se había declarado, me había dicho la verdad, y yo, presa del miedo, le había rechazado. Me partía el corazón haberlo hecho, pero... era un vampiro y yo no estaba preparada para saberlo. Quizá nunca lo hubiese estado.

Shapur no me borró los recuerdos al modo vampiro, borrando días, meses de mi cabeza sin más, había encargado ese trabajo a una bruja experimentada para que le borrase a él, sólo a él, de mi cabeza. Se había preocupado de cuidar de mí, de cada nimio detalle, tratando de protegerme.

Shapur me había amado como humana, y entonces, me amaba como vampira.

- —Buenas noches, ¿estás bien? —preguntó alarmado. Era la primera vez que le llamaba desde mi regreso, a pesar de que me había grabado su número en el teléfono móvil que me había entregado a mi partida.
- —Sí. Estoy bien. Y tú, ¿cómo estás? ¿qué tal vas con tu... reinado? —mi pregunta le divirtió, oí su risa suave al otro lado del aparato y sentí que mi alma también sonreía.
- —Bien, ya sabes, como todos los reinados, complicado a ratos bromeó haciéndome reír—. Me alegra saber que estás bien.
- —Gracias. Oye, no me habías dicho que tu antigua amante, la reina británica, era tan guapa.
 - —No creí que fuese importante, además, tú lo eres mucho más.
- —Ya —Oí cómo Guillaume le llamaba en la distancia. El gobernador reclamaba su atención—. Estás muy ocupado, ¿no?
- —No, que va. Para ti nunca estoy ocupado. ¿Qué tal te ha ido visitando a tu familia?
- —Les he estado observando. Están bien. Me gustaría poder decirle a mi madre que sigo viva, pero sé que eso podría acabar trayéndoles problemas vampiros.
 - —Es mejor así, por duro que resulte.
- —Necesito decirte algo, Shapur —el silencio al otro lado del aparato me hizo saber que a él le asustaba lo que iba a decirla—. No te tengo miedo, Shapur Akram. Ya no, nunca más volveré a tenerte miedo.
 - —A qué te refieres.

—A la noche en la que me confesaste que eras vampiro. Lamento haber reaccionado de ese modo tan... mortal. Lo siento, de veras.

—¿Estás diciéndome que lo recuerdas?

—Todo. Ha venido a verme un tipo de color azul y sin pelo, pero azul como si le hubiesen pintado con espray...

—Cyrus.

—Sí. Él. Me dijo que es amigo de la reina y que iba a hacerme un regalo. Y de pronto lo he recordado todo.

—No imaginas lo feliz que me haces. Es... es increíble. ¿Estás bien?

—Mejor que nunca. Quiero volver.

—¿Estás segura?

—Más de lo que haya estado de nada en toda mi vida. Necesito

—Para siempre, mi amor.

volver... a tu lado. Esta vez para siempre.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Escribir una novela siempre es un reto, escribir esta ha sido un auténtico desafío. Erais muchos los lectores que me habíais pedido conocer la historia de Shapur, de ese vampiro misterioso y enigmático con orígenes persas que

había conquistado vuestro corazón. Había comenzado a escribirla hace mucho tiempo, pero por distintas razones no la había concluido, pero de pronto saltó en mí esa chispa de la locura que me ataca por sorpresa y su historia ha salido sola, de un tirón, solo para vosotr@s mis Caperucitas y Lobos. Espero que la hayáis disfrutado tanto como yo lo he hecho al escribirla.

Debo dar las gracias en primer lugar a mi familia, por regalarme el tiempo necesario para dar rienda suelta a mi imaginación, a mis peques, por portarse tan bien para que mamá pueda *seguir escribiendo la novela*.

A Hugo, por tumbarse a mi lado en el sofá mientras escribo, a Eric, por cotillear por encima del hombro y señalarme las palabras que aparecían en rojo en el ordenador, a Antonio, mi marido, por preguntarme cómo va la historia y animarme a terminarla.

Gracias a Rocío, a Nuria, Ana Belén, a Esther, a Susana y a Cristina, a Raquel, a Yoli y a Caro, por sus opiniones y consejos. A Vero, por ansiar a Shapur.

A Tiaré por esta pedazo de portada y por aguantar la lata que le he dado mientras la hacía, ¡eres una artistaza corazón!

Y sobre todo gracias a vosotr@s, mis Caperus y Lobos, por estar a mi lado, por apoyarme, por acompañarme en este camino literario y... sencillamente por ser los mejores del mundo mundial. ¡Gracias!

Nos leemos en:

www.mariajosetirado.com

Instagram: @mariajosetirado Twitter: @marijosetirado

Facebook: https://www.facebook.com/María-José-Tirado-

309518025730377/

ÍNDICE

PREFACIO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

<u>EPÍLOGO</u>